



Universiteit
Leiden
The Netherlands

Ideología y clivajes partidarios en la conformación del socialismo como expresión política en Chile (1891-1938)

Fernández Carrozza, C.A.

Citation

Fernández Carrozza, C. A. (2024, February 27). *Ideología y clivajes partidarios en la conformación del socialismo como expresión política en Chile (1891-1938)*. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/3720019>

Version: Publisher's Version

License: [Licence agreement concerning inclusion of doctoral thesis in the Institutional Repository of the University of Leiden](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/3720019>

Note: To cite this publication please use the final published version (if applicable).

Capítulo 5

La consolidación partidaria del socialismo en Chile entre la dictadura de Ibáñez y el Frente Popular (1927-1938)

Este capítulo examina la trayectoria ideológica de los dos principales partidos del campo socialista chileno, el Partido Comunista de Chile (PCCh) y el Partido Socialista (PS) durante el periodo de consolidación del clivaje de clases en el sistema de partidos chileno entre 1927 y 1938. Siguiendo la evolución del clivaje de clase, el capítulo comprende el periodo de formación del nuevo sistema de partidos tras la coyuntura crítica iniciada en 1920. En primer lugar, abarca la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo entre 1927 y 1931, años que constituyen la fase de cierre de la coyuntura crítica. Segundo, los años que van de 1932 a 1938, correspondiente al segundo gobierno de Arturo Alessandri, durante los cuales se normaliza del régimen democrático y el nuevo alineamiento del sistema de partido en torno al clivaje de clase. El hito en este proceso lo constituye, de acuerdo con Scully (1992: 136), la coalición del Frente Popular, a través de la cual “los partidos marxistas, los trabajadores organizados y otros elementos previamente excluidos fueron incorporados exitosamente en la arena de los partidos políticos”.

¿Cómo se posicionó el campo socialista durante esta fase final del clivaje de clases en Chile? Durante estos años, el socialismo no solo era la ideología predominante en la politización del conflicto de clase y el movimiento obrero, sino que además experimentó una gran expansión discursiva, asociada al nuevo concepto de izquierda política. Sin embargo, la forma en que dicho predominio y expansión ideológica cristalizaría potencialmente no estaba todavía definida con claridad. En efecto, la incorporación efectiva del PCCh y el PS al sistema de partidos no estaba asegurada. En el análisis presentado a continuación se sostiene que la incorporación de estos partidos y la forma en que se institucionalizaron dentro del sistema de partidos fue posible solo a partir de su flexibilización ideológica durante este periodo. Este proceso, no obstante, fue complejo, pues la preferencia por la vía institucional de ambas organizaciones no fue inicialmente favorable.

En el caso del PCCh, la única tradición socialista proveniente del periodo anterior a la coyuntura que persistía, su configuración ideológica experimentó un drástico giro conceptual, estratégico y organizacional. Esta se produjo a partir de su adaptación al modelo de partido bolchevique iniciada en 1927, que intervino drásticamente en la organización del partido y lo alejó de las concepciones estratégicas que constituían su tradicional vía institucional. Las consecuencias de este proceso fueron el debilitamiento del partido y su casi completa marginación del sistema de partidos. Esta situación solo fue superada cuando el PCCh flexibilizó sus postulados estratégicos hacia una nueva política de alianzas y de participación institucional que retomaban parte importante de la tradición ideológica proveniente de la tradición del POS. Su incorporación al sistema de partidos se vio refrendada gracias al giro conceptual que efectuaron los comunistas al interior de sus principios

ideológicos fundamentales destinados a consolidar una vía política al interior de los marcos institucionales y democráticos de la época.

En contraste, el PS constituyó una organización socialista casi enteramente nueva, que recogió buena parte de las tendencias reformistas que surgieron durante la coyuntura crítica. Aunque desde su fundación el PS se perfiló como una alternativa contraria al comunismo, su disposición a adoptar una vía institucional no era clara. Esto se debe al origen del PS a partir de numerosas agrupaciones socialistas aglutinadas tras el golpe militar de 1932 que dio origen a una breve República Socialista. A pesar de su diversidad ideológica, el proyecto de la República Socialista organizó a estas agrupaciones en torno a una ideológica profundamente revolucionaria y con un débil compromiso con el régimen político existente. Ello, sumado a su fragmentación organizacional originaria, mantuvo al PS en una posición ambigua dentro del sistema de partidos. No obstante, la flexibilización ideológica del PS se manifestó en un importante grado de pragmatismo ideológico que los llevó a participar en los espacios político-institucionales. Este pragmatismo fue posible gracias a que durante este periodo el PS fue un partido en construcción, cuyo ideario inicialmente amplio se fue progresivamente ajustando a las condiciones contextuales. Al igual que los comunistas, el PS terminó por incorporarse al sistema de partidos como forma más viable para sus objetivos revolucionarios, pero sin principios ideológicos claros respecto a su participación a largo plazo en el régimen político chileno.

5.1 El cierre de la coyuntura crítica y la reorganización ideológica del sistema de partidos

En esta sección se presentan las características generales del proceso político chileno durante el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931) y la posterior normalización del régimen constitucional bajo la segunda presidencia de Arturo Alessandri (1932-1938). A grandes rasgos, este periodo corresponde al término de la coyuntura crítica de la década de 1920 y a la reorganización del sistema de partidos chileno. El resultado de este proceso fue la consolidación del clivaje de clase como eje del nuevo ordenamiento partidario, con la incorporación efectiva de partidos representantes del movimiento obrero. En términos ideológicos, lo más relevante fue que dicho polo del espectro político –la izquierda– fue ocupado casi en su totalidad por el socialismo a través de los dos partidos examinados en este capítulo.

Como se expone a continuación, este resultado fue posible por dos factores. En primer lugar, por las características que tuvo el gobierno dictatorial de Ibáñez, con consecuencias paradójicas. Por un lado, la puesta en práctica del nuevo modelo estatal establecido en la Constitución de 1925, que reforzó el rol del Estado en el ámbito social y laboral, particularmente en su regulación del campo sindical. Por otro, la incapacidad de Ibáñez de cooptar ideológicamente al movimiento obrero, lo que dejó abierta su posterior politización. En segundo lugar, por la notoria

transformación discursiva que acompañó a la reorganización partidaria, al surgir dos grandes categorías para designar a las nuevas fuerzas políticas: la izquierda y el socialismo. Respecto a este último, más que su novedad, se destaca su rápida expansión, reconocimiento y legitimación discursiva en el debate político, abarcando buena parte del ala izquierdista. En este sentido, la situación contextual, tanto en términos discursivos como prácticos, resulta un factor decisivo para comprender la integración de socialistas y comunista en la política de partidos en Chile.

5.1.1 El proyecto de Carlos Ibáñez y el movimiento obrero (1927-1931)

La llegada de Carlos Ibáñez del Campo a la presidencia en mayo de 1927 y su posterior dictadura, que se extendió hasta 1931, marcó la fase final de la coyuntura crítica del sistema de partidos iniciada en 1920. Scully (1992) considera el gobierno de Ibáñez como parte del periodo de transición iniciado en 1924, mientras que Collier y Collier (1991) identifican en Ibáñez un segundo momento en el proceso de incorporación estatal del movimiento obrero. Ambas interpretaciones coinciden en que durante estos años se hicieron finalmente efectivas las reformas constitucionales y legales de 1924-1925, al tiempo que se debilitó definitivamente el dominio de los partidos tradicionales sobre el sistema político. Si bien es cierto que, como sostiene Valdivia (2017a), buena parte de este proceso fue realizado mediante importantes grados de coerción, los medios institucionales e ideológicos desempeñaron un papel determinante. Entre los primeros tuvo especial importancia la implementación de la legislación laboral, particularmente en lo referido a la constitución de sindicatos legales (Morris, 1967: 210-214; Rojas, 1993). Con ello, se intentó ejercer control sobre el movimiento obrero, arrebatándole el control tanto a las organizaciones del campo socialista como a los partidos históricos. En cuanto a los segundos, Ibáñez llevó a cabo un proyecto de reforma política y “regeneración” social con un acentuado carácter nacionalista, tecnocrático y corporativista (Scott, 2009; Brahm, 2019). Esta sección se enfoca en el análisis del gobierno Ibáñez desde estos dos ámbitos, mostrando cómo su implementación definió el cierre de la coyuntura crítica en 1931.

El ascenso de Ibáñez al poder y las características que tuvo su gobierno se explican en gran medida por la forma en que se desarrolló la coyuntura tras 1924. Como muestran algunos autores (Brahm, 2019; Nunn, 2005; Scott, 2009), los propósitos políticos de Ibáñez seguían directamente los principios iniciales del movimiento militar de 1924, del cual se había convertido en su principal exponente. Una vez cerrado el proceso constitucional de 1925, y tras la renuncia de Alessandri en octubre de ese año, Ibáñez se alzó como la figura más influyente en la escena política chilena. Los sucesos posteriores reafirmaron el prestigio del militar. Aunque para las elecciones presidenciales de 1925 la potencial candidatura de Ibáñez fue evitada por los partidos históricos, el candidato de estos últimos, Emiliano Figueroa, se mostró como un gobernante sumamente débil. No solo era un representante

típico de la antigua oligarquía chilena, sino que se vio arrastrado por las prácticas tradicionales del parlamentarismo, siendo incapaz de implementar el nuevo régimen que establecía Constitución de 1925 (Brahm, 2019: 320). En esta situación y desde su cargo de ministro de Guerra, que ejercía desde enero de 1925, Ibáñez fue progresivamente concentrando poder al interior del Gobierno en desmedro de Figueroa. Su ascenso llegó en febrero de 1927, cuando el presidente Figueroa se vio forzado a reorganizar su gabinete, dejando a Ibáñez como ministro de Interior. Para mayo de 1925, cuando Emiliano Figueroa renunció a la presidencia, y con la oposición socialista proscrita, no fue sorpresa que Carlos Ibáñez compitiera en la elección presidencial como candidato único, obteniendo el 98% de las preferencias.

El proyecto de Ibáñez retomó parte importante de los principios del movimiento militar de 1924, marcados por los propósitos de regeneración y depuración nacional. Fue el inicio de lo que se conoció como el Chile Nuevo, proyecto político que, en términos ideológicos, se caracterizó por su nacionalismo, su carácter tecnocrático y sus rasgos corporativistas. Dentro de este conjunto ideológico, el nacionalismo ocupó un lugar predominante. En efecto, el gobierno de Ibáñez fue promotor de una serie de valores nacionalistas profundamente enraizados en su formación militar, asociados al mejoramiento y preeminencia de la patria por sobre intereses particulares y facciosos (Scott, 2009: 152-152). Por un lado, este nacionalismo justificó en su momento la proscripción y persecución de la generalidad de las organizaciones políticas, tanto de los partidos oligárquicos como de anarquistas y comunistas, responsabilizados por igual de la decadencia nacional. Por otro, sirvió como el sustento ideológico para buena parte de las reformas implementadas por Ibáñez. El estatismo, las reformas educativas y administrativas, pero sobre todo el proteccionismo económico y la nacionalización de los recursos naturales fueron, como muestra Rinke (2002: 152) el clímax del discurso nacionalista articulado en las décadas previas.

A su vez, el carácter antipartidista del nacionalismo de Ibáñez derivó en una fuerte tendencia tecnocrática, uno de los elementos distintivos de su gobierno (Scott, 2009: 153). Hasta ese momento, la administración pública se encontraba penetrada en todos sus niveles por las redes clientelares de los partidos políticos, que entorpecían el funcionamiento del aparato estatal. Como solución, Ibáñez impulsó una profunda reforma administrativa dirigida a depurar, moralizar y despolitizar las instituciones del Estado y, de ese modo, acabar con la corrupción y la burocracia de los partidos (Scott, 2009: 160; Brahm, 2019: 365-366). Para ello, el régimen ibañista impulsó una reorganización de las instituciones administrativas a través de un proyecto tecnocrático en manos de una nueva generación de expertos y técnicos que vendrían a reemplazar a los viejos políticos. El mejor exponente de este proyecto fue, como muestra Silva (2010: 71-99), el ingeniero y militante del Partido Radical, Pablo Ramírez, quien entre 1927 y 1929 se desempeñó como ministro de Hacienda. En este cargo, Ramírez llevó a cabo una reforma integral de la administración bajo los principios de eficiencia y meritocracia, promoviendo el ascenso de técnicos jóvenes –en su mayoría ingenieros– que fueron conocidos como “los cabros de Pablo

Ramírez”. Así, Ramírez y sus colegas, pertenecientes a las nuevas clases medias y profesionales, representaban la renovación social y generacional del sistema político chileno que auspiciaba Carlos Ibáñez.

Junto al nacionalismo y el tecnocratismo, cabe señalar una tercera corriente ideológica cuya presencia fue, no obstante, controvertida: el corporativismo. Como muestran varios autores (Rojas, 1993:47-60; Brahm, 2019: 379-380; Scott, 2009: 154-155), el corporativismo circuló ampliamente durante la segunda mitad de la década de 1920, favorecido tanto por factores externos como internos. Por un lado, los regímenes de corte corporativo y fascista, como la Italia de Benito Mussolini y la España de Miguel Primo de Rivera –que no pocos compararon con Ibáñez– hicieron del corporativismo un modelo en boga en la época a nivel internacional. Por otro, el fuerte componente antipolítico del discurso nacionalista y tecnocrático era un elemento común con el modelo político del corporativista, que se oponía a las instituciones políticas del liberalismo. Por ello, varios adherentes de Ibáñez se mostraron proclives a estas ideas, incluyendo algunos personajes que, como José Santos Salas, Eugenio González u Óscar Schnake, se habían ubicado en las fronteras del campo socialista pocos años antes (Rojas, 1993: 53). Probablemente la política corporativista más difundida en esos años fue la de establecer una cámara de composición gremial y funcional que reemplazaría al Congreso tradicional. No obstante, en la práctica Ibáñez no demostró intenciones serias de poner en práctica los principios corporativistas, los que no se plasmaron en las instituciones estatales (Góngora, 1986: 171). A pesar de ello, el corporativismo sí funcionó como un discurso para canalizar parcialmente el apoyo de los sectores obreros, los que se esperaba serían integrados al sistema político mediante gremios y sindicatos, en una relación de colaboración con industriales y capitalistas (Rojas, 1993: 57).

En efecto, la conjunción de apoliticismo, nacionalismo y corporativismo fue un recurso efectivo para captar el apoyo de las diversas corrientes ideológicas del periodo, cruzando todo el espectro político nacional. Por las características señaladas, parte importante del apoyo inicial a Ibáñez provino de las organizaciones políticas y gremiales antagónicas a los partidos. La más destacada de estas fue la Unión Social República de Asalariados de Chile (USRACH), que declaró su adhesión a Ibáñez tras la renuncia del presidente Figueroa. El 11 de mayo de 1927, el Comité Ejecutivo Nacional de Asalariados consideraba que, “mantenidos los principios nacionales en nuestras organizaciones sociales y evidenciando el hecho del desquiciamiento de todas las esferas políticas del país”, Ibáñez era “la única persona capaz de librar a Chile de la estagnación en que se encuentra”.¹ Este apoyo fue ratificado en la proclamación popular de la candidatura de Ibáñez realizada en Santiago el 15 de mayo de 1927. Allí, el presidente del Comité Ejecutivo de Asalariados, Florencio Rosas, manifestó su adhesión a “los ideales del 11 de septiembre (de 1924)” y su apoyo a la “organización corporativa de las fuerzas

¹ “Una comunicación al coronel Ibáñez”, en *La Nación*, Santiago, 11 de mayo de 1927.

productoras”, la “única fórmula estable de la paz social y del progreso económico”.² Este apoyo se vio replicado en otros numerosos gremios independientes, incluyendo varios de tendencia anarcosindicalista –lógicamente antipolíticos–, sindicatos católico, y en la Unión de Empleados de Chile, de gran importancia en la década de 1920 (Rojas, 1993:101-102; 121-124; 139-142).

Este fenómeno se replicó igualmente entre los partidos políticos. A pesar de la represión generalizada de la que fueron objeto, hubo al mismo tiempo una adhesión transversal hacia la figura de Ibáñez. Internamente divididos, las directivas de los partidos tradicionales optaron o bien por su adhesión a la candidatura de Ibáñez, como el Partido Radical, o bien por la libertad de acción, como el Partido Conservador, posiciones que se replicaron entre las distintas facciones liberales. En todos estos casos, los detractores que no habían sido apresados o exiliados se mantuvieron al margen. Aún más, a diferencia de las directivas nacionales, en gran parte de los partidos hubo un apoyo manifiesto a Ibáñez entre sus bases. Numerosas asambleas regionales y comunales, así como dirigentes y diputados, se volcaron hacia la candidatura de Carlos Ibáñez, lo que da cuenta de la atracción popular que concitaba el caudillo militar. En estas condiciones, no es de extrañar que los partidos fuesen incapaces de levantar una oposición efectiva en 1927 (Scott 2009: 279-296; Brahm, 2019: 341-349).

Lo propio ocurrió entre las dos principales organizaciones que se disputaban la representación obrera y popular al interior del sistema de partidos: el Partido Comunista y el Partido Democrático. En ambos, la afinidad con el proyecto ibañista tuvo características particulares. Por un lado, el PCCh resultó un caso peculiar, considerando su represión y posterior ilegalización. A pesar de ello, hubo militantes y organizaciones comunistas que se plegaron a Ibáñez, o al menos aceptaron las condiciones del nuevo gobierno. Por ejemplo, algunos comunistas consintieron de forma individual el no involucrarse nuevamente en actividades políticas, ya sea porque buscaban evitar la persecución o bien porque efectivamente coincidían con el proyecto del “Chile Nuevo”. Fue especialmente controvertido el caso de algunos diputados y senadores comunistas que se alinearon con el gobierno, o bien acataron sus condiciones a cambio de retomar sus puestos, como hizo el senador Manuel Hidalgo. También hubo una tolerancia limitada a ciertas organizaciones ligadas al PCCh, como agrupaciones de la FOCh –entre cuya directiva también hubo ibañistas– o la Liga de Arrendatarios. Un apoyo más decidido fue el de la Vanguardia Nacionalista de Obreros y Empleados, efímera organización ibañista formada por comunistas disidentes de Santiago (Rojas, 1993: 110-112; 148-161; Scott, 2009: 320-321; Barnard, 2017: 80-86; Valdivia, 2017a: 118-130).

Por otro lado, el Partido Democrático destacó por ser el único que se plegó casi en su totalidad al proyecto de Carlos Ibáñez. Al igual que la USRACH, el PD estuvo entre los primeros en proclamar la candidatura de Ibáñez en mayo de 1927. En

² “La proclamación oficial del señor Ibáñez en Santiago se efectuó ayer con entusiasmo”, en *La Nación*, Santiago, 16 de mayo de 1927.

efecto, en un manifiesto de la Junta Ejecutiva Demócrata, la dirección del PD destacaba los propósitos de “depuración administrativa”, “honestidad financiera” y “redención popular” que guiaban la acción de Ibáñez. Por ello, “en nombre de los trabajadores chilenos”, el PD declaraba su “fe en un Chile nuevo redimido por el trabajo honrado de todos sus hijos” y veía “en la persona del ciudadano Carlos Ibáñez del Campo, la figura del luchador, del estadista y del gobernante que ha de realizar esta magna obra”.³ En consecuencia, el PD no solo no sufrió las medidas represivas que afectó al resto del espectro político, sino que, además, se convirtió en la base de apoyo más importante de Ibáñez dentro de los partidos existentes. Y es que al proyecto ibañista no solo concurrieron sus dirigentes, sino todas las tendencias y facciones demócratas, así como la generalidad de las bases populares del partido (Grez, 2016a: 410-419). Por su parte, el PD vio en el nuevo régimen de Ibáñez una oportunidad para recuperar sus alicaídas bases sindicales, autodeclarándose como partido sindicalista y representante de obreros y asalariados (Scott, 2009: 324-325).

El movimiento obrero y el sindicalismo

No obstante la amplia adhesión que concitó Carlos Ibáñez, ninguna organización ni partido fue capaz de concentrar la representación obrera y popular dentro del proyecto ibañista. El principal intento de canalizar el apoyo de los trabajadores fue por medio de una organización ya existente, el Congreso Social Obrero (CSO), antigua agrupación mutualista fundada en 1900 que prestó su concurso a la candidatura de Ibáñez. Para 1927, en el CSO coexistían diversas tendencias, como asalariados, demócratas, católicos y mutualistas, en general posicionados como gremios “apolíticos”. Suprimidas las demás federaciones sindicales, el CSO se levantó como la central obrera más grande del periodo y constituyó, junto con la Unión de Empleados de Chile, el principal sostén sindical de Ibáñez. Sin embargo, el CSO poseía una estructura laxa y escasa coordinación entre sus organizaciones afiliadas, siendo incapaz de canalizar políticamente el proyecto ibañista (Rojas, 1993: 117-121; Scott, 2009: 206-213). En un intento por controlar políticamente al movimiento obrero, el Gobierno propició en 1929 la formación de la Confederación Republicana de Acción Cívica (CRAC), que intentó agrupar a parte importante de las fuerzas gremiales y políticas que apoyaban a Ibáñez. No obstante, la CRAC no despertó particular interés de Ibáñez y, como afirma Rojas (1993: 124-125), fue un intento tardío y fallido de sostener su régimen. Carlos Ibáñez tampoco intentó una cooptación de los partidos políticos. Su única medida tendiente en este sentido fue el establecimiento en 1930 de un Congreso *ad hoc*, entonces conocido como “Congreso Termal”. Utilizando los resquicios legales de la ley electoral, Ibáñez prefirió transar con los partidos la composición del poder legislativo, en un acuerdo

³ “Manifiesto de la Junta Ejecutiva Demócrata”, en *La Nación*, Santiago, 14 de mayo de 1927.

que benefició a ambas partes.⁴ Entre los más favorecidos estuvieron el PD, con 31 diputados, el Partido Radical, con 34, y la CRAC, que a pesar de su corta existencia obtuvo 14 (Scott, 2009: 296-311). Sin embargo, esto no significó una lealtad incondicional e irrestricta a Ibáñez, pues los partidos se mantuvieron relativamente independientes, como quedó demostrado hacia las postrimerías de su régimen.

En vista de la dificultad que tuvo el gobierno de Ibáñez para cohesionar ideológicamente a la gran variedad de corrientes y agrupaciones políticas que le prestaron apoyo, la legislación social y laboral tuvo una importancia crucial. Como sostiene Rojas (1993: 61), la relación del gobierno con los trabajadores estuvo enmarcada principalmente por la implementación de esta legislación, que hasta entonces había tenido escasa aplicación. En su mayoría, la legislación social databa de los años 1924-1925, y abarcaba una gran variedad de ámbitos, como contratos, seguros, conciliación, huelgas y sindicatos. Como continuador del movimiento de 1924, Ibáñez se propuso llenar los vacíos reglamentarios y legales que impedían su puesta en práctica. Casi la totalidad de los estudios acá citados coincide en que, dentro de este conjunto de leyes, la más relevante fue la 4.057 de 1925 que otorgaba personalidad jurídica a los sindicatos. El principal propósito del gobierno al implementar esta ley fue terminar con los sindicatos revolucionarios comunistas y anarquistas, para promover en cambio sindicatos moderados y reformistas, ajenos a la lucha de clase y favorables a la conciliación social (Morris, 1967: 211-212; Scott, 2009: 202). Aunque Morris (1967: 212) agrega que entre los propósitos de esta legislación estaba también utilizar a la clase obrera para mantener a Ibáñez en el poder, la relación arriba descrita con los gremios y partidos tiende a mostrar lo contrario. Tanto por incapacidad como por desinterés, antes que cooptar ideológicamente al movimiento obrero, Ibáñez parece haber privilegiado la despolitización de los sindicatos, medida que se enmarcaba en los principios antipolíticos de su proyecto.

No obstante lo anterior, las consecuencias de la sindicalización legal fueron determinantes para el desarrollo posterior del movimiento obrero. De acuerdo con Fernández (2003: 144), la ley sindical tendió a simplificar y uniformar la gran variedad de organizaciones gremiales y sindicales que existían en la época en una sola categoría, la de sindicato legal. A su vez, aumentó el control del Estado sobre estas organizaciones, regulando su formación, actividades y recursos. Sin embargo, agrega el autor, fue precisamente el reconocimiento y regulación legal de los sindicatos lo que tendió a disolver la antigua matriz excluyente del Estado, al incorporar de forma efectiva a los obreros al aparato estatal. A partir de entonces, añade, los sindicatos dotaron a los sectores populares de una entidad única y legal, que los posicionaba como interlocutores válidos frente a los patrones e industriales. Esto permite matizar el control estatal que supuestamente se instauró sobre los

⁴ De acuerdo con la ley electoral de la época, cuando el número de candidatos era igual al número de escaños a elegir, éstos se consideraban electos sin necesidad de llevar a cabo la elección. El nombre del Congreso se debe a las Termas de Chillán, lugar en que Ibáñez se reunió con los partidos políticos para consensuar las listas de diputados y senadores.

sindicatos legales. Esta idea supone que la sola incorporación a la institucionalidad estatal es, por sí misma, un límite y restricción política del movimiento obrero. Aunque esto es parcialmente cierto en contraste con la organización de sindicatos libres anteriores a 1927 –que a su vez experimentaban numerosas debilidades– omite las nuevas posibilidades de acción que el sindicalismo legal dio a los grupos politizados, incluido los socialistas. Si bien el nuevo marco legal que fue instaurado a partir de 1927 no respondió ni al proyecto anarquista ni comunista, abrió precisamente la posibilidad de disputar políticamente las instituciones estatales, espacio de acción que hasta ese entonces había sido escasamente penetrado por las corrientes socialistas.

De lo anterior derivan también algunas consecuencias relevantes para la configuración del campo socialista posterior a 1931. Por un lado, la homogeneización legal del sindicalismo implicó que los modelos de sindicalismo libre de comunistas y anarquistas fueron eliminados. Dado que el sindicalismo era hasta ese entonces la principal alternativa a la acción político-institucional, la nueva normativa legal restringió severamente los medios extrainstitucionales del campo socialista. Por otro lado, la pretendida despolitización de los sindicatos fue solo parcial. Si bien es cierto que los modelos sindicales socialistas previos a 1925 fueron desplazados, el socialismo mantuvo su preeminencia ideológica en parte importante del movimiento obrero. Considerando la fallida cooptación ibañista de los sindicatos y la débil presencia de los partidos tradicionales, durante la década de 1930 el campo sindical fue rápidamente repolitizado por las distintas fuerzas socialistas del periodo.

Respecto a las consecuencias del sindicalismo legal para el socialismo, Rojas (1993: 173-174) sostiene que la oposición revolucionaria de comunistas y anarquistas a los sindicatos legales no tuvo éxito, en la medida que la afiliación a estos últimos aumentó progresivamente. Así, los comunistas habrían estado “obligados” a plegarse a la nueva normativa sindical, mientras el anarquismo quedó atrapado entre la alternativa de los sindicatos libres y los legales, incapaz de definirse por unos u otros. Lo que no considera esta explicación es precisamente que dichas opciones estaban relacionadas a las concepciones que ambas corrientes tenían sobre el Estado. Los comunistas no solo estuvieron obligados a tomar esa opción –podrían haberla rechazado– sino que habían desarrollado un aparataje ideológico capaz de justificar la participación en instituciones estatales. Esta había estado limitada inicialmente a las instancias electorales y parlamentarias, pero desde su adhesión a la IC tendió a una disposición más amplia al uso instrumental de las instituciones “burguesas”. En cambio, como se señaló en el capítulo anterior y siguiendo al propio Rojas, el anarquismo fue incapaz de superar sus definiciones ideológicas en este ámbito, siendo subsumido por el auge antipolítico de Ibáñez, o marginado de las nuevas oportunidades institucionales.

A pesar de las numerosas reformas llevadas a cabo durante el gobierno de Ibáñez, llama la atención que el mismo Fernández (2003: 114) sostenga que, a pesar de la disolución de la matriz excluyente, la lógica estatal oligárquica se mantuviese

inalterada. Con ello, el autor se refiere a que las prácticas al interior del Estado no experimentaron cambios sustantivos, en tanto se mantuvieron como mecanismo de ascenso social y fueron igualmente “patrimonializadas” por los nuevos grupos sociales, militares y civiles de clases medias. Aunque la discusión en profundidad de esta afirmación excede los propósitos de esta investigación, los principales trabajos sobre el gobierno de Ibáñez acá citados enfatizan el punto de no retorno que marcó con el antiguo régimen oligárquico (Rojas, 1993: 173; Scott, 2009: 340-341; Brahm, 2019: 433). Así, considerando las amplias transformaciones que se concretaron entre 1927 y 1931, tanto en el ascenso de nuevos grupos sociales al poder como en la consolidación del presidencialismo, la legislación social, el estatismo económico y la depuración administrativa, la aseveración de Fernández resulta discutible.

Desde la perspectiva sostenida en esta investigación, el proceso político que se abre a partir de 1931 responde justamente a la incapacidad de Ibáñez y los militares por hegemonizar y patrimonializar el aparato estatal. Por un lado, el vacío político que dejó el fracaso del ibañismo, incapaz de articular un proyecto ideológico sólido, permitió la apertura radical del sistema de partidos hacia nuevas corrientes ideológicas. Entre ellas, el socialismo y el comunismo fueron las más exitosas en su inserción. Por otro, las reformas legales y administrativas de Ibáñez permitieron institucionalizar un nuevo sistema político y estatal que, precisamente por estar institucionalizado, dificultó la apropiación o “patrimonialización” de parte de grupos sociales particulares, en los términos expuestos por Fernández. De ese modo, el Estado se consolidó como objeto central de la lucha político-partidista de los años siguientes.

5.1.2 Incorporación ideológica e institucional del socialismo (1931-1938)

A pesar de su popularidad inicial, el gobierno de Ibáñez experimentó una progresiva deslegitimación, en la que influyeron tanto las consecuencias económicas de la crisis de 1929 como sus políticas autoritarias. Hacia 1931, el descontento dio paso a grandes manifestaciones opositoras, promovidas principalmente desde gremios profesionales y estudiantes universitarios. A ellos se plegaron la mayoría de los partidos políticos, agrupándose en lo que se conoció como *civilismo*, movimiento que rechazaba la participación política de los militares. Tras prolongadas jornadas de protesta, en la que murieron dos manifestantes a causa de la represión, el 26 de julio de 1931 Ibáñez delegó el poder en el presidente del Senado y abandonó el país hacia Argentina. Por no contar con autorización del Congreso para el viaje, al día siguiente fue destituido de la presidencia. Con la caída de su gobierno se terminaba el largo proceso de reforma iniciado, al menos discursivamente, en 1920 con la elección de Arturo Alessandri.

Con este hecho se abre un nuevo periodo marcado por los intentos de normalización institucional y democrática, cuyos resultados transformaron significativamente las características del sistema político chileno. En lo que respecta al campo socialista, se sostiene que el rasgo central del periodo comprendido entre

1931 y 1938 fue el reconocimiento ideológico del socialismo como parte integrante del nuevo sistema de partidos. Aunque esto no se tradujo en una inclusión institucional inmediata, sí fue relevante la aceptación del lenguaje socialista, en su espectro amplio, como forma de expresar una serie de cuestiones asociadas a los problemas sociales y el rol del Estado. Esto se expresó en la masificación del vocablo socialista, aparejado al concepto de izquierda política, que, junto a la disposición institucional de sus dos principales tendencias, el Partido Comunista y el nuevo Partido Socialista, facilitaron su posterior integración al sistema de partidos a través del Frente Popular.

Desde el punto de vista de los clivajes políticos, la bibliografía concuerda con esta transformación general que experimentó el sistema de partidos chilenos después de 1931 (Collier y Collier, 1991; Scully, 1992; Moulian, 1993). A pesar de que el sistema de partidos resultante mantuvo su estructura tripartita de izquierda-centro-derecha, el significado de dichas divisiones, así como el carácter ideológico de los partidos, eran sustancialmente diferentes. Esto, pues al tradicional clivaje religioso se superpuso finalmente el clivaje de clase. La principal expresión de ello fue la formación, consolidación e integración de nuevos partidos pertenecientes precisamente al campo socialista, que se conformaron como el polo izquierdista del espectro político. Entre ellos se encontraban algunos preexistentes, como el Partido Democrático –que desde entonces experimentó un declive irreversible– y el Partido Comunista que, no obstante, atravesó una importante reestructuración ideológica en el periodo. Mucho más novedosa fue la irrupción en 1933 del Partido Socialista de Chile, que aglutinó las amplias demandas sociales de la época, así como a la gran variedad de corrientes reformistas, populistas y socialistas ajenas al PCCh (Drake, 1978). A ello contribuyó igualmente la repolitización del campo sindical, ya entonces legal, que proporcionó buena parte de las bases de los partidos de izquierda. Frente a este nuevo polo partidario, los partidos históricos fueron desplazados en el espectro político. Tanto el Partido Conservador como el Liberal pasaron a ubicarse al extremo derecho, representante del liberalismo decimonónico que imperó en el clivaje previo. Mientras que el centro pasó a ser dominado por el Partido Radical, convirtiéndose en el eje de las coaliciones que se formaron en las décadas posteriores. Así, a partir de las elecciones parlamentarias y presidenciales de 1932 se gestó lo que Faúndez (2011: 97-119) denominó la “democracia de partidos” del siglo XX chileno, organizado en torno a las divisiones partidarias e ideológicas descritas.

A pesar de esta reconfiguración, la normalización institucional del nuevo régimen y la posterior integración de la izquierda no fueron procesos carentes de obstáculos ni estrictamente democráticos. La transición iniciada tras la salida de Ibáñez no solo estuvo caracterizada por una breve pero extrema inestabilidad, con varias intervenciones y asonadas militares, sino que, además, como señala el propio Faúndez (2011: 98), el gobierno de Alessandri iniciado en 1932 vulneró reiteradas veces los derechos constitucionales, reprimiendo violentamente las huelgas y persiguiendo a los partidos de izquierda. En vista de estos hechos, algunos trabajos

han cuestionado la supuesta apertura política del periodo acá examinado. Valdivia (2017a) ha sostenido que la posdictadura no significó un quiebre con el ibañismo ni tampoco un proceso de democratización. Por el contrario, desde el punto de vista de las medidas represivas, existió continuidad entre Ibáñez y Alessandri, que este último consolidó en una serie de disposiciones legales destinadas a controlar el movimiento popular y el comunismo. Así, la apertura hacia la izquierda habría sido solo aparente, en la medida en que persistieron importantes restricciones a su participación política y electoral, mientras que el sistema político preservaba los intereses de la derecha. En una línea similar, Riveros (2018: 133-162) argumenta que a la crisis hegemónica de la oligarquía ocurrida a principios del siglo XX le siguió, tras 1932, una estructura anti-populista de tipo institucional-partidista que, sin embargo, no fue democratizadora. Era, en cambio, una concepción de democracia que privilegiaba la estabilidad institucional desde del sistema de partidos, y no a partir de una real participación popular. Aún más, las élites económicas nunca habrían perdido su rol dirigente, sino que, al mantenerse dentro del sistema de partidos, habrían llegado incluso a “cooptar” a la clase política.

¿Implican estas críticas que la supuesta integración de la izquierda, predominantemente de carácter socialista, no constituyó un cambio significativo en el sistema político en general? Si bien resulta innegable que, incluso para la época, los estándares democráticos de la década de 1930 fueron deficientes, concluir de ello que el dominio de las élites oligárquicas se mantuvo inalterado parece excesivo. Esto, por dos motivos: el desarrollo electoral e ideológico del sistema de partidos. Respecto al primero, Drake (1978: 99-132) muestra con detalle el progresivo giro hacia la izquierda del electorado chileno a partir de la década de 1930, así como en las transformaciones programáticas y electorales de la derecha. De acuerdo con el autor, en las elecciones de 1932 se expresaron nuevas demandas por mayor estatismo, industrialización y nacionalismo económico. Esto se reflejó sobre todo en la irrupción electoral de la izquierda, cuyo hito inicial fue la sorpresiva votación obtenida en 1932 por el candidato representante del nuevo socialismo del periodo, Marmaduke Grove, que obtuvo un 17,7% de los sufragios. En las elecciones parlamentarias de ese año, las organizaciones socialistas que formaron el Partido Socialista en 1933 alcanzaron un 5,6%. Si se suman otras agrupaciones menores que también utilizaban la etiqueta socialista, ese porcentaje aumenta a 11,8%. En las parlamentarias de 1937, el ya formado Partido Socialista alcanzó el 11,1%.⁵ A partir de entonces, la izquierda compuesta por comunistas y socialistas se consolidó como una fuerza electoral sostenida en el tiempo. En las primeras elecciones parlamentarias tras el triunfo del Frente Popular, realizadas en 1941, el PCCh y PS alcanzaron un 25,9%. El apoyo electoral a ambas organizaciones se mantuvo estable

⁵ Los otros partidos que en 1932 utilizaban la denominación socialista eran el Partido Democrático Socialista, el Partido Radical Socialista, además de radicales socialistas independientes. Aunque Cruz-Coke agrupa a estos partidos dentro de las categorías del PD y del PR, en su mayoría estos se integraron posteriormente al Partido Socialista. Tampoco se considera acá la votación de los independientes, varios de ellos de izquierda y militantes comunistas, impedidos de competir legalmente como Partido Comunista.

en las décadas posteriores. Con excepción de las elecciones parlamentarias de 1945, donde el PS llegó el 9,3%, socialistas y comunistas nunca obtuvieron menos del 10% de los votos, incluso a pesar de los periodos de clandestinidad comunista y la fragmentación socialista. Para la elección parlamentaria de 1969, la última antes de la Unidad Popular, ambos partidos sumaron el 28% de la votación (Cruz-Coke, 1984: 65, 70, 79, 99).

En lo que respecta a la derecha, la configuración del nuevo clivaje implicó cambios importantes en su trayectoria. Por un lado, como sostiene Drake (1978: 86-87; 113-125), a partir de 1932 la derecha se vio forzada a aceptar parcialmente las nuevas demandas de reforma social y económica, incorporando la intervención estatal en la economía. Esto se tradujo en una liberalización social y política de las clases altas, que aceptaron las nuevas tendencias reformistas –principalmente desde el socialcristianismo– y se abrieron a la incorporación de las clases medias emergentes. Sin abandonar la defensa de sus privilegios ni su anticomunismo, tras 1932 los partidos de derecha debieron flexibilizar sus posiciones y aceptar cambios y reformas en una perspectiva evolutiva. Por cierto, esta flexibilización ha sido interpretada por Valdivia y Riveros como concesiones estratégicas de las clases altas para mantener su dominio sobre los sectores rurales –que se mantuvieron como electorado cautivo de la derecha hasta la década de 1960– y resguardar sus privilegios económicos. No obstante, de aceptar esta lectura, dicha estrategia no se tradujo en una cooptación del sistema político. Por el contrario, como muestran Drake (1978: 101) y Scully (1992: 138), si se considera a conservadores y liberales como los partidos constitutivos de la derecha –aunque dicha categoría resulta extemporánea– estos experimentaron un declive sostenido incluso antes de la década de 1930. Si en 1912 ambos concentraban un 75,6% de la votación, en 1932 descendieron a un 34,5%. A pesar de aumentar a un 42% en 1937, para 1953 estos sumaban solo un 25,3% en 1953, y apenas un 12,5% en 1965 (Cruz-Coke, 1984: 86). El supuesto predominio político inveterado de la derecha no permite explicar este declive y pérdida progresiva del electorado, como tampoco el posterior surgimiento de grandes proyectos reformistas y revolucionarios durante el restante siglo XX en Chile, incluyendo, por cierto, la alternativa socialista.

Pero este giro del electorado era evidencia, por otro lado, de un cambio ideológico más generalizado en la totalidad del escenario político de la época. Si bien los estudios sobre clivajes dividieron el sistema político durante el clivaje clerical a lo largo del espectro izquierda-derecha, estas categorías no eran utilizadas en el debate público chileno anterior a la década de 1930. Pero en 1931 estas categorías aparecieron con inusitada fuerza y se extendieron rápidamente en el vocabulario político de la época, particularmente la categoría de “izquierda”.

Sintomático de esta reconfiguración conceptual del sistema de partidos fue la candidatura presidencial de Arturo Alessandri en 1931, la cual fue proclamada en septiembre en una Gran Convención de Izquierdas. Salvo una pequeña organización llamada Partido Socialista, el resto de la Convención estuvo compuesta por partidos provenientes del tronco histórico del liberalismo y el radicalismo, como el Partido

Demócrata, el Radical Socialista y el Liberal Democrático, más otras agrupaciones menores. Estos partidos, luego aglutinados en la Federación de Izquierda, consideraban a Alessandri como “un símbolo de justicia social y de ideales izquierdistas” (Correa, 1979: 396), razón por la cual la revista de sátira política, *Topaze*, afirmaba que el candidato venía “a ser algo así como el Papa de los izquierdistas”.⁶ Tras la derrota de Alessandri en las elecciones presidenciales de 1931, la categoría de izquierdas no perdió su vigencia. Por el contrario, desembarazada de Alessandri, la “izquierda” permaneció como categoría para designar al diverso campo de demócratas, radicales y liberales partidarios de las nuevas tendencias estatistas y reformista, pero, por sobre todo, para designar a los socialistas que emergían como fuerza ideológica predominante de este campo partidario.

En efecto, como afirma Correa (1979: 396), con el nacimiento de la palabra izquierda, nacía también una “nueva aspiración”, el socialismo. Por cierto, como se ha visto en esta investigación, el socialismo estaba lejos de ser una ideología novedosa en Chile. Pero lo que sí es cierto es que durante la década de 1930 el vocablo experimentó una legitimación y difusión generalizada, transformándose en un elemento constitutivo del espectro político local. Su expresión más evidente fue la proliferación de partidos que apelaban a esta ideología. Con sorna, *Topaze* alertaba sobre la gran proliferación de partidos en 1931, pues a los partidos históricos había “que agregar a los comunistas a secas, a los comunistas integrales, socialistas de orden, socialistas marxistas, la Unión de Acción Republicana, la NAP, etc.”⁷ Tras la mencionada República Socialista de 1932, la revista *Hoy* identificaba al menos siete partidos que adscribían a alguna forma de socialismo,⁸ y que en su mayoría integrarían el Partido Socialista fundado un año más tarde. Pero no era solo una cuestión de organizaciones; partidarios y detractores percibían por igual la difusión de las ideas socialistas. Así, en abril de 1932, el Partido Socialista Marxista observaba que “las que ayer fueron quimeras y utopías, están hoy en labios de parlamentarios y políticos”, y que “el socialismo penetra en todas partes; tiene la majestad de las grandes concepciones históricas”.⁹ Desde una posición contraria, el sacerdote Fernando Vives –importante figura del socialcristianismo en Chile– comentaba que “desde el 4 de septiembre la palabra socialista está de moda”, y

⁶ “Guirigay”, en *Topaze*, Santiago, 4 de mayo de 1932.

⁷ “Gotitas de miel”, en *Topaze*, Santiago, 9 de septiembre de 1931. El comentario refiere tanto a las dos facciones comunistas que se disputaban el Partido Comunista, encabezadas por Elías Lafertte y Manuel Hidalgo, como a la Orden Socialista, el Partido Socialista Marxista, y la Nueva Acción Pública (NAP), que en 1933 formarían el Partido Socialista de Chile. La única excepción es la Unión de Acción Republicana, de tendencia ibaíñista.

⁸ “Política. El origen de los nuevos partidos políticos y el Gobierno”, en *Hoy*, Santiago, N° 36, 29 de julio de 1932.

⁹ “El estado de sitio no tiene importancia, desde el punto de vista marxista”, en *Crónica*, Santiago, 7 de abril de 1932.

“muchos tímidos cristianos, y aun devotas señoras, quieren revestirse con ropaje socialista para ponerse al día y no pasar por demasiado reaccionarios”.¹⁰

Sobre esta expansión terminológica del socialismo cabe hacer dos observaciones. En primer lugar, que, en su proceso de constitución, al interior de la izquierda y del socialismo cristalizó una escisión ideológica profunda. Como se analizará luego, esta fue la que se produjo alrededor de las dos organizaciones partidarias que ocuparon este campo político: el Partido Comunista y el Partido Socialista chilenos. En un primer momento, la categoría de izquierda se utilizó para designar a las numerosas organizaciones socialistas y reformistas que proliferaron en 1931. A pesar de su gran diversidad, prontamente la mayoría de estas agrupaciones convergieron al alero del PS fundado en 1933, y que un año después conformó su propia coalición, el Block de Izquierda. Se aglutinaba así en una organización el amplio abanico de tendencias estatistas, reformistas y socialistas de la década de 1920.

En contraste, el Partido Comunista se mantuvo inicialmente marginado de este proceso y, en consecuencia, del campo izquierdista. En esto influyeron tanto su precaria condición organizacional, fuertemente reprimida y fraccionada, como también sus propias condiciones ideológicas. No solo el PCCh adoptó estrictamente la doctrina soviética, a la que varios grupos izquierdistas se oponían, sino que en sí mismos constituían una tradición socialista previa, con una identidad histórica consolidada. Salvo la fracción disidente de Manuel Hidalgo, llamada luego Izquierda Comunista e integrada al PS en 1936, el PCCh no experimentó cruces ideológicos importantes con los nuevos socialistas. Hasta al menos 1935, ambas organizaciones disputaron fuertemente por el predominio de la izquierda, conflicto que solo se moderó con la formación del Frente Popular. Pero, para ese momento, ambos partidos constituían alternativas claramente diferenciadas de socialismo, a pesar de la colaboración que pudiese existir entre ellas.

Una segunda consideración relevante tiene que ver con el rol del sindicalismo en la configuración de la nueva izquierda. No obstante el énfasis dado a la ideología en esta investigación, los clivajes descansan de manera importante en fisuras sociales que son moldeadas y organizadas por los grupos ideológicos. En este sentido, el conflicto de clase tuvo su expresión social más fuerte en el movimiento obrero, que a partir de 1931 comenzó a organizarse en el sindicalismo legal. A pesar de sus intenciones despolitizadoras, como muestran Angell (1972) y Collier y Collier (1991: 355), el sindicalismo legal fue rápidamente politizado por los partidos de izquierda. Primeramente, por los socialistas, y luego por el PCCh, las bases sindicales fueron integradas como la base social de estos partidos. Por cierto, para ese periodo los trabajadores exhibían una enorme diversificación, que abarcaba no solo a los obreros tradicionales, sino también a empleados, profesores y profesionales. Socialistas y comunistas fueron capaces de captar a amplias franjas de estos grupos sociales, constituyéndose como fuerzas políticas con fuertes raíces en la sociedad

¹⁰ Fernando Vives, “Socialismo y cristiano, ¿son términos contradictorios?”, en *La Revista Católica*, Santiago, N°728, 1 de julio de 1932.

civil y con importantes niveles de autonomía frente a los partidos históricos. En definitiva, se consolidaron como la expresión política del clivaje de clase, tanto en su sentido ideológico como sociológico.

En conclusión, puede afirmarse que en la izquierda de tipo socialista que se consolidó entre 1931 y 1938 cristalizó una parte importante del proceso de cambio político que se produjo durante la coyuntura crítica en Chile. Tras dos frustrados intentos de reforma social desde arriba, Alessandri en 1920 e Ibáñez en 1927, el socialismo emergió finalmente como una alternativa política real. A partir de la década de 1930, la visión ideológica del campo socialista tendió a abarcar gran parte de las aspiraciones de mejoramiento social relacionadas con el conflicto de clase. El socialismo, ya organizado como ala izquierda del sistema de partidos, no solo recogía entonces el espíritu de reforma de la década de 1920, sino que comenzaría a moldear también las nuevas demandas políticas a través de un proyecto propio. Esto no solo por una expansión y legitimación de sus visiones ideológicas, sino también por su concreción en estrategias y organizaciones de mayor estabilidad y éxito. Se consolidó, en primer lugar, el modelo partidario como la forma de organización más aceptada en el campo socialista. En segundo lugar, y mucho más determinante, se terminó por aceptar la vía institucional como estrategia predominante tanto para comunistas como socialistas. Lo relevante de esto fue que esta estrategia no fue solo una concesión práctica o contingente, sino una decisión deliberada de los propios partidos de izquierda, sustentada a partir de concepciones ideológicas específicas que resultaron más adecuadas para el escenario político del periodo. Por un lado, la del PCCh, que retomó buena parte de la concepción estratégica del POS; por otra, la del PS que, por el contrario, recogió las erráticas experiencias de los variados grupos reformistas y revolucionarios de la década de 1920. Se fundían así, en la izquierda, tanto la continuidad como la novedad del socialismo.

5.2 Continuidad y cambio ideológico en el PCCh

En esta sección se examina la trayectoria ideológica del Partido Comunista de Chile entre las políticas del llamado Tercer Periodo establecido por la Internacional Comunista (IC) en 1928, hasta la formación del Frente Popular en 1938. Este análisis se enfoca en las tres principales dimensiones ideológicas definidas en esta investigación, esto es: su contenido conceptual discursivo, su expresión estratégica y sus lineamientos organizacionales. En todos estos aspectos, el PCCh experimentó durante este periodo profundas transformaciones que alteraron la vía política que había seguido hasta 1926. Desde 1927, los más importantes cambios, se efectuaron en los ámbitos organizacionales y estratégicos. Siguiendo los lineamientos de la IC, el PCCh llevó a cabo un drástico ajuste en su organización siguiendo el modelo de partido soviético –proceso conocido como bolchevización–, así como una nueva estrategia revolucionaria extrainstitucional, que implicó el abandono de parte importante de su tradición política previa. Estos cambios se aplicaron

principalmente desde 1931 tras el término de la dictadura de Ibáñez. No obstante, los escasos éxitos de esta nueva política comunista, tanto a nivel internacional como local, derivaron en un nuevo giro político de la IC en lo que, hacia 1935, se conoció como la política de frentes populares. En el caso del PCCh, este giro se caracterizó por una importante transformación conceptual en su configuración ideológica, que a través de un nuevo discurso democrático y nacionalista pudo retomar parte de su tradición ideológica anterior y reencausar su estrategia al interior de los espacios político-institucionales.

Para comprender el alcance de los giros ideológicos señalados, es necesaria una breve explicación del Tercer Periodo. Esta tesis fue propuesta en 1926 por Nicolai Bujarin, quien identificó tres fases en el capitalismo posterior a la Primera Guerra Mundial. La primera correspondía al proceso revolucionario iniciado con la Revolución rusa, a la que habría seguido una segunda fase de estabilización del capitalismo, durante la cual la IC implementó las políticas de frente único con los partidos socialistas. El Tercer Periodo, en cambio, se refería a la crisis terminal del capitalismo y, con ello, la inminencia de la revolución socialista. Esta política fue adoptada de forma oficial en el VI Congreso de la IC de 1928, y se tradujo en una radicalización del movimiento comunista mundial como preparación para la revolución, en lo que se conoció como la táctica de “clase contra clase” (McDermott, 1995; Eley, 2002: 250-253; Worley, 2004). Esta táctica suponía el abandono de los frentes únicos con la socialdemocracia, ahora considerados como obstáculos para la revolución por su aceptación de la democracia burguesa. La socialdemocracia fue calificada de “socialfascismo”, quedando excluida de cualquier posible alianza política comunista. Se estableció así la política de “frente único por la base” –es decir, con las organizaciones obreras de base– abandonando las alianzas con las cúpulas de otros partidos políticos. De acuerdo con los autores citados, las políticas del Tercer Periodo tuvieron efectos “desastrosos” para los partidos comunistas. Su aplicación, que coincidió con el ascenso de Stalin en la Unión Soviética, redundó en una política sectaria que aisló a las organizaciones comunistas en sus respectivos países, y supuso un retroceso cuantitativo en militantes y en resultados electorales.

Los comunistas chilenos no estuvieron ajenos a estas consecuencias, las que solo se superaron paulatinamente con la flexibilización que introdujo la política de frentes populares. En consideración de lo anterior, el propósito es explicar la forma en que este giro del Tercer Periodo al Frente Popular permitió la inserción del PCCh al sistema de partidos chilenos. El argumento principal sostiene que esto fue posible gracias a la tradición ideológica heredada del POS, caracterizada por su vía política institucional. Por un lado, esta tradición dificultó la aplicación de las políticas del Tercer Periodo, para las cuales los comunistas carecían de concepciones y experiencias adecuadas. Por otro, proporcionó un trasfondo acorde con el giro del Frente Popular que, a pesar de sus innovaciones conceptuales, entroncó con parte importante de la tradición ideológica comunista chilena. En este sentido, el alcance del Tercer Periodo en el PCCh fue temporal y parcial, limitado casi por completo a lo

organizacional, pero sin alterar de forma permanente la inserción institucional desarrollada en las décadas previas.

5.2.1 La 'bolchevización' del PCCh

Pocos casos dejan de manifiesto con tanta claridad la relación entre ideología y organización como el proceso de reestructuración partidaria impulsada por la IC desde mediados de la década de 1920. Como muestra Eley (2002: 250-253), debido a la volatilidad política del comunismo internacional, así como las oscilaciones en el liderazgo y militancia de los partidos comunistas europeos, en su X Congreso de 1924 la IC se vio en la necesidad de reformarlos a imagen del bolcheviquismo soviético. En la práctica, esto significó una estricta centralización organizativa, el disciplinamiento ideológico según las directivas de la IC y la adopción de la teoría leninista. En el caso de América Latina, cuyos partidos comunistas gozaban hasta ese momento de un amplio margen de autonomía, la bolchevización coincidió con lo que Caballero (1986: 65-75) denominó “el descubrimiento de América” por parte de la IC. A partir de su XI Congreso en 1928, la IC desarrolló un análisis más detallado de los países latinoamericanos –englobados en la categoría general de países semicoloniales–, reconociendo sus particularidades y definiendo el carácter que tendría la revolución en sus distintas regiones. En consecuencia, el disciplinamiento de los partidos comunistas americanos adquirió mayor importancia para la IC, que a partir de la Conferencia Comunista Latinoamericana realizada en Buenos Aires en 1929 comenzó a ejercer un control más directo sobre los partidos locales.

En Chile, la bolchevización tuvo una recepción relativamente temprana. De acuerdo con Álvarez (2018: 105), este proceso organizacional tuvo un largo periodo de preparación, que puede datarse de las primeras intenciones del POS de adherir a la IC en 1920, hasta su implementación inicial en 1927-1928. No obstante, la circulación explícita y sistemática de los nuevos principios de organización en la prensa comunista comenzó entre 1925 y 1926. Según Urtubia (2017) y Álvarez (2018), la principal preocupación de los comunistas durante esos años fue subsanar los problemas de disciplina que exhibía el partido, probablemente el punto más débil del modelo organizacional heredado del POS. Estos problemas no se limitaban a la estructura del partido de tipo asambleísta, sino también a los criterios doctrinarios, morales y de compromiso político que conformaban lo que Urtubia denomina el modelo de militancia comunista. Así, aunque la reconversión del POS a PCCh no suscitó controversias ideológicas importantes, la bolchevización comenzó a evidenciar las disputas internas que hasta entonces se mantenían soterradas.

Este problema se hizo patente a fines de 1926, cuando el Secretariado Sudamericano (SSA) de la IC hizo llegar al PCCh una carta con motivo de su VIII Congreso, que se celebraría los primeros días de enero de 1927. En ese documento, si bien el SSA reconocía la influencia de los comunistas sobre los trabajadores, así como sus éxitos electorales y sindicales, criticaba las características de su organización. El SSA identificaba tres grandes fallas del PCCh: el no estar

“organizado sobre la base de células de fábrica”, la escasa incorporación de nuevos militantes, y el tener una base proletaria “absolutamente insuficiente”. A ello se sumaban otros defectos, como “la falta de una ligazón orgánica entre las organizaciones entre sí y las organizaciones y el Comité Central”, “la insuficiencia del aparato del Partido”, así como “la confusión entre el trabajo del Partido y de las organizaciones sindicales”. Como consecuencia, proliferaban en el partido “luchas de tendencias”, que por no ser aclaradas mediante “una discusión objetiva de las cuestiones políticas”, degeneraban en “luchas personales”.¹¹

En este ámbito, la “situación más anormal” identificada por el SSA correspondía a las disputas que generaba la designación de sus candidatos parlamentarios a través de elecciones internas en cada sección del partido. Además, se refería a la evidente falta de disciplina de los parlamentarios comunistas, los que tendían a responder a sus respectivas secciones territoriales antes que al Comité Central.¹² Como muestra Barnard (2017: 71-77), esto produjo un importante conflicto con los parlamentarios comunistas, que fueron incluso tildados de reformistas y acusados de desviaciones políticas. No obstante, según el autor, la mediación y las recomendaciones del SSA parecen haber sido eficaces para resolver el problema. En su Congreso de 1927, el PCCh adoptó el centralismo democrático y la organización por células, así como todas las medidas correctivas para subsanar las deficiencias organizativas. Solo uno de sus parlamentarios, el diputado Abraham Quevedo, fue sancionado con la expulsión.

A pesar de estas mejoras organizacionales, la proscripción del PCCh dictada en febrero de 1927 impidió su implementación. Por el contrario, la organización comunista se vio gravemente afectada por la represión de Ibáñez. Carente de estructuras partidarias abocadas a la actividad ilegal, el PCCh sufrió una importante fragmentación interna. Aunque esto se debió en parte a discrepancias estratégicas, en términos organizacionales la fragmentación fue consecuencia de las deficiencias identificadas por el SSA a fines de 1926. La falta de disciplina y de delimitación entre el Partido y la FOCh fueron factores que contribuyeron al fraccionamiento interno y la colaboración de algunos militantes con Ibáñez. El caso más notorio fue precisamente el de los parlamentarios comunistas. Ya en marzo de 1927, Pedro Reyes (diputado) y Juan Luis Carmona (senador), manifestaban su cooperación con “la obra de depuración y de renovación de valores en la sociedad” que realizaba Ibáñez, en ese momento todavía ministro de Interior.¹³ Con posterioridad, otros tres diputados de origen comunista se plegaron al gobierno de Ibáñez.¹⁴

¹¹ “Carta abierta del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista a los miembros del Partido Comunista de Chile con motivo del Congreso del Partido, 27/12/1926”, en Ulianova y Riquelme (2005: 191-192).

¹² *Ibíd.*

¹³ “Nuestra explicación a los comunistas del país”, en *La Nación*, Santiago, 3 de marzo de 1927.

¹⁴ Estos fueron Abraham Quevedo y José Santos Córdova, ambos marginados del PCCh con anterioridad, y luego el histórico militante Ramón Sepúlveda Leal, que en el Congreso Termal de 1930 ocupó un escaño como representante del Partido Democrático (Barnard, 2018: 80, 82).

Más grave fue el quiebre que se produjo entre tres grandes grupos que diferían en las formas de oposición a Ibáñez (Barnard, 2017: 83). Una primera fracción que proponía una oposición total a Ibáñez, sin alianzas con otros opositores ni participación en los espacios legales. Un segundo grupo, liderado por Manuel Hidalgo, abierto a la colaboración con fuerzas de oposición pertenecientes a los partidos tradicionales. Por último, quienes proponían una oposición a partir de las estructuras sindicales, pero sin colaborar ni con partidos “burgueses” ni con el gobierno. Incluso antes de la elección formal de Ibáñez como presidente, un miembro del SSA describía la situación como “de una cruenta lucha dentro del partido y los sindicatos”, en “condiciones muy difíciles” para un partido sin experiencia en la clandestinidad ni en la lucha “contra los renegados”.¹⁵

Frente a esta situación, el SSA se vio en la urgencia de reforzar su tutela sobre el PCCh. Tras la confusión e incertidumbre inicial que afectó a los comunistas chilenos, Ulianova (2005c: 243) sostiene que 1929 fue el año clave en su proceso de reorganización por medio del viaje a Chile del dirigente comunista argentino Vittorio Codovilla, secretario del SSA. Las instrucciones del SSA fueron comunicadas en sucesivas cartas y reuniones con las direcciones provisorias del PCCh. En agosto 1929, el SSA se dirige al Comité Central establecido por Manuel Hidalgo con una serie de recomendaciones organizacionales. Allí se indica como tarea fundamental dar al Partido “una estructura orgánica que le permitirá ligarse directamente con las masas trabajadoras” y organizar “cuadros sindicales revolucionarios (FOCh) sobre la base de los lugares de trabajo, para oponerlos al avance del ‘sindicalismo’ gubernamental”. Además de la estructura del partido, aborda también consideraciones sobre la militancia. El Partido, añade, debía reorganizarse “sobre una amplia base proletaria” y “darle una ideología revolucionaria que lo presente ante las masas trabajadoras como el único guía en sus luchas diarias”. Las instrucciones directas eran continuar con la organización del PCCh por células, y de la FOCh sobre la base de comités de fábrica.¹⁶ No obstante, de manera paralela el SSA pretendía desplazar a Hidalgo de la dirección, en lo que sería el quiebre organizacional más importante del PCCh en el periodo. En una carta posterior, Codovilla criticaba al Comité Central de Hidalgo por su propuesta de crear un partido legal, la cual demostraba “una *completa incomprensión* de los principios bolcheviques de organización” y que debía ser combatida, pues conducirían “a la liquidación del Partido Comunista de Chile”.¹⁷

La consecuencia más directa de la intervención del SSA fue la expulsión definitiva de Hidalgo y sus partidarios a comienzos de 1931. Con ello, se rompió la continuidad organizacional que había exhibido el POS durante su reconversión al comunismo.

¹⁵ “Informe reservado del integrante del Secretariado Sudamericano Mijailov (Raimond) al CE de Komintern, 07/05/1927”, en Ulianova y Riquelme (2005: 288).

¹⁶ “Carta del Secretariado Sudamericano de Komintern al Comité Central de Santiago del PCCh y a todos los miembros del Partido, agosto de 1929”, en Ulianova y Riquelme (2005: 405-406, 409).

¹⁷ “Carta del Secretariado Sudamericano de Komintern al Comité Central provisorio del PC chileno, 11/09/1929”, en Ulianova y Riquelme (2005: 410-411).

Aún más importante, entre 1931 y 1933, la fracción de Hidalgo mantuvo el nombre del Partido Comunista, lo que supuso una profunda escisión con el PCCh oficial. En este sentido, el ámbito organizacional fue una de las principales manifestaciones de la transformación ideológica de los comunistas. En la práctica, esto se tradujo en un drástico giro disciplinario de parte del Partido oficial, dispuesto a romper incluso con militantes históricos. Así lo reconocía su periódico oficial, *Bandera Roja*, al declarar que todos los militantes que, en lugar de combatir la persecución ibañista, “se entregaron a ella, fueron expulsados como traidores al proletariado, aunque algunos eran antiguos y destacados afiliados”.¹⁸ Desde el punto de vista de la cohesión ideológica del grupo, esto era necesario para evitar un fraccionamiento aún mayor entre dos organizaciones que rivalizaban por la representación legítima del comunismo local. Así lo justificaba el Buró Sudamericano (BS) –ente continuador del SSA– al sostener que, por su conducta, Hidalgo “fue un obstáculo para el desarrollo del Partido Comunista, como partido revolucionario, partido del Komintern, en su lucha contra la tiranía de Ibáñez”. Asimismo, se le planteaba a “todos los elementos hidalguistas, intelectuales y pequeñoburgueses (...) la cuestión de separarse de Hidalgo y romper con todas sus ligazones que perjudican a la formación de nuestro partido como partido de clase”.¹⁹ Con ello, la depuración doctrinaria comenzaba a instalarse como elemento fundamental en la organización del PCCh, consolidando su pertenencia ideológica a la Internacional Comunista (Ulianova, 2009a: 47).

Identidad y organización

Con el regreso a la actividad legal, comenzó una difusión más amplia de la bolchevización, que hasta entonces se había limitado de manera casi exclusiva a sus estamentos directivos. Mediante la prensa, el PCCh informaba a la militancia sobre sus nuevos lineamientos organizacionales necesarios para reorganizar su debilitada estructura. Los más importantes tenían que ver con la señalada formación de células. “La tarea principal de nuestro Partido”, señalaba *Bandera Roja*, “es hacer que todos sus miembros que trabajen en un lugar determinado (...) formen la célula de fábrica, hacienda, etc.” Quienes no pudieran formar células en sus lugares de trabajo, debían replicar estas estructuras en sus barrios y pueblos. Pero en ningún caso un militante podía estar por fuera de la célula. La célula, explicaba el periódico, “es la unidad básica del Partido” y “uno no puede ser miembro del Partido sin ser miembro de una célula del Partido”. En ella, añade, “el miembro del Partido ejerce el derecho de participar en la formulación de la política del Partido y la elección de sus organismos dirigentes”. Además, mediante la célula se coordinaba la acción de los comunistas en aquellas organizaciones externas al PCCh, las “fracciones”, las que servían como “arma” de la célula para “realizar las actividades comunistas en las organizaciones

¹⁸ “Por nuestra política independiente”, en *Bandera Roja*, Santiago, 13 de agosto de 1931.

¹⁹ “Carta del Buró Sudamericano de Komintern al Partido Comunista de Chile. 27/08/1931”, en Ulianova y Riquelme (2009: 73, 75).

sin partido de obreros y campesinos”.²⁰ Por lo general, estas eran todas aquellas asociaciones obreras independientes que los comunistas buscaban influenciar para ganar apoyo y arraigo social.

A pesar de la importancia dada a la estructura partidaria, la bolchevización se plasmó con igual fuerza en la identidad del grupo. En este ámbito queda de manifiesto la decisiva influencia de las ideologías como conjunto de creencias y valores que definen la pertenencia a un grupo. En el caso del PCCh, este proceso implicó una reconfiguración de su identidad a partir de tres elementos ideológicos y simbólicos. En primer lugar, una exaltación del imaginario bolchevique, profundizando la tendencia observada desde la década de 1920. En esto fue particularmente influyente el levantamiento de la marinería ocurrido el 1 de septiembre de 1931 en demanda de mejoras salariales. Como sostiene Ulianova (2009a: 35), aunque el PCCh no tuvo incidencia efectiva en el desarrollo de levantamiento, el incidente evocó entre los comunistas al motín de navío de guerra ruso Potemkin, popularizado en 1925 con la película de Eisenstein, *El acorazado Potemkin*. Igualmente, según se constata en una carta enviada al Buró Sudamericano, ante la expectativa de una revolución generalizada, se habrían levantado soviets en dos barrios proletarios de Santiago.²¹ Aunque no se tiene constancia de la existencia de dichos soviets, su mención da cuenta del simbolismo soviético que guiaba a los comunistas chilenos. En los años posteriores, el PCCh promovió formas de organización al estilo soviético, aun cuando fuesen más imaginarias que reales. Los aniversarios de la revolución bolchevique eran momentos privilegiado para este propósito. Así, por ejemplo, en octubre de 1931, se llamaba a organizar “células comunistas en fábricas, minas, barcos, cuarteles, oficinas salitreras, fundos, escuelas, estaciones, etc.”, así como “comités de soldados y marineros en cada cuartel o barco” y defender a “los marineros, soldados y obreros que participaron en la insurrección de septiembre”.²² Como se verá luego, el único caso concreto de “soviet” ocurrió durante la breve República Socialista de 1932, cuyos éxitos fueron, no obstante, mínimos.

En segundo lugar, parte importante de la reconfiguración identitaria se expresó en los nuevos criterios de composición de la militancia, en lo que se denominó la “proletarización” del Partido. De acuerdo con *Bandera Roja*, entre las tareas pendientes del PCCh se contaban la de “establecer una verdadera disciplina bolchevique que nos permita conquistar orgánicamente a las masas obreras y campesinas” y ampliar “nuestros cuadros de base y mejorando siempre, con amplio y verdadero espíritu de proletarización, nuestros cuadros dirigentes”. En el marco de las políticas del Tercer Periodo, estos propósitos tenían un importante fundamento ideológico, pues permitirían luchar “contra las supervivencias socialdemócratas y anarquistas que se manifiestan (...) en las tendencias de derecha

²⁰ “Células y fracciones comunistas”, en *Bandera Roja*, Santiago, 17 de octubre de 1931.

²¹ “Carta del representante del Profintern desde Chile al Buró Sudamericano. 09/09/1931”, en Ulianova y Riquelme (2009: 91).

²² “La escandalosa mascarada electoral del domingo 4”, en *Bandera Roja*, Santiago, 17 de octubre de 1931.

o de izquierda que de vez en cuando aparecen en el Partido”.²³ Dichas tendencias eran usualmente atribuidas a los adversarios izquierdistas y socialistas, acusados de engañar a la clase obrera. Así lo constataba el *Boletín del Comité Central* al declarar que la proletarización “es una de las más importantes ayudas para liberarse de las concepciones pequeñoburguesas”. Desde esta perspectiva, el Comité Central afirmaba la necesidad de “defenderse del aflujo de elementos no proletarios, con vistas a la etapa democrático-burguesa de la revolución”. En este sentido, se planteaba la urgencia de aplicar los fundamentos leninistas en el partido “para asegurar su hegemonía en el movimiento revolucionario” y establecer “la más amplia ligazón con las más vastas masas explotadas, asegurando, sobre todo, la alianza del proletariado con las masas campesinas”.²⁴

El tercer ámbito de reconfiguración identitaria tuvo que ver con el cuestionamiento a la figura de Recabarren y su legado ideológico, el “recabarrenismo”. Esta crítica fue introducida directamente por la IC y resultó sumamente controvertida para el PCCh (Ulianova, 2009b: 193-198; Urtubia, 2017: 189-196; Grez, 2020a: 226-227). Según argumentaba un delegado de la IC tras su visita a Sudamérica en 1933, el PCCh no era todavía “partido marxista-leninista”, pues aún estaba bajo la influencia de Recabarren. A su juicio, la plataforma política de Recabarren era “socialdemócrata”, “reformista” y su idea principal era “la colaboración con las clases dominantes”.²⁵ Con ello, el delegado se refería sobre todo a las estrategias electorales y de alianzas impulsadas por Recabarren desde la era del POS, y que el PCCh mantuvo como parte integral de su ideología. A pesar de que en su informe reconocía la influencia simbólica de Recabarren sobre las masas, en el contexto del Tercer Periodo la IC presionó al PCCh para superar su legado. No obstante la natural resistencia de los comunistas chilenos a desplazar la figura de su fundador, en su Conferencia Nacional de 1933 adoptaron la crítica hacia el histórico líder socialista. Aunque el Partido reconocía que “el gran cariño que la clase obrera siente hacia él está plenamente justificado”, afirmaba al mismo tiempo que “su ideología era la de un liberal”. Con ello se refería a “sus ilusiones democráticas” y “su fe en el sufragio universal”. En ese sentido, el PCCh acogía los postulados de la IC para liberarse “del lastre ideológico de Recabarren, que forma un obstáculo muy serio ideológica, política y orgánicamente, para la penetración por el PC chileno del marxismo-leninismo” (Partido Comunista de Chile, 1936: 33-34, 51-52).

La pretendida superación de Recabarren fue, sin embargo, compleja, tanto así que la propia IC cuestionó posteriormente el modo en que esta se llevó a cabo por el PCCh (Ulianova, 2009b: 196-197). Según otro delegado de la IC, de resistirse a abandonar “las posiciones falsas de Recabarren”, el PCCh había caído “en el extremo

²³ “La Internacional Comunista conduce al triunfo de la Revolución Social”, en *Bandera Roja*, Santiago, 28 de febrero de 1932.

²⁴ “A luchar por la formación bolchevique del Partido”, en *Boletín del Comité Central del Partido Comunista*, n°2, 6 de diciembre de 1932.

²⁵ “Informe de un delegado de Komintern, a su vuelta desde América del Sur a Moscú (1933)”, en Ulianova y Riquelme (2009: 284-285).

opuesto". Es decir, se lo criticaba "como si fuera hoy uno de nuestros militantes, haciendo a un lado las condiciones históricas en las cuales él actuaba y sin tener en cuenta sus méritos". En definitiva, "se simplifica demasiado la tarea de superar el recabarrenismo" y, de esa forma "con demasiada facilidad se desliga de grandes tradiciones de masas".²⁶ Esta medida impulsada por la IC fue probablemente la menos exitosa dentro del proceso de bolchevización, reconociendo la dificultad de transformar el trasfondo ideológico local de los comunistas chilenos. Como muestra Urtubia (2017: 194-196), la crítica al recabarrenismo no derivó en una negación de Recabarren. Al contrario, y reconociendo el prestigio de su figura, esta fue institucionalizada en el Partido como "una fase pretérita del desarrollo de la clase obrera chilena". Así, la bolchevización no afectó a la apropiación de Recabarren de parte de los comunistas, como más bien a "contenidos específicos" de su legado ideológico.

Considerando la profundidad de los cambios organizacionales que implicó la bolchevización, ¿cuáles fueron sus alcances y consecuencias para el PCCh? A juicio de Barnard (2017: 101-109), los logros organizacionales de los comunistas fueron escasos, sobre todo en lo referido a su capacidad de reclutar nuevos miembros. A pesar de las ambiciosas campañas de crecimiento lanzadas a partir de 1931, el autor señala que en 1932 la militancia comunista no superaba los mil miembros, y hasta 1935 no superó los tres mil. Esto fue particularmente insuficiente en los principales grupos sociales a los que apelaba el Partido, como obreros industriales y campesinos, así como en sus bastiones tradicionales en las zonas salitreras y carboníferas. A ello, Barnard añade el funcionamiento inadecuado de las estructuras. Las células, estructuras locales y regionales adolecían de descoordinación y vínculos irregulares, lo que redundaba en errores políticos de sus agrupaciones, carentes de directrices claras. La instrucción ideológica, que ya entonces constituía un elemento de militancia fundamental, tampoco tuvo los efectos deseados, pues tendía a aplicarse de forma rudimentaria. A ello habría que agregar que, bajo los nuevos criterios doctrinarios y en medio de la disputa con la facción de Hidalgo, el PCCh funcionó como una organización altamente excluyente. El propio Partido tendía a reconocer esta falencia. Como señalaba *Bandera Roja* en 1931, "todavía quedan afiliados que creen que para ingresar al Partido, los obreros deben ser doctores en marxismo, sabios en comunismo", y que "muchos simpatizantes son ahuyentados cuando alguno de nuestros compañeros les da a conocer, en términos muy erróneos, en qué consiste nuestro sistema celular".²⁷ Sin embargo, durante los primeros años, los comunistas hicieron pocos esfuerzos para revertir esta imagen negativa. Para Barnard, en el ámbito organizacional la bolchevización significó entonces un fracaso que entorpeció la reorganización del PCCh.

No obstante, más allá de su deficiente aplicación inmediata, la bolchevización tuvo resultados positivos en otros aspectos. De acuerdo con los ámbitos ideológicos

²⁶ "Discusión sobre la situación chilena en el Buró Sudamericano de Komintern. Intervención de Fritz Glaufbauf (Diego). Marzo de 1934" en Ulianova y Riquelme (2009: 363-364).

²⁷ "¡Tripliquemos nuestro Partido en tres meses!", en *Bandera Roja*, Santiago, 5 de marzo de 1932.

definidos en esta investigación, el más relevante de ellos fue la cohesión ideológica del comunismo chileno. Al respecto, Barnard (2017: 109) reconoce que el contexto adversó que atravesó el PCCh desde 1927 produjo “fuertes vínculos de lealtad entre sus miembros”, particularmente entre dirigentes y activistas “que no pudieron concebir otra vida fuera de la ofrecida por el Partido”. En efecto, a pesar de que las disputas y purgas doctrinarias iniciadas con la bolchevización socavaron significativamente la militancia comunista, le dieron al mismo tiempo una sólida unidad de grupo. La integración al movimiento comunista internacional, la incorporación de la militancia a las estructuras partidarias, y los nuevos criterios de identidad –sin eliminar por completo la continuidad con su pasado socialista y “recabarrenista”– proporcionaron a los comunistas un fuerte sentido de pertenencia, mayor al que habían exhibido en las décadas previas. Esto se expresó en lo que Urtubia (2017) identifica como un nuevo sujeto militante comunista, caracterizado por su disciplina, obediencia, sacrificio, compromiso, formación doctrinaria y cualidades morales.

Por último, cabe destacar la nueva estructura partidaria que contribuyó a reforzar el funcionamiento interno del PCCh tanto en la mencionada cohesión ideológica, como en los medios para implementar sus lineamientos estratégicos. Respecto a lo primero, destaca la incorporación de la ideología como un área organizacional definida. Como ejemplo, puede señalarse el *Plan de estudios* definido por el PCCh a inicios de 1933, cuyo nivel de elaboración doctrinaria distaba del modelo de autoeducación promovida en los tiempos del POS. En términos prácticos, el nuevo modelo organizacional también comenzó a regular detalladamente tanto el rol como el perfil de sus militantes, identificando sus funciones, ocupación laboral, procedencia de clase, etc.²⁸ Por último, y a pesar del énfasis en la proletarización, durante este periodo el PCCh comenzó a levantar estructuras destinadas a grupos sociales específicos, entre los que destacaban las mujeres, la juventud, los intelectuales, indígenas, entre otros. En vista de esta expansión y complejización de sus medios organizacionales, el sectarismo y la ineficacia que demostró el PCCh no se explican solo por sus características en este ámbito. Como se muestra a continuación, esta se debió sobre todo a sus nuevos lineamientos estratégicos, que rompieron con la tradición política previa a 1927. Que los fundamentos organizacionales no fueron determinantes en este sentido, se ve refrendado por el posterior cambio estratégico iniciado en 1935, que con la misma estructura partidaria obtuvo mayores éxitos políticos.

5.2.2 El Tercer Periodo y el giro estratégico revolucionario

Junto a la bolchevización, el cambio más significativo en el comunismo internacional de finales de la década de 1920 fue el giro estratégico que se inició con las políticas del Tercer Periodo postuladas por la IC. En el caso de América Latina, las políticas

²⁸ “La gran cruzada de reclutamiento y organización”, en *Bandera Roja*, Santiago, 22 de octubre de 1931.

del Tercer Periodo coincidieron con el incipiente reconocimiento dado por la IC a la región antes mencionado. No obstante, el conocimiento de la IC sobre los países americanos era todavía incompleto y centrado en sus países más grandes, como México, Brasil o Argentina, lo que se tradujo en diagnósticos sumamente generales sobre la revolución en Latinoamérica. En consecuencia, el papel asignado a Latinoamérica en el proceso revolucionario mundial fue secundario, englobada en los países coloniales y semicoloniales, cuyo rol era servir como fuerzas auxiliares de las revoluciones europeas (Caballero, 1986: 83-85). En el Programa de 1928, América Latina era categorizada como parte de los países dependientes –de los que solo mencionaba a Argentina y Brasil– pero agrupados nuevamente con los países coloniales y semicoloniales. Como países agrarios y dominados, sus luchas debían ser contra el feudalismo, el imperialismo y por la independencia nacional, posponiendo la revolución socialista (Komintern, 1929).

En Chile, las instrucciones de la IC recogieron buena parte de estos diagnósticos. En su primer análisis dedicado exclusivamente al PCCh, el Buró Sudamericano consideraba a Chile como un “país semicolonial con fuertes resabios feudales”. Esto, pues sus principales recursos e industrias se encontraban en poder de “imperialistas”, principalmente Estados Unidos e Inglaterra. En tanto, la agricultura y la ganadería descansaban en grandes propiedades territoriales –el latifundio– que funcionaban a partir del inquilinaje y “otras formas más o menos feudales” de explotación agrícola. Frente a este escenario económico, se consideraba como el principal problema de la revolución chilena “el de la alianza de los obreros con las grandes masas de campesinos explotados, bajo la dirección del Partido Comunista” y dirigida “en contra de los terratenientes e imperialistas”.²⁹ Pero ¿cómo llevar a cabo esta revolución? En términos estratégicos, el análisis abarcaba dos aspectos centrales de las políticas del Tercer Periodo. Por un lado, la táctica de diferenciación con los elementos “socialfascistas” y la aplicación del “frente único por la base”. Por otro, la práctica propiamente revolucionaria que, alejándose de las prácticas electorales previas del PCCh, se perfilaban desde vías extrainstitucionales. Como se muestra a continuación, sería el primer conjunto de tácticas las que fueron aplicadas de forma más sistemática por los comunistas, lo que redundó, como en otros países, en un aislamiento del PCCh. En cuanto a la práctica revolucionaria, esta tuvo una aplicación táctica errática, lo que contribuyó a empeorar la marginación política de los comunistas chilenos.

Lo anterior se explica en parte por el nuevo contexto político de 1931 y el surgimiento de la izquierda como fuerza política. Aunque la proliferación de movimientos y partidos izquierdistas ajenos al PCCh no era nueva, durante la dictadura de Ibáñez importantes franjas de trabajadores desarrollaron su actividad política de manera independiente a los comunistas. Así, tras el término de régimen ibañista la diversificación de gremios, sindicatos y movimientos comunistas le

²⁹ “Tesis del Buró Sudamericano de la Internacional Comunista sobre las grandes luchas revolucionarias del proletariado chileno. 04/12/1931”, en Ulianova y Riquelme (2009: 114-115).

presentaban al PCCh un escenario sumamente distinto al de la década de 1920. Al no estar bajo la influencia del comunismo chileno, este conjunto de nuevas organizaciones fue rápidamente categorizado por el PCCh como socialfascistas. Así lo mandataba el Buró Sudamericano al señalar que, en los países semicoloniales “las agrupaciones pequeñoburguesas se transforman en manos de la burguesía opositora en una forma de realización de su política antiproletaria, sirviendo de base socialfascista en muchos países”. En Chile, añade, dichos grupos intentaban “encabezar el movimiento espontáneo de masas, utilizando algunas consignas del Partido, así como la fraseología y en cierta medida el método de trabajo comunista”. Por lo tanto, era tarea del PCCh “llevar un fuerte fuego contra esas agrupaciones, tratando de separar de la influencia de los jefes aventureros, a las masas empobrecidas de artesanos, pequeños comerciantes, profesores, estudiantes, etc.”³⁰ El documento se refería especialmente a los dirigentes izquierdistas populares en ese momento, como Alessandri, el militante radical Pedro León Ugalde y, por supuesto, Manuel Hidalgo, los que además comenzaban a ser asociados a figuras políticas extranjeras como Trotsky, Haya de la Torre, y el expresidente argentino Hipólito Yrigoyen.

Luego de la caída de Ibáñez en 1931, esta política fue impulsada por los comunistas en sus reiteradas denuncias a la izquierda, a Hidalgo y, posteriormente, al nuevo Partido Socialista y su líder, el caudillo militar Marmaduke Grove. En agosto de ese año, *Bandera Roja* destacaba que durante la dictadura de Ibáñez el PCCh “siguió invariablemente una política independiente de defensa del proletariado”, sin “concomitancias con los diferentes grupos de la burguesía que, al servicio de uno u otro imperialismo, luchaban también contra Ibáñez”.³¹ En la coyuntura de 1931, esta política independiente se dirigió especialmente contra el nuevo izquierdismo que surgió en torno a la elección presidencial. Al respecto, el periódico afirmaba no comulgar con el izquierdismo, ya que “izquierdista es cualquiera que tiene un fulano colocado a su derecha, aun cuando sea un enemigo declarado o un traidor del proletariado”. En este sentido, negaba la validez de las nuevas categorías políticas, pues “para nosotros no hay izquierdas y derechas, sino proletariado y burguesía; explotadores y explotados”.³² En este primer momento, la crítica comunista apuntaba sobre todo a partidos preexistentes, el Radical y el Demócrata, y otros de reciente creación que buscaban representar la izquierda política. No obstante, para *Bandera Roja*, “bajo la careta ‘izquierdizante’ de esos partidos” se ocultaban “los mejores defensores del régimen capitalista”.³³ En este sentido, la interpretación comunista replicaba el diagnóstico de la IC, desechando cualquier posibilidad de cooperación con partidos que, como el Demócrata o los nuevos grupos socialistas, eran potenciales aliados de los comunistas.

³⁰ *Ibíd.*, 130-132.

³¹ “Por nuestra política independiente”, en *Bandera Roja*, Santiago, 13 de agosto de 1931.

³² Tribuna antidemagoga, en *Bandera Roja*, Santiago, 27 de agosto de 1931.

³³ “Bajo la careta del izquierdismo los fascistas pretenden engañar a las masas”, en *Bandera Roja*, Santiago, 14 de enero de 1933.

Este diagnóstico se aplicaba con mayor fuerza contra la facción de Manuel Hidalgo antes mencionada. Desde su expulsión del PCCh, Hidalgo fue sistemáticamente acusado de sostener políticas reformistas y, con ello, de servir a los intereses de la burguesía y el imperialismo. Como en otros temas, estas acusaciones emanaban directamente desde el Buró Sudamericano. En una carta enviada por este organismo, se consideraba que Hidalgo –tachado de “traidor” y “lacayo de la burguesía nacional”– trataba de transformarse “en la figura central que reúna en su torno a todos los elementos contrarrevolucionarios de la burguesía y pequeña burguesía en su lucha contra el Partido Comunista”. Por esta razón, representaba “el mayor peligro para la orientación revolucionaria del proletariado chileno”, pues agrupaba a su alrededor a “demócratas ibañizantes”, “anarquistas” y “estudiantes socialistas”.³⁴ El Comité Central del PCCh reproducía este diagnóstico sobre el denominado “hidalgismo”, considerado como “una tendencia perfectamente contrarrevolucionaria que utiliza el nombre del PC y de la IC para enganchar al proletariado a los intereses de la burguesía y de los feudales”. El hidalguismo representaba “la política de colaboración con los enemigos de la clase obrera”, y “no es mera casualidad el hecho de que Hidalgo eligiera la bandera ideológica de Trotsky y que los trotskistas reconozcan en el hidalguismo a su ‘sección chilena’”.³⁵ Aunque la disputa inicial entre Hidalgo y el resto del PCCh no tuvo relación alguna con el quiebre internacional del trotskismo, ambos fueron arbitrariamente asociados como medio de deslegitimación.

Sin embargo, el desafío más importante a las políticas del PCCh fue el surgimiento de un nuevo socialismo que en junio de 1932 llegó súbitamente al poder mediante el golpe de Estado liderado por el militar Marmaduke Grove, y el posterior establecimiento de una breve República Socialista. Aunque esta se mantuvo solo doce días antes de ser depuesta por un nuevo golpe, aceleró la aglutinación de las nuevas agrupaciones socialistas del periodo, dando origen en 1933 el Partido Socialista de Chile. Aún más, el fugaz gobierno socialista convocó a amplios sectores sociales, tanto de los sectores obreros tradicionales como de las clases medias empobrecidas, lo que puso en cuestión la capacidad de dirección de masas que pretendía el PCCh. Fue en este escenario que las políticas del Tercer Periodo tuvieron especial pertinencia para los comunistas chilenos.

El ‘frente único por la base’

Apenas consumado el golpe de Grove, el PCCh convocó a “pequeños comerciantes arruinados” y “profesionales sin trabajo” a formar “un compacto y sólido Frente Único” que se opusiera “a la nueva dictadura militar fascista que se nos viene encima”. El fundamento de esta estrategia seguía directamente las tesis del

³⁴ “La Internacional Comunista desenmascara al traidor Manuel Hidalgo”, en *Bandera Roja*, Santiago, 1 de octubre de 1931.

³⁵ “La situación del país y las tareas del Partido”, en *Boletín del Comité Central del Partido Comunista*, Santiago, N°2, 6 de diciembre de 1932.

socialfascismo. El “cuartelazo” de Grove era calificado de “fascista” y apoyado por “las masas ingenuas de la pequeña burguesía y algunos sectores desviados y sin ideología de proletariado nacional”. En este sentido, los comunistas no dudaban en comparar a Grove con Mussolini, Primo de Rivera, Uriburu e Ibáñez. Al igual que ellos, trataba de “conquistarse la adhesión de las masas con un palabrero y mentiroso programa en que se habla grandilocuentemente de acceder a algunas de las necesidades más sentidas de las masas obreras y de la pequeña burguesía”.³⁶ A partir de entonces, el “grovismo” –etiqueta peyorativa que designaba a los seguidores de Grove y el Partido Socialista– se transformó en una de las principales amenazas a combatir. En sus ataques a Grove, el PCCh replicaba sin mayores variaciones las críticas formuladas contra la izquierda e Hidalgo. El grovismo, sostenía el Comité Central, mantenía “las bases del sistema feudal-burgués imperialista de opresión y explotación de las masas chilenas”, con un “programa falsamente socialista” que “sirve a la burguesía y a los feudales de dique para detener el movimiento revolucionario de las masas”, “netamente antiobrero y anticampesino”.³⁷

No obstante, a medida que se consolidaba el Partido Socialista, el PCCh debió lidiar también con el mayor alcance que tenía este nuevo partido. En su Conferencia Nacional de 1933, los comunistas reconocían la composición heterogénea del PS, que incluía a “ex-oficiales de las fuerzas armadas, intelectuales, pequeñoburgueses, artesanos, empleados, comerciantes minoristas, estudiantes y un amplio sector de obreros de las industrias fundamentales”. Por el alcance social e ideológico de este socialismo, el documento notaba que al interior del partido habían surgido “numerosas concepciones políticas que constituyen objetivamente un apoyo al grovismo”, constatando varios ejemplos de colaboración directa o tácita con los socialistas (Partido Comunista de Chile, 1933: 21-24). Un diagnóstico similar presentaba un delegado de la IC, quien aceptaba que “el partido no está preparado de ninguna manera para luchar contra el grovismo”. Y es que, a diferencia de otros grupos, este ostentaba “una influencia enorme en diversas capas de la sociedad”, constituyendo “un bloque amplísimo no solo de los elementos pequeñoburgueses” dirigido contra Alessandri y contra los comunistas.³⁸ En la medida que el Partido Socialista cooptó efectivamente el espectro de la nueva izquierda en desmedro del PCCh, la estrategia del Tercer Periodo resultó cada vez más ineficaz, agravando el aislamiento y marginación política de los comunistas.

Pero si esta estrategia dificultaba la relación del PCCh con el resto de la izquierda, su puesta en práctica, mediante el llamado “frente único por la base”, empeoró esta situación. Al menos en su formulación teórica, el frente único no era una táctica

³⁶ “Manifiesto del Partido Comunista frente a la República Socialista”, en *El Comunista*, Antofagasta, 5 de junio de 1932.

³⁷ “La situación del país y las tareas del Partido”, en *Boletín del Comité Central del Partido Comunista*, Santiago, N°2, 6 de diciembre de 1932.

³⁸ “Informe de un delegado de Komintern, a su vuelta desde América del sur a Moscú (1933)”, en Ulianova y Riquelme (2009: 282).

excluyente. Por el contrario, se sustentaba en la posibilidad de aunar a amplios sectores obreros sin distinciones ideológicas, bajo la única condición de que dichas alianzas se produjeran desde las bases y no con los dirigentes de partidos. Para este propósito, el PCCh llamó a formar comités de fábrica que agruparan a los obreros “por encima del hecho de ser unos comunistas, católicos o partidarios del traidor Hidalgo otros, anarquistas y sin partidos muchos”, y sin distinguir entre miembros de la FOCh, la IWW o “sindicatos clericales”. Así, los trabajadores debían designar “un amplio comité de huelga, democráticamente elegido, en el cual participen organizados en las distintas centrales para llevar adelante la batalla”.³⁹ En esta línea, el Comité Central criticaba a los militantes que se negaban a atraer a los “obreros alessandristas, grovistas, católicos, anarquistas, etc.”, por considerarlos “contrarrevolucionarios”, así como aquellos que privilegiaban los acuerdos con los dirigentes de esas corrientes políticas. En cambio, de lo que se trataba era de combatir “encarnizadamente a los jefes enemigos, pero no a los obreros engañados por Grove, Alessandri, Hidalgo, etc.”⁴⁰ Para ello, se le asignaba un papel preponderante en la actividad sindical por medio de la FOCh, la que debía aglutinar a los trabajadores en un frente revolucionario, particularmente dentro de los sindicatos legales y “reformistas” que cobraron mayor fuerza desde 1931.

Sin embargo, como se señaló al comienzo, el conjunto de prácticas propiamente revolucionarias tuvo una aplicación estratégica inadecuada, ya sea por no seguir los lineamientos de la IC, o bien por desatender las condiciones para su implementación. En el caso del frente único y los sindicatos, la Internacional Sindical Roja (ISR) tuvo una evaluación negativa del desempeño del PCCh y la FOCh. Si bien reconocía el fortalecimiento de la llamada Oposición Sindical Revolucionaria (OSR) en los sindicatos legales, este trabajo se había debilitado en las organizaciones adversarias. En este sentido, apuntaba que muchos militantes aún no entendían que la política sindical revolucionaria debía ser “de masas y abarcar a todos los miembros del sindicato del adversario, descontentos por la dirección reformista o anarcosindicalista”. Así, se identificaban numerosos defectos consistentes en “menospreciar las fuerzas del adversario principal y no entender correctamente la táctica del Frente Único desde abajo”. Los comunistas, concluía la ISR, tendían a formar alianzas con hidalguistas, anarcosindicalistas y los dirigentes de los sindicatos rivales, pero olvidaban el objetivo central del frente único “con la masa obrera, para hacerla participar en nuestra lucha y en el curso de ésta, desenmascarar a los líderes de los sindicatos reformistas y anarcosindicalistas”.⁴¹

Donde más evidente fue el fracaso de los métodos comunistas fue en la constitución de los soviets y otras organizaciones similares, como las llamadas

³⁹ “¿Frente único por la base o transacción con la burguesía”, en *Bandera Roja*, Santiago, 27 de agosto de 1931.

⁴⁰ “A luchar por la formación bolchevique del Partido”, en *Boletín del Comité Central del Partido Comunista*, n° 2, 6 de diciembre de 1932.

⁴¹ “Proyecto de una carta de Profintern a la FOCh (1933)”, en Ulianova y Riquelme (2009: 310-313).

“guardias obreras y campesinas armadas”.⁴² Como se vio en el acápite anterior, los soviets o consejos revolucionarios se popularizaron como formas de organización bajo el imaginario de la Revolución rusa, siendo promovidos por los comunistas durante la sublevación de la marinería de 1931 y, sobre todo, durante la República Socialista de 1932. En ambos casos, su aplicación e impacto fue prácticamente nulo. En el primer caso, el Buró Sudamericano criticaba al PCCh por no haber explicado su programa a las masas, que en cambio “lanzó la consigna de formar soviets de inmediato, y llamó a los marineros a tomar el poder y a constituir el poder soviético local”. Las dificultades que encontró el Partido demostraban que este “no tuvo suficientemente en cuenta la situación real”, y “tampoco realizó ninguna propaganda previa sobre los soviets explicando qué papel deben jugar como órganos de la organización de la insurrección de las masas”. El PCCh había creído que se podían transformar los soviets en “organismos del frente único” –enfocados por tanto en las reivindicaciones inmediatas– siendo que “ellos constituyen la expresión de la lucha de las amplias masas por el poder”.

En el caso de la República Socialista, ocasión en que el PCCh levantó un soviet en la Universidad de Chile, se suscitaron importantes diferencias entre la Confederación Sindical Latinoamericana, rama local de la ISR proclive a los soviets, y el Buró Sudamericano, crítico de su puesta en práctica (Ulianova, 2009b: 202-203). Al respecto, el Buró observaba la falta de preparación previa de los soviets. En la práctica, los soviets tuvieron resultados adversos pues “el Partido Chileno no pudo utilizar ni sus fuerzas, ni su influencia y no llevó a cabo ninguna manifestación revolucionaria”. Igualmente errónea fue “la invitación de los partidos socialistas e hidalguistas al soviet”, así como “la costumbre de declarar ‘muertos’ y acabados en 24 horas los partidos políticos enemigos, sin entender que el desenmascaramiento del adversario es un proceso determinado”.⁴³ Por su parte, el representante local de la ISR informaba que los dirigentes del Buró Sudamericano consideraban que la consigna de los soviets impulsada por la Confederación Sindical Latinoamericana constituía “un gran y fundamental error político”. De acuerdo con esta crítica, los soviets solo podían crearse en condiciones adecuadas, pero “ya que en Chile no existía un Partido Comunista suficientemente fuerte, no había que crear los soviets”. El delegado, no obstante, acusaba que los dirigentes del Buró defendían la formación de soviets como “órganos de poder”, olvidando que eran ante todo “órganos de lucha por el poder”, lo que había generado confusión entre los comunistas chilenos.⁴⁴ En ambos casos, la creación de soviets parece haber respondido más a la exaltación de determinados principios ideológicos que a una planificación estratégica de los mismos, lo que explica en parte el fracaso de los comunistas en estas coyunturas.

⁴² “Manifiesto del Partido Comunista frente a la República Socialista”, en *El Comunista*, Antofagasta, 5 de junio de 1932.

⁴³ “Carta de la dirección del BSA al Lender-Secretariado Latinoamericano en Moscú. 15/12/1932”, en Ulianova y Riquelme (2009: 276-277).

⁴⁴ “Memorándum del representante de Profintern en América del Sur, Marianski, acerca de sus divergencias con el encargado del Buró Sudamericano de Komintern, A. Guralski. 22/11/1933”, en Ulianova y Riquelme (2009: 322-323).

En conclusión, las políticas del Tercer Periodo, como ocurrió con la generalidad de los partidos comunistas en el mundo, tuvieron resultados negativos para el Partido Comunista de Chile. Aunque el PCCh se encontraba debilitado tras la dictadura de Ibáñez y en una profunda reorganización interna, la estrategia revolucionaria de esos años no contribuyó a su desmejorada situación política. Habiendo perdido parte importante de la influencia previa a 1927, los comunistas fueron incapaces de insertarse con éxito en el nuevo contexto político de 1931. Las tácticas excluyentes y “sectarias” promovidas por la IC impidieron en el PCCh un diagnóstico adecuado sobre los cambios que había experimentado el espectro político local. Esto ocurrió principalmente con los nuevos competidores de izquierda que surgieron en el periodo, y sobre todo con el Partido Socialista surgido en 1933, cuya influencia fue subestimada por los comunistas. Acusados todos de socialfascistas, el PCCh cerró toda posibilidad de colaboración que, en su débil situación organizacional, era probablemente la única manera de reinsertarse en el sistema político.

No menos relevante, el PCCh tampoco logró impulsar los medios revolucionarios que promovía, y sobre los cuales no había desarrollado ni una teorización ni una práctica propias. Más allá del imaginario soviético, hasta 1927 el PCCh implementó un camino estratégico institucional en la línea de la tradición ideológica del POS. Sus pocas acciones extrainstitucionales se concentraban sobre todo en las huelgas, pero carecía por completo de concepciones y prácticas revolucionarias de índole armada o insurreccional. En estas condiciones, y dado los resultados adversos de la nueva estrategia revolucionaria, es que el PCCh comenzó a partir de 1934 a reevaluar sus líneas estratégicas hacia lo que sería la formación del Frente Popular. Como se sostiene a continuación, este nuevo giro solo fue posible por la preexistencia de su tradición ideológica institucional, retomando las estrategias desarrolladas hasta antes de 1927.

5.2.3 Antifascismo, democracia y nación en el Frente Popular

En esta sección se examina el giro ideológico que experimentó el PCCh a partir de 1935 con la política de frentes populares impulsada por la Internacional Comunista, hasta la consolidación de esta alianza en Chile en 1938. La bibliografía relativa a este tema reconoce que, con el Frente Popular chileno, el PCCh rompió el aislamiento derivado de las políticas del Tercer Periodo, para reintegrarse al sistema de partidos y a la institucionalidad democrática (Venegas, 2010; Barnard, 2017: 111; Álvarez, 2020: 64-65). Esto fue posible gracias al viraje estratégico de los frentes populares, que flexibilizaban las directrices del frente único por la base. Así, los comunistas chilenos abandonaron su pretendida hegemonía sobre el movimiento proletario y campesino, así como la condena al “socialfascismo”. Pasaron, en cambio, a lo que Grez denomina una “radicalización aliancista” (2020b: 4510), caracterizada por la búsqueda de amplias alianzas políticas y la postergación indefinida de la revolución socialista. De acuerdo con Ulianova (2009a: 45; 2009b: 192) y Álvarez (2020: 30), lo

anterior fue facilitado por la pervivencia en el PCCh de su cultura aliancista, su bagaje ideológico y sus prácticas políticas previas a la bolchevización. En coincidencia con dichas interpretaciones, se ha sostenido en esta investigación que la tradición socialista del PCCh se caracterizó por su vía institucional desarrollada desde 1912. Pero en términos ideológicos, ¿cómo retornó a esa vía durante la formación del Frente Popular? ¿Hubo cambios discursivos y conceptuales implicados? Y, ¿cómo estos cambios reforzaron la integración institucional del PCCh? En lo que sigue, se argumenta que la restitución de la vía institucional mediante el Frente Popular tuvo dos sustentos ideológicos. En primer lugar, en su dimensión estratégica, el giro discursivo de apertura hacia la izquierda, con la cual se integró finalmente al sistema de partidos. Segundo, a la adopción de dos de los fundamentos conceptuales del Frente Popular: la defensa de la democracia y la liberación nacional. Al declararse un partido democrático y nacional, el PCCh consolidó su compromiso con la institucionalidad política local, el que se mantuvo casi invariable durante las décadas siguientes.

Al igual que en los demás procesos de cambio ideológico experimentados por el PCCh, el inicio del Frente Popular estuvo directamente ligado al acontecer del movimiento comunista internacional. Siguiendo a Haslam (1979) y a Graham y Preston (1987), la flexibilización de las políticas del Tercer Periodo fue en parte una necesidad de las circunstancias de la época. No solo el movimiento comunista se había debilitado con las tácticas de “clase contra clase”, sino que éstas habían permitido un inusitado auge del fascismo, siendo el caso de Alemania –que poseía el Partido Comunista más importante fuera de la URSS– el más representativo. No obstante, frente a este escenario la IC mantuvo posiciones erráticas que no alteraron en lo sustantivo las políticas de su VI Congreso de 1928. Fueron, en cambio, los partidos comunistas locales los que comenzaron a presionar a la IC para promover una ampliación de los frentes únicos hacia la entonces denostada socialdemocracia.

El hito de este proceso fue el de los comunistas franceses que, ante el temor de un golpe fascista en 1934, tendieron una alianza con sus pares socialistas que derivó en la fundación del Frente Popular. Luego, con la inclusión del Partido Radical, el Frente Popular francés alcanzó el gobierno en 1936. Aunque esta coalición se disolvió en 1938, la importancia y simbolismo de Francia alimentó la mitología en torno al Frente Popular, que ejerció amplia influencia en otros partidos comunistas (Sassoon, 2001: 83). Con la llegada de Georgi Dimitrov a la dirección de la IC en 1934 los frentes populares comenzaron a ser promovidos oficialmente. En el VII Congreso de la IC de 1935, el propio Dimitrov sancionó de forma oficial la política de frentes populares antifascistas, aceptando la colaboración con la socialdemocracia y la pequeña burguesía como la táctica más eficaz para frenar el ascenso de los partidos fascistas. Estos frentes debían llevarse a cabo atendiendo a las condiciones nacionales de cada partido y suponían la defensa inmediata de la democracia burguesa. Para los países coloniales y semicoloniales –sin mención alguna a América Latina– se enfatizaba, además, su carácter antimperialista y de liberación nacional (Dimitrov, 1935).

En el PCCh, la adopción del Frente Popular se explica por diversos factores. Por cierto, la influencia internacional fue un elemento importante. En América Latina la flexibilización de los frentes únicos se inició en octubre de 1934 en la III Conferencia de los Partidos Comunistas Latinoamericanos (Schelchkov, 2018). Este drástico giro encontró resistencia en los dirigentes locales, pues las tácticas de “clase contra clase” tenían fuerte arraigo en sus partidos comunistas. En Chile la situación no fue distinta. La implementación del Frente Popular en Chile requirió la intervención del Buró Sudamericano en 1935 de mano del emisario peruano Eudocio Ravines, cuyo trabajo en el PCCh resultó altamente conflictivo (Grez, 2020a: 229-232; 2020b, 4522-4527). Como muestran Riquelme y Urtubia (2018), esta intervención fue especialmente compleja en el ámbito sindical, cuyas bases resistían la flexibilización en las alianzas políticas, el abandono de la pretendida hegemonía de la FOCh y la aceptación del sindicalismo legal. Por último, fue igualmente importante el mencionado ejemplo de Francia, percibido positivamente por los comunistas chilenos, y desde 1936 el caso del Frente Popular español que tras el inicio de la Guerra Civil adquirió un simbolismo heroico (Henríquez, 2014: 39-53).

No obstante, la mayor parte de la literatura sobre el PCCh coincide en que los factores internacionales no fueron en sí mismos decisivos para la implementación del Frente Popular. Igualmente relevante fue la conjugación de factores locales, que tenían que ver, sobre todo, con las consecuencias negativas que las políticas del Tercer Periodo tuvieron para los comunistas chilenos (Grez, 2020a: 233). En efecto, como muestra Grez (2020b: 4510-4522), aunque el PCCh logró levantar diversos frentes de masas –sindicales, estudiantiles, juveniles y de mujeres–, el sectarismo y aislacionismo se extendían en todos ellos. Este tipo de organizaciones, nominalmente independientes del partido, la mayor parte de las veces estaban dirigidas y compuestas por los propios militantes o simpatizantes comunistas, con insuficiente participación de otras fuerzas políticas. Los resultados, como ha sido comentado anteriormente, fueron escasos. En medio de las condiciones adversas que imponía el gobierno de Alessandri, el PCCh se vio en la necesidad de abandonar progresivamente el aislacionismo, retomando algunas de sus prácticas aliancistas históricas (Álvarez, 2020). En última instancia, como muestra Milos (2008), la puesta en marcha del Frente Popular estuvo lejos de ser una aplicación mecánica de los mandatos de la IC. Fue, en cambio, un largo y complejo proceso de articulación política, mediado por numerosos actores y coyunturas locales, que finalmente delinearon las características que tuvo esta coalición en Chile.

Desde la perspectiva del PCCh, el desarrollo del Frente Popular se caracterizó por una progresiva flexibilización de la anterior táctica de frente único. Los argumentos comunistas para justificar este proceso tenían que ver principalmente con la necesidad de adecuarse al contexto político –caracterizado por la represión de Alessandri al movimiento sindical– que hacía imperativa la unificación de los distintos sectores de la clase obrera. Implicado en este diagnóstico se encontraba el reconocimiento implícito de que el PCCh no tenía la representación mayoritaria de la clase trabajadora, que ahora compartía con el resto de la izquierda. Así, frente a

“la unificación de las derechas en un solo block y el fortalecimiento de las milicias republicanas y de los grupos nacistas”, sostenía el diario comunista *Frente Único*, se justificaba que “organizaciones tan celosas de su independencia y de la independencia de la clase del movimiento obrero” participaran de una acción conjunta.⁴⁵ Para lograr esta unidad, el PCCh tuvo que por romper con sus métodos previos, reconociendo la posibilidad de pactar también con las dirigencias de otras organizaciones. Como afirmaba el dirigente comunista Gerardo Seguel, las organizaciones de izquierda no podían “eludir el deber urgente de organizar el frente único por medio de la unidad de acción, desde los propios órganos directivos hasta la base”.⁴⁶

La puesta en práctica de esta flexibilización estuvo enfocada principalmente hacia dos partidos políticos: el Partido Socialista y el Partido Radical. Respecto al PS, el discurso de los comunistas se concentró en persuadirlos de la necesaria colaboración entre ambas organizaciones. Representativo de estos esfuerzos fue el análisis de *Frente Único* con motivo del tercer aniversario de la República Socialista de 1932. Aunque se reconocían las reformas políticas y sociales que trató de impulsar el movimiento, la crítica comunista apuntaba a la ausencia de apoyo en la clase obrera organizada. A juicio del periódico, a la República Socialista le faltó “la brújula de clase”, pues la experiencia histórica demostraba “que no son los individuos aislados los que pueden realizar una transformación social, sino la acción coordinada de las clases oprimidas de la sociedad”. Por ello, de la experiencia de 1932 era necesario “sacar las saludables lecciones de aquellos acontecimientos y (...) trabajar fuertemente en la formación de un amplio frente popular de acción y de combate”.⁴⁷ A pesar de la fuerte resistencia inicial del PS a los frentes populares por su rechazo al comunista, los socialistas finalmente aceptaron integrar la coalición en 1936. Este hecho fue destacado por el secretario general comunista, Carlos Contreras, que vio en ello una unión política y social complementaria. Ambos partidos, sostenían, representaban a “sectores obreros determinados y la dispersión de sus iniciativas resulta en perjuicio de toda una clase”. En cambio, la unidad de acción permitiría “liquidar la división que reina aún en el campo obrero y con ello se agigantarán la combatividad y la firmeza de la clase obrera y su confianza en su destino histórico”.⁴⁸

En contraste con el PS, al que se le reconocía su carácter obrero, el PR se presentaba como un caso más complejo para los comunistas. Como partido histórico, en el PR no solo había colaborado con gobiernos de diverso signo político, sino que en su interior albergaba a diversos grupos sociales e ideológicos, algunos en oposición al socialismo y al comunismo. El PCCh reconocía, en efecto, que en el

⁴⁵ “Contra la unificación de las Derechas, opongamos un solo Frente Único Popular”, en *Frente Único*, Santiago, 1ª semana de abril de 1935.

⁴⁶ Gerardo Seguel, “Derribando el civilismo mediante la acción de las masas, combatimos la herencia ibaísta”, en *Frente Único*, Santiago, 1ª semana de abril de 1935.

⁴⁷ “El cuatro de junio y sus circunstancias”, en *Frente Único*, Santiago, 1ª semana de junio de 1935.

⁴⁸ Carlos Contreras Labarca, “Acción común comunista socialista”, en *Bandera Roja*, Santiago, 2ª semana de julio de 1936.

PR había “prestado su apoyo a muchos gobiernos reaccionarios”, y sus dirigentes tenían relaciones con “el ibañismo, con el naciismo, con las milicias republicanas, con el clero y la reacción”. Sin embargo, existían también “inmensos contingentes populares que vienen demostrando en las calles, en la acción, su deseo de lucha, su voluntad de combate”.⁴⁹ Llevado a un análisis de clases, los comunistas defendían un acercamiento con las bases populares del PR. Aunque dudaban “la «sinceridad» de los dirigentes radicales de izquierda”, no podía rechazar la “posibilidad de acción común que pueda servir para romper la muralla que existe entre la masa influenciada por el radicalismo y el proletariado” y “romper con todos los reaccionarios dentro del Partido Radical”.⁵⁰ El acercamiento al PR tenía además un aspecto ideológico. De acuerdo con un columnista de *Frente Único*, existían en el PR tres tendencias en pugna. Dos de ellas, descartadas por los comunistas, eran la “tendencia netamente reaccionaria” –“antipopular” y “antiproletaria”– y el “nacional-reformismo” –“partidaria de conceder algunas míseras piltrafas a la clase obrera–. La tercera era “la gran masa radical”, “partidaria del Poder del Pueblo, de las reformas profundas, de la unidad de acción con el resto de la clase obrera chilena y de las masas populares”. Compuesta por “pequeños productores, pequeños propietarios, comerciantes o industriales pequeños, campesinos, obreros, estudiantes, profesionales, intelectuales”, esta ala era susceptible de ser encauzada hacia una tendencia “nacional-revolucionaria”.⁵¹

Democracia y nacionalismo

Mas, el Frente Popular no era un giro puramente estratégico en la política de alianzas del PCCh, sino que descansaba sobre un nuevo diagnóstico acerca el proceso revolucionario y la democracia. Uno de los pilares de los frentes populares fue precisamente la defensa de la democracia, amenazada por los regímenes fascistas. Como explicaba la revista comunista *Principios*, mientras las clases dominantes abandonaban la democracia para aplicar “la dictadura abiertamente terrorista de la burguesía”, el proletariado debía pasar “a la defensa de los restos de la democracia, aliándose todos aquellos que quieren defenderla contra la avalancha fascista”.⁵² Esto suponía un cambio en las perspectivas del programa comunista, el que ahora se dividía en etapas revolucionarias. Según se explicaba en *Frente Único*, las etapas eran necesarias “como un proceso a través del cual el proletariado robustece su influencia y engrosa sus filas, para lanzarse en una etapa superior a la conquista de sus objetivos propios”. Así, dada las condiciones de Chile, la revolución socialista no era un objetivo viable en lo inmediato, y solo constituía una desviación para las masas

⁴⁹ “Unidad de acción”, en *Frente Único*, Santiago, 3ª semana de julio de 1935.

⁵⁰ “El Frente Popular y la lucha de clases”, en *Frente Único*, Santiago, 4ª semana de julio de 1935.

⁵¹ R. Mata Ferreyros, “El Partido Radical frente al momento”, en *Frente Único*, Santiago, 4ª semana de julio de 1935.

⁵² “Problemas de la revolución. Del VI al VII Congreso de la Internacional Comunista”, en *Principios*, Santiago, n°4, septiembre de 1935, pp. 37-38.

obreras, “un paraíso que no se puede alcanzar por medio de la pura propaganda mecánica”. En cambio, la misión del Frente Popular era “la realización de una revolución democrático-burguesa, nacionalizando las empresas imperialistas, destruyendo el latifundio y asegurando los derechos democráticos a la mayoría del pueblo”. Bajo este proyecto se esperaba aglutinar a la mayoría de los obreros, campesinos y la pequeña burguesía, pero siempre manteniendo al proletariado como “motor” de estas fuerzas.⁵³ De esa forma, la democracia pasaba a ser el marco conceptual para las alianzas políticas del PCCh y para sus lineamientos programáticos.

Un segundo cambio relevante implicado en el Frente Popular fue la adopción de un discurso nacionalista, proceso que coincidió con el giro hacia lo nacional que en ese mismo periodo experimentó el comunismo internacional (Graziosi, 2017: 462-466). Aunque, como ha mostrado Álvarez (2003), lo nacional estuvo presente tempranamente en el PCCh, a partir de 1935 este se desplazó hasta ocupar un lugar central en su configuración ideológica mediante un discurso patriótico (Barnard, 2017: 141). La importancia de lo nacional se explicaba por la estrecha asociación entre el imperialismo y el fascismo. De acuerdo con lo expuesto en *Principios*, en Chile el fascismo no podía “ser otra cosa que la dictadura de los grupos reaccionarios feudales e imperialistas”, y no se podían obviar sus “fuertes vinculaciones con el capitalismo extranjero”. En el ámbito ideológico, resultaba particularmente importante la lucha contra los fascistas, que solían presentarse “como los herederos y continuadores de las tradiciones más nobles de cada país”. En esta lucha ideológica, la revista consideraba como un error oponer el internacionalismo comunista con lo nacional, lo cual solo permitía que los agentes extranjeros se aprovecharan “de las grandes tradiciones revolucionarias de nuestros países”. Contra esta posición, el artículo sostenía que “los progenitores de nuestras guerras de la independencia (...) son los precursores del gran movimiento de liberación nacional antifeudal”, siendo “figuras que pertenecen a nuestra tradición revolucionaria”.⁵⁴ La incorporación conceptual de lo nacional fue profunda, llegando a defender incluso un nacionalismo revolucionario preocupado por “el bienestar del país” y “por la felicidad de los chilenos”, y que encontraba “en el socialismo el cumplimiento de sus objetivos”.⁵⁵

Este conjunto de cambios discursivos y conceptuales influyó igualmente en los medios prácticos del PCCh, que progresivamente dejó atrás sus tácticas revolucionarias. En mayo de 1935, el PCCh reconocía que el viraje consistía en “una aplicación más amplia, más enérgica y más elástica de la política del frente único”. Aunque no abandonaban sus tácticas anteriores, como “la huelga económica y política, la lucha en los sitios de trabajo, las acciones de masas, los movimientos

⁵³ Pereira, “Respuesta a una charlatanería anti-unitaria”, en *Frente Único*, Santiago, 2ª semana de noviembre de 1935.

⁵⁴ J. Romero, “Política nacional. Fascismo o revolución”, en *Principios*, Santiago, N° 5, noviembre de 1935, pp. 5, 41.

⁵⁵ J. Romero, “Nacionalismo revolucionario”, en *Bandera Roja*, Santiago, 4ª semana de agosto de 1936.

insurreccionales”, tampoco prescindía “de los métodos parlamentarios y legales”.⁵⁶ De esta forma, el PCCh se acercaba a sus posiciones previas a 1927, cuando la acción institucional conformaba parte central del repertorio del PCCh. En efecto, desde 1935 la actividad legal de los comunistas se reforzó notablemente, con las elecciones como instancia privilegiada. Desde ese año los comunistas participaron consistentemente de todas las elecciones, las que eran perfiladas como una contribución para la formación del Frente Popular.⁵⁷ Como señalaba un articulista para las elecciones complementarias de 1935, “la unidad de todas las fuerzas de izquierda sellada en el fragor de la lucha, el entusiasmo y fe en sus propias fuerzas” eran “ganancias legítimas dejadas por esta lucha electoral”.⁵⁸ De forma paralela, aunque el PCCh nunca abandonó la huelga y la movilización social, las instancias revolucionarias, como los soviets y la insurrección, desaparecieron casi por completo de su discurso. No menos importante, hacia 1936 el PCCh llegó a aceptar el sindicalismo legal como un paso necesario para la unificación sindical, lo que supuso la disolución de la histórica FOCh y su integración a la Central de Trabajadores de Chile (CTCh). En el cuarto aniversario de la República Socialista, Carlos Contreras reconocía la “posición sectaria” e “izquierdista” del PCCh de ese tiempo, aplicada “sin correspondencia a la etapa actual de revolución” y que “no contribuía a ampliar el movimiento sino a restringirlo”.⁵⁹ La corta etapa extrainstitucional de los comunistas comenzaba a quedar atrás.

La consolidación del Frente Popular tras las elecciones parlamentarias de 1937 fue también la consolidación del nuevo aparato ideológico del PCCh, dentro del cual democracia y nación se articularon como conceptos guía de la política comunista. Desde la Cámara de Diputados, su secretario general, Carlos Contreras, afirmaba que el pueblo chileno había “mantenido siempre en alto por espacio de 120 años la bandera de la independencia nacional y de la democracia”. De ahí que los problemas de Chile, entre los que contaba “la soberanía nacional enajenada” y “la democracia agredida”, solo podían ser resueltos por un gobierno de Frente Popular, “es decir, por un gobierno democrático y nacional” (Lafertte y Contreras Labarca, 1937: 2-3). Mientras que el dirigente Elías Lafertte, primer senador comunista desde 1925, sostenía que los “sentimientos nacionalistas y democráticos” eran “patrimonio de todo un pueblo que ve en ellos la salida para su crisis crónica y la sola garantía en el ejercicio de todos sus ideales”. En esto, cabe destacar la importancia dada a la democracia, la que ahora pasaba a estar estrechamente ligada a los objetivos del socialismo. De acuerdo con Lafertte, a diferencia de la democracia

⁵⁶ “Política nacional. Hacia el frente único comunista-socialista”, en *Principios*, Santiago, N°2, mayo de 1935, p. 5.

⁵⁷ Hasta la elección presidencial de 1938 que cierra esta investigación, se celebraron dos elecciones municipales (abril de 1935; abril de 1938), una elección parlamentaria (marzo de 1937) y tres elecciones complementarias para reemplazar escaños parlamentarios vacantes (agosto de 1935; abril de 1936; agosto de 1936).

⁵⁸ A. Moreira, “El triunfo de Mery y las perspectivas revolucionarias”, en *Frente Único*, Santiago, 3ª semana de agosto de 1935.

⁵⁹ Carlos Contreras Labarca, “4 de junio de 1932”, en *Bandera Roja*, Santiago, 4 de junio de 1936.

liberal centrada en el individuo, la “democracia socialista” buscaba “la efectiva subordinación del individuo al supremo interés de la colectividad, el sometimiento real de la minoría a la voluntad de la mayoría”. Con ello, por primera vez la democracia se convertía “en democratismo para los pobres, (...) dejando de ser un democratismo exclusivo de los ricos”. En lo económico, esto implicaba la “justa distribución de la riqueza social”, y en lo político, el “ensanchamiento de la democracia, al imperio de auténtico de una genuina democracia” (Ibíd. 12-13, 16). Así, al vincular democracia con socialismo, los comunistas reforzaban su vía institucional en la medida que, en el marco la revolución por etapas, su política perseguía la democratización del régimen existente antes que su reemplazo por medios insurreccionales.

¿Qué resultados trajo consigo el giro discursivo y conceptual del Frente Popular para los comunistas? De acuerdo con Barnard (2017: 141-143), este tuvo efectos positivos para el PCCh en el corto plazo. Uno de ellos fue aplacar la represión y acoso policial del que era objeto con frecuencia desde 1931. Más importante, el PCCh inició un crecimiento organizacional sostenido, cuya expresión más clara fue su incremento electoral. Aunque es difícil estimar el alcance electoral del PCCh, puesto que salvo la candidatura presidencial de Lafertte en 1931 no participó regularmente en otros comicios hasta 1935, sí logró reintegrarse en la arena electoral. Siguiendo a Barnard, en las municipales el PCCh alcanzó los 4.000 sufragios, los que aumentaron a 17.162 (4,16%) en las parlamentarias de 1937 – en las que obtuvo seis diputados y un senador– y luego a 27.175 (7%) en las municipales de 1938. Este incremento se consolidó en las parlamentarias de 1941, donde el PCCh llegó a 53.144 (11.8%) sufragios, un 210% más de votantes que las parlamentarias previas (Durán, 2010: 233). Igualmente relevante fue su incremento en la militancia. Barnard estima que en 1935 los militantes fluctuaban entre 4.000 y 5.000, mientras que en 1938 estos se contaban entre 10.000 y 15.000. Fue también importante su ampliación de bases sociales, captando adherentes entre mujeres, intelectuales, profesionales y, con particular éxito, en la juventud a través de la Federación Juvenil Comunista (Álvarez, 2020: 56-59). Este crecimiento debió impactar positivamente en los recursos materiales del partido, como indican sus publicaciones periódicas de circulación nacional *Frente Único* (1934-1935) y *Frente Popular* (1936-1940), así como la revista teórica *Principios* editada de forma interrumpida desde 1933 y, luego, regularmente desde 1939. “Los que han hecho negocio son los comunistas”, escribía el futuro presidente Eduardo Frei a Gabriela Mistral en 1940, “han crecido rápidamente y disponen de medios económicos y recursos incontables”.⁶⁰

Sin embargo, el propio Barnard (2017: 143-144) afirma que a pesar de los réditos que obtuvo el PCCh, este “falló en lograr los objetivos más profundos que planteaba la estrategia del Frente Popular”. Esto pues el Frente Popular no logró convertirse en el gran movimiento de masas e interclasista que promovían los comunistas. Por el contrario, solo se consolidó como una coalición electoral, con un

⁶⁰ Carta de Eduardo Frei Montalva a Gabriela Mistral, 18 de abril de 1940, en Prado (2023: 66).

débil compromiso de sus miembros que no consiguió alterar drásticamente los equilibrios electorales de periodo. Prueba de ello es que su candidato, el radical Pedro Aguirre Cerda, ganó por un estrecho margen al candidato de derecha, Gustavo Ross (50,1% versus un 49,2%). A ello hay que agregar que, por decisión propia y a ejemplo del Frente Popular francés, el PCCh se abstuvo de ocupar ministerios en un intento por aplacar las críticas anticomunistas contra el gobierno. Así, el Frente Popular no consiguió continuar el proceso revolucionario mediante la etapa democrático-burguesa, quedando el PCCh supeditado a la “burguesía nacional reformista” que pretendía liquidar, y transando buena parte de su programa en pos de la unidad de la coalición. A juicio de Grez (2020b: 4510), el reemplazo de la revolución socialista por una política de alianzas de contenido antioligárquico y antiimperialista desprendió a su proyecto “de los objetivos socialistas”, los que quedaron “en el panteón de los principios abstractos, esto es, sin vínculo alguno con la política real”.

¿Significa esto que los comunistas desligaron su ideología de sus dimensiones prácticas? En vista de las características estratégicas y conceptuales de la política frentepopulista del PCCh, la conclusión va en el sentido contrario. Más que relegar el socialismo a una abstracción, el ejercicio conceptual del PCCh fue mediar y anclar los objetivos socialistas a la democracia y, con ello, a una vía institucional. Desde la perspectiva de Freedman (1996), todas las ideologías contienen necesariamente un conjunto abstracto de conceptos nucleares, los que, sin embargo, se vinculan con la realidad mediante otros adyacentes. La democracia, vinculada a su vez a la cuestión nacional, desempeñó esa función en el aparataje conceptual del comunismo chileno. Ilustrativo de ello es el discurso radial de Carlos Contreras, pronunciado la noche previa a la elección presidencial de 1938. “Queremos democracia (...) porque así luchamos por la emancipación del suelo en que nacimos y que amamos por sobre todas las cosas”, declaraba Contreras. Pero más importante, “porque así (...) podemos defender el pan y la dicha de la clase obrera y de las grandes masas laboriosas” y avanzar “a la supresión total de la explotación del hombre por el hombre, a la sociedad sin clases”.⁶¹ Así, desde la experiencia del Frente Popular, el PCCh no solo retornaba definitivamente a los cauces institucionales, sino que encapsulaba buena parte de sus fines socialistas dentro de los marcos conceptuales de la democracia existente. Por cierto, esto significaba postergar parte importante del horizonte ideológico comunista, asociado sobre todo a su ideario soviético. Pero, al mismo tiempo, fue un giro conceptual exitoso en hacer viable su proyecto político, rompiendo su aislamiento previo e integrándose de forma efectiva al sistema de partidos como una de las fuerzas articuladoras del clivaje de clase.

⁶¹ “País libre en el concierto de naciones”, en *Frente Popular*, Santiago, 25 de octubre de 1938.

5.3 El Partido Socialista de Chile: una nueva tradición ideológica

En esta última sección se analiza el caso del Partido Socialista de Chile (PS) entre 1931, cuando surgen sus antecedentes inmediatos, pasando por su fundación en 1933, hasta 1938, fecha en que ingresó al Frente Popular chileno. De acuerdo con Pollack y Rosenkranz (1986: 12) y Drake (1978: 165-188), estos años corresponden al periodo inicial de crecimiento y consolidación del PS. Aunque Drake (1978) y Collier y Collier (2002: 360-367) consideran al PS como un partido populista, que solo adoptó el marxismo con posterioridad, en esta investigación se lo considera como parte del campo socialista chileno. Los motivos de los autores para calificar al PS de populista remiten principalmente a su heterogénea composición ideológica. Sin embargo, como se muestra a continuación, el PS correspondió más bien a la conformación de una nueva tradición socialista, distinta a la representada por el PCCh. Esto significó que parte importante de su configuración ideológica fue una construcción conceptual novedosa, que combinaba parte del ideario reformista de la década de 1920 con las nuevas concepciones socialistas surgidas a inicios de la década de 1930. Aún más, el PS chileno se fundó en abierta oposición a las tradiciones socialistas previas y de origen europeo, con un fuerte sentido de renovación ideológica. Así a su fundación concurren las diversas tendencias socialistas y de izquierda surgidas en 1931, cuyo denominador común fue el proyecto revolucionario de tipo antiliberal, estatista y antiimperialista desarrollado durante la breve República Socialista de 1932.

¿Cómo un partido de estas características logró su inserción en el sistema de partidos chileno? El argumento sostiene que la trayectoria del PS en este periodo se caracterizó por un alto grado de pragmatismo ideológico en términos organizacionales y estratégicos. En lo organizacional, esto se tradujo en una estructura partidaria con directrices doctrinarias amplias que permitían la convivencia de sus tendencias internas. A diferencia de otros casos examinados, su concepción organizacional respondió más a la necesidad de unificar a sus facciones que a la implementación de un modelo previamente definido. Más importante fue este pragmatismo en su dimensión estratégica, que combinaba sus objetivos revolucionarios con una activa participación en los espacios político-institucionales del régimen político. En efecto, los medios disponibles para el PS al momento de su fundación se limitaban casi exclusivamente a las instituciones representativas, lo que condicionó la implementación de su proyecto político. En consecuencia, los socialistas desarrollaron una estrategia de alianzas parlamentarias y electorales que convivía con una fuerte crítica a la democracia liberal. En medio de la persecución política que amenazaba a la izquierda chilena, esta estrategia derivó en 1936 a su integración al Frente Popular comunista, coalición que terminó por incorporar al PS como organización predominante del ala izquierda del sistema de partidos. No obstante, este pragmatismo trajo consigo en una permanente tensión entre la participación y rechazo a la institucionalidad democrática que caracterizó al PS durante este periodo.

5.3.1 Formación ideológica y organizacional del Partido Socialista de Chile (1931-1933)

El rasgo históricamente más distintivo del Partido Socialista chileno es su gran diversidad ideológica interna. Desde su énfasis en los rasgos populistas del PS, Drake (1978: 2, 94-95, 143-151) identifica precisamente el eclecticismo programático como uno de sus elementos definitorios. En efecto, el PS de Chile recogió buena parte de la expansión discursiva y conceptual del socialismo del periodo asociadas a nociones –a veces contradictorias– de justicia social, colectivismo, estatismo, reformismo, revolución, pero también de aspectos menos teóricos de inspiración emocional, moral y hasta espiritual. En términos de corrientes doctrinarias, el autor considera entre las fuentes ideológicas del PS el laborismo inglés, el anarquismo, el corporativismo, el nacionalismo y el indoamericanismo. En este sentido, como afirma Garrido (2021: 60-61), “el PS agrupó en su seno diferentes lenguajes y discursos” y “a múltiples referentes culturales y políticos que hicieron de la diversidad el rasgo identitario del nuevo partido”, que incluyó a “marxistas, ‘socialistas de Estado’, evolucionistas y revolucionarios”. Frente a esta pluralidad ideológica, ¿cómo explicar la rápida cohesión de estas corrientes? Y asociado a esto, ¿cómo fue posible su consolidación organizacional como partido político? Parte importante del marco interpretativo de esta investigación sostiene que los principios ideológicos de un grupo influyen en los modos de organización y estructura que estos adoptan, lo que en el caso del PS parece contraintuitivo.

En lo que sigue, se proponen dos respuestas que explicarían la formación del PS chileno. En primer lugar, que la cohesión ideológica y la estructuración organizacional del PS fueron dos procesos que ocurrieron de forma paralela, producidos más como una respuesta al contexto político que a la proyección organizacional de una ideología previamente definida. Los hitos decisivos en este proceso fueron la República Socialista de 1932 liderada por el militar Marmaduke Grove, y las elecciones presidenciales de ese año, en que el mismo Grove, candidato a presidente, se consolidó como caudillo socialista. En esa coyuntura los socialistas sedimentaron una configuración conceptual compartida, que sirvió de base mínima para la confluencia de sus varias tendencias. Al mismo tiempo, las exigencias prácticas de dichos hitos implicaron la necesidad de adoptar una organización, cuyo resultado fue la fundación del Partido Socialista en 1933. En este sentido, la influencia de la ideología en el ámbito organizacional fue más débil que en otros casos analizados, pues el partido no derivó directamente de un conjunto ideológico consolidado. Ello no implica que la ideología no fuese relevante. Cabe destacar, en cambio, la gran adaptabilidad de este nuevo socialismo, capaz de interpretar y adecuarse a un contexto político volátil. ¿Cómo explicar la rápida y exitosa adaptación de una agrupación tan nueva? La segunda parte de la respuesta sostiene que, a pesar de su novedad, este socialismo recogió el amplio espectro de tendencias reformistas y sociales de la década de 1920 que no habían consolidado una

organización propia. En este sentido, la configuración ideológica del PS respondió a demandas de grupos ya existentes que el partido logró encausar y unificar, como lo demuestran el origen político de numerosos dirigentes, así como su base social.

Aunque el socialismo circuló ampliamente una vez caída la dictadura de Ibáñez, el antecedente inmediato del PS se halla en los varios partidos socialistas formados entre 1931 y 1932. Entre los más relevantes se contaban el Partido Socialista Marxista (PSM), la Orden Socialista (OS), el Partido Socialista Unificado (PSU), la Nueva Acción Pública (NAP) y, en 1932, la Acción Revolucionaria Socialista (ARS). Tal como dejan ver sus etiquetas, estos sostenían diversas concepciones socialistas. El PSM, por ejemplo, defendía la “doctrina socialista marxista”, “el establecimiento de una sociedad sin clases”, “la democracia con una sola clase social, *la clase de los productores*” y “*el establecimiento de una República Socialista*”.⁶² La OS (1931: 3-4), por su parte, postulaba como principio fundamental el “socialismo de Estado”, abocado a “dirigir el progreso económico y cultural de la comunidad y de encauzar la permanente evolución de sus instituciones fundamentales”. El PSU, en cambio, entendía el socialismo como “un cuerpo de doctrina científico”, reafirmando “el carácter revolucionario y de lucha de clases de que está saturado en razón de sus principios fundamentales”.⁶³ Por el rol que tendrá en la República Socialista, la Nueva Acción Pública fue probablemente la más importante de estas agrupaciones, a pesar de que no explicitaba el término “socialismo”. En su lugar, la NAP declaraba luchar “por el restablecimiento moral y económico de la Nación y por la liberación de los trabajadores de la inteligencia y del brazo”, siendo su campo de acción “la Patria” y el “Continente Indoamericano”.⁶⁴ La ARS, por último, se declaraba “revolucionaria”, buscando “una transformación de la economía, de la sociedad y del Estado que (...) permita una organización justiciera del trabajo y una distribución equitativa del bienestar”.⁶⁵

A pesar de la proliferación ideológica socialista, estas agrupaciones tenían escasa importancia organizacional y política. El hito clave que potenció su presencia en el sistema político fue la sorpresiva República Socialista instaurada tras un golpe de Estado el 4 de junio de 1932. A excepción de la NAP, encabezada por su fundador Eugenio Matte Hurtado, el resto de las agrupaciones no tuvieron participación directa en la organización inicial del golpe, al que solo se plegaron posteriormente. No obstante, fue la experiencia de la revolución la que proporcionó los cimientos ideológicos iniciales que cohesionarían a los grupos socialistas.

Un primer conjunto de ideas comunes tenía relación con el carácter antioligárquico y antiliberal de la revolución (Garrido, 2021: 25-26). Según Grove, la nueva República no consistía en un simple cambio de hombres, sino en el

⁶² “Se ha formado en San Felipe el Partido Socialista Marxista”, en *Agitación*, Aconcagua, 16 de julio de 1931; “Manifiesto del Partido Socialista”, en *La Verdad*, Valparaíso, 9 de septiembre de 1931.

⁶³ “El Partido Socialista Unificado dirige un manifiesto a las seccionales definiendo la posición doctrinaria del partido”, en *Avance*, Puerto Montt, 20 de junio de 1932.

⁶⁴ “Mensaje al pueblo de Chile de la Nueva Acción Pública”, en *Justicia*, Valparaíso, 22 de agosto y 1 de septiembre de 1931.

⁶⁵ “¿Qué es la ARS?”, en *Grove*, Santiago, 18 de octubre de 1932.

establecimiento de “un Gobierno Socialista que proporciones a todos los chilenos Pan, Techo y Trabajo, y conceda al pueblo la libertad de que siempre ha carecido bajo el dominio de la oligarquía y del capitalismo internacional”. En este sentido, su objetivo era “transformar totalmente la estructura económica y social de la república” y “luchar hasta la muerte por la conquista de la libertad económica y política de todo el pueblo de Chile”.⁶⁶ Una visión similar se leía en revista *Hoy*, donde se afirmaba que el cambio de gobierno no era “un simple fenómeno político”, sino “el producto de la descomposición de una economía individualista naufragada en la anarquía”.⁶⁷ Diagnóstico que se plasmaba también en el manifiesto de la Junta de Gobierno. “La economía liberal y el engañoso formalismo legalista”, declaraba la Junta, así como “el dominio cada vez más absoluto de los intereses extranjeros, levantados y manejados por la plutocracia y la oligarquía” habían “acentuando en forma trágica la miseria del pueblo y la agonía de la nacionalidad”. Así, el movimiento se planteaba como una renovación moral, alejándose de “consideraciones personales y partidarias” para, en cambio, imprimir al país “un ritmo de energía, de juventud, de eficiencia y de disciplina”.⁶⁸

Estos propósitos revolucionarios se sustentaban a su vez en un segundo conjunto de ideas, conceptualmente más estructurado, relativo a la dimensión económica del socialismo. Como afirmaba un dirigente socialista, si la revolución se desentendía de su sentido económico, esto es, “socializar los medios de producción y de distribución”, no será más que “una triste tentativa”.⁶⁹ En términos programáticos, fue este aspecto el más enfatizado por los socialistas de 1932 a través de medidas estatistas y el nacionalismo económico. En su manifiesto de ese año se señalaba “la necesidad de procurar la organización de la economía nacional sobre bases de justicia y de dar al Estado una estructura funcional que corresponda a su compleja realidad presente”. Este modelo implicaba “organizar técnicamente la fuerza productora bajo el control del Estado” y reconocer la finalidad social de la propiedad, “teniendo en vista los intereses de la colectividad”.⁷⁰ Asimismo, los revolucionarios reafirmaban el carácter nacional de este proceso, contrario al capitalismo extranjero. Su deber era “afirmar el control de nuestras fuentes de riquezas”, en ese momento en manos de empresas extranjeras, y lograr así una “verdadera INDEPENDENCIA ECONÓMICA”. Advertían, por cierto, su rechazo a cualquier tipo de imperialismo, “sea este el de la ALTA BANCA EXTRANJERA o del SOVIETISMO RUSO”,⁷¹ estableciendo una barrera ideológica definitoria frente al Partido Comunista.

Como se observa en esta última cita, el carácter nacional de la propuesta económica se enlazaba con un tercer conjunto de ideas fundantes de este socialismo:

⁶⁶ “No se trata de un cambio de hombres sino del establecimiento de la República Socialista de Chile”, en *Crónica*, Santiago, 4 de junio de 1932.

⁶⁷ “Revolución y socialismo”, en *Hoy*, Santiago, 10 de junio de 1932.

⁶⁸ “La Junta de Gobierno habla al país”, en *Crónica*, Santiago, 4 de junio de 1932.

⁶⁹ Gregorio Guerra, “Al margen de la revolución”, en *Crónica*, Santiago, 6 de junio de 1932.

⁷⁰ “La Junta de Gobierno habla al país”, en *Crónica*, Santiago, 4 de junio de 1932.

⁷¹ “Manifiesto de los revolucionarios”, en *La Mañana*, Santiago, 5 de junio de 1932. Mayúsculas en el original.

el antiimperialismo (Garrido, 2014; 2021: 187-211; Drake, 1978: 147-148). Para un columnista del diario socialista *Crónica*, la revolución correspondía “al movimiento general que se advierte en el mundo, de los países económicamente coloniales contra los países imperialistas”. Chile iniciaba así “un movimiento de emancipación antimperialista en todos los pueblos hermanos de la América Española”.⁷² Este antiimperialismo provenía sobre todo de la NAP y Eugenio Matte. Su fuente internacional más directa, como muestra Hernández (2021: 101-110), fueron los apristas peruanos –varios de ellos exiliados en Chile– y, en general, del pensamiento latinoamericano del periodo. De ahí que, contrariamente al antiimperialismo comunista, los socialistas pusieran el foco en los países americanos, reinterpretados bajo el concepto de Indoamérica. La NAP, en efecto, declaraba entre sus principios la emancipación de Indoamérica “mediante la coordinación cultural, política y económica de las naciones que la componen” (Nueva Acción Pública, 1932). Ya en plena República Socialista, el peruano Alfredo Saco sostenía que Indoamérica buscaba “dentro del realismo de sus propias posibilidades el camino de su armónica evolución”. Esto significaba, que si el socialismo “representa en Occidente la culminación de una cultura, en Indoamérica representa el punto de partida de una cultura nueva”.⁷³ Aunque el aspecto internacional tuvo pocas implicancias prácticas para la política del PS durante sus primeros años, quedó fuertemente integrado en su configuración ideológica, con una amplia recepción de referentes extranjeros como el de México y España durante la década de 1930.

La República Socialista tuvo, no obstante, una breve existencia. Doce días después de su instauración, el 16 de junio, la Junta de Grove fue derrocada por una nueva Junta de Gobierno liderada por Carlos Dávila. Aunque Dávila mantuvo su adhesión discursiva al socialismo, su gobierno se alejó de los propósitos iniciales de la República Socialista, lo que condujo a su desprestigio y posterior derrocamiento en septiembre de 1932. Esta frustrada experiencia de gobierno hizo ver a sus partidarios la evidente debilidad organizacional del socialismo. El diario *Crónica* observaba que en Chile se produjo “el caso sorprendente de que se haya realizado una revolución socialista, a al cual han sido del todo ajenos los partidos representativos de esa tendencia”. Por ello, proponía a los partidos socialistas “dejar los intereses personales o de círculo” e ir “decididamente a la formación del núcleo disciplinado y eficaz que tanto se necesita para aprovechar (...) los agitados momentos que está viviendo el país”.⁷⁴ A pesar de la dispersión de las fuerzas socialistas, otro columnista felicitaba su unión en torno al programa de la República Socialista. Aunque éste no constituía “el socialismo auténtico”, era, por lo menos, “hacer acción inmediata, ir a cosas prácticas y realizables (...) preparar el terreno para la acción doctrinaria, metódica y estrictamente ceñida al principio”.⁷⁵ Como se

⁷² N. M. V, “La revolución chilena”, en *Crónica*, Santiago, 13 de junio de 1932.

⁷³ Alfredo Saco, “Sentido de la revolución social en Indo-América”, en *Crónica*, Santiago, 14 de junio de 1932.

⁷⁴ “Los partidos socialistas”, en *Crónica*, Santiago, 18 de julio de 1932.

⁷⁵ XYZ (seudónimo), “Los socialistas se unen”, en *Crónica*, Santiago, 21 de julio de 1932.

observa, los diagnósticos en torno a la unificación organizacional surgían de las exigencias prácticas que imponía la coyuntura, frente a la cual el nuevo socialismo carecía de medios organizacionales claros.

Pero antes que los socialistas pudiesen desarrollar principios organizativos, fue la coyuntura política la que ofreció nuevas instancias para su unificación partidaria. Derrocado Dávila, se convocó a elecciones parlamentarias y presidenciales para 1932, ocasión en que las diversas agrupaciones socialistas postularon a Marmaduke Grove como candidato a presidente. Exaltado como “símbolo de justicia y redención social”, Grove fue una figura cohesiva y su candidatura una instancia útil para agrupar a las dispersas organizaciones socialistas (Thomas, 1966: 32; Drake, 1978: 159-160; Garrido, 2021: 48-50). De acuerdo con un columnista de *La Opinión*, Grove tenía “sentido de su época”, agrupando “a hombres y a grupos de ciudadanos de nuestro tiempo (...) que alientan esperanzas rectoras por encima del pesimismo radical, de la atomización y del disgregamiento general”.⁷⁶

A pesar de encontrarse relegado durante todo el periodo de campaña, la popularidad de Grove fue tal que obtuvo más de 60 mil votos, un 17.7% de la votación, mientras que los distintos partidos socialistas obtuvieron 5 diputados y 2 senadores. Este éxito relativo reforzó la urgencia de la unificación socialista. Poco después de la elección, un dirigente socialista escribía a Grove haciéndole notar la necesidad de dar a su fuerza electoral “organización política completa y especial disciplina”.⁷⁷ Por su parte, Eugenio Matte subrayaba el deber de “disciplinar los anhelos y la acción de todos los trabajadores manuales e intelectuales de Chile a fin de construir con ellos una poderosa falange que férreamente unida de norte a sur del país”.⁷⁸ Mientras que el propio Grove destacaba la necesidad de “cohesionar cada día más férreamente nuestras filas en una grande y disciplinada organización nacional de los trabajadores”.⁷⁹

Fundación del Partido Socialista

La unificación se concretó finalmente el 19 de abril de 1933 cuando la NAP, el PSM, el PSU y la ARS fundaron el Partido Socialista de Chile. A pesar de la gran diversidad ideológica de estas agrupaciones, en su I Congreso de octubre de 1933, el PS logró establecer un conjunto mínimo de principios que ya no dependían directamente del programa de la República Socialista de 1932. Su Declaración de Principios consistía en cinco puntos: la adopción del marxismo como método de interpretación de la realidad; el reconocimiento de la lucha de clases; la transformación del régimen, referida a la colectivización y socialización de la

⁷⁶ XXX (seudónimo), “El significado de Grove”, en *La Opinión*, Santiago, 7 de octubre de 1932.

⁷⁷ Francisco Valdivieso, “Hacia la organización del Gran Partido Socialista Chileno”, en *La Opinión*, Santiago, 2 de noviembre de 1932.

⁷⁸ “El homenaje a Grove”, en *La Opinión*, Santiago, 1 de noviembre de 1932.

⁷⁹ “Grove preconiza una grande y disciplinada organización nacional de trabajadores”, en *La Opinión*, Santiago, 3 de noviembre de 1932.

propiedad privada; la dictadura de trabajadores como superación de la democracia burguesa; y el internacionalismo y antimperialismo.⁸⁰

En lo que refiere al ámbito organizacional, el principio relativo al marxismo resultaba especialmente relevante. De acuerdo con Drake (1978: 143), la adopción del marxismo no tuvo implicancias doctrinarias importantes en el PS, si no que sirvió para dar credenciales revolucionarias al partido frente a sus rivales comunistas. Aunque es cierto que el marxismo jugó un rol en este sentido, sí tuvo un propósito importante en la unificación organizacional de PS. Como explicaba el diario *Consigna*, el marxismo consistía en un método de interpretación y no una doctrina política rígida”. Así, entre combatir el marxismo o aceptarlo ciegamente, el PS lo adoptaba como “método y un conjunto de doctrinas científicas, sometidos, por lo tanto, al libre examen y a la crítica, y susceptibles de ser rectificadas y enriquecidos”. ¿Cuáles eran sus implicancias organizacionales? Según el argumento, el PS no solo se negaba a “formular rígidamente” los detalles del marxismo, sino que “tampoco imponerlos obligatoriamente a sus militantes”. Le bastaba, en cambio “fijar las grandes líneas de su posición ideológica”, y para ello el marxismo ofrecía “límites amplios dentro de los cuales caben todas las diferencias de cultura individual y no pretende imponer a todos una mentalidad *standard* (sic) e invariable”.⁸¹ De este modo, dentro de la heterogénea composición ideológica del PS, el marxismo aparecía como un principio conceptualmente abierto al que sus miembros podían adscribir sin comprometer sus particularidades doctrinarias. El PS aseguraba así una identidad ideológica mínimamente compartida entre sus militantes, cuestión que resultaba indispensable para un partido con estas características.

Un segundo aspecto relevante para la cohesión organizacional del PS fue su estructura. De acuerdo con Drake (1978: 167-168) y Pollack y Rosenkranz (1986: 29-130), el PS adoptó una fuerte estructura jerárquica, siguiendo los principios del centralismo democrático y el leninismo. Aunque menos rígido que el PCCh, añade Drake, el PS permitía escasa participación democrática de sus bases, estando su estructura piramidal dominada por el Comité Central. En efecto, el PS se organizó en una línea jerárquica que partía desde el *núcleo* en la base –símil de la célula comunista–, hasta llegar a sus instancias superiores representadas en el Comité Central y en la Secretaría General.⁸² En esto, y a pesar de que el PS buscara distanciarse del PCCh, es posible que los criterios prácticos fuesen preponderantes. Por su composición inicial, la posibilidad de fragmentación era alta, lo que justificaría una estructura de inspiración leninista incluso cuando dichos fundamentos ideológicos no fuesen oficialmente aceptados. La otra alternativa disponible, la de partidos assembleístas, resultaba peligrosa para su disciplina interna. De acuerdo con *Consigna*, las asambleas democráticas, propias de los partidos históricos, eran espacios propicios para el caudillismo y la demagogia. Esto justificaba la existencia del núcleo como lugar de discusión, y el Secretariado y

⁸⁰ “Declaración de Principios del Partido Socialista”, en *Consigna*, Valparaíso, 19 de marzo de 1934.

⁸¹ “El marxismo, método de interpretación de la realidad”, en *Consigna*, Valparaíso, 2 y 9 de junio de 1934.

⁸² “Estatuto orgánico”, en *Núcleo*, Valparaíso, 1 de agosto de 1935.

Comité Central como instancias de decisión, “única manera de tener un Partido sólido, disciplinado y con directivas responsables”.⁸³ Así, también en su estructura el rol ideológico fue relativamente más débil en comparación con las exigencias prácticas del momento.

Con la fundación del PS se consolidó el ala izquierda del espectro político. ¿Pero cómo explicar el rápido proceso de formación de esta nueva vertiente socialista local? En términos de su militancia, es claro que el PS no era una organización enteramente nueva, pues varios dirigentes tenían un pasado político. Uno de los antecedentes más reconocidos es el de la tradición socialista libertaria, con al menos 17 dirigentes o fundadores del PS que tuvieron militancia anarquista (DeShazo, 2007:377-378). Otra vertiente importante según Rojas (1993: 85) fue la de la USRACH, que, por sus componentes estatistas, funcionalistas y antimperialistas, “prefiguró parte del ideario del Partido Socialista” (Rojas, 1993: 85). Ejemplos notables de estas influencias fueron Óscar Schnake y Eugenio González, quienes pasaron por el anarquismo obrero, la revista *Claridad*, y luego al movimiento de asalariados. No menos importante, el PS recogió buena parte de las clases sociales ascendentes de la década de 1920, principalmente de capas medias, sectores estudiantiles, profesionales y de empleados. Tanto para Drake (1978: 151-164) como para Pollack y Rosenkranz (1986: 80-82) el PS fue sobre todo un partido de clases medias que incorporaba a clases bajas/obreras, las que durante la década de 1930 representaron el 75% de sus comités centrales y el 25% de sus comités regionales. Por último, habría que mencionar dos antecedentes relevantes. Uno, los miembros provenientes de la tradición de la FOCh y el POS, que, aunque minoritarios, tuvieron algunos exponentes destacados, como el fochista Carlos Alberto Martínez y el excomunista Ramón Sepúlveda Leal. El otro, la generación reformista de militares de 1924-1925, que no solo legó la figura de Marmaduke Grove, sino buena parte del ideario de regeneración social y política de la época.

Aunque Drake (1978: 141-142) reconoce el origen social e ideológicamente diverso del PS, afirma igualmente que su fundación fue en parte un accidente histórico. Desde la perspectiva de esta investigación, es posible sostener que la formación del PS no fue un evento casual, sino que debe entenderse como la cristalización partidaria del amplio espectro reformista y revolucionario que, socialista o no, proliferó durante la década de 1920. Tanto por el fracaso organizacional del anarquismo, el carácter puramente gremial de ciertas agrupaciones (estudiantes, profesionales, empleados), la posición antipolítica de algunos movimientos (USRACH, militares), o bien por la aversión al Partido Comunista, este conjunto de tendencias se encontraba hacia 1930 carente de unidad organizativa. Fue la proliferación del ideario socialista del periodo la que otorgó a estos grupos un campo ideológico propicio para sus propósitos recogidos por el PS. Así, en un recuento histórico del PS realizado por *Consigna* –que iniciaba precisamente en 1920, hito que “incorporó al pueblo de Chile a la vida política y a la

⁸³ “¡Asambleas: no!”, en *Consigna*, Valparaíso, 30 de marzo de 1935.

conciencia de los problemas nacionales”– se aseveraba que el partido no era “una creación arbitraria y desvinculada de las realidades nacionales”. En cambio, en él “se condensa y disciplina todo lo que lentamente ha germinado en los últimos quince años de nuestra evolución social”. No era ni un “azar” ni “un trasplante artificial”, sino “la encarnación de una necesidad histórica”.⁸⁴ De esa forma, el PS delineaba una tradición ideológica propia, continuadora de aquellas corrientes de inspiración socialista que habían quedado al margen de la otra gran tradición cristalizada previamente en el PCCh.

La formación del PS chileno, con las características aquí examinadas, tuvo consecuencias importantes para el desarrollo del campo socialista durante el resto de la década. En un nivel general, permitió ampliar la influencia de la familia ideológica socialista y asegurar su incorporación partidaria del clivaje de clase, evitando que esta quedara confinada al PCCh. Tanto por su rigidez doctrina, su debilidad organizacional y por el rechazo social generalizado a su ideología, los comunistas no hubiesen sido capaces de movilizar al amplio espectro de tendencias agrupadas en el PS. Sin la formación del PS, es de especular que el conflicto de clase habría sido canalizado por otras vías, ya sea por personalismos como el de Alessandri o Ibáñez, o bien por los partidos tradicionales. Con los socialistas, en cambio, se consolidó un sistema de partidos alineado en torno al eje de clase, formado por partidos de izquierda de origen externo al sistema.

Al mismo tiempo, a un nivel particular esto fue posible por la flexibilidad ideológica del PS. Considerando que su unidad organizacional tenía fundamentos ideológicos relativamente más débiles que la del PCCh, los socialistas serían capaces de incorporar progresivamente a numerosas corrientes y organizaciones políticas externas. A partir de 1933, el PS acogió a sectores de izquierdas de corrientes políticas ya existentes, como radicales, demócratas y alessandristas, pero también a otros partidos, siendo la Izquierda Comunista en 1936 y el Partido Radical Socialista en 1941, los casos más notorios. Por último, cabe destacar que el menor grado de influencia ideológica en la estructuración partidaria del PS se vio compensado por lo que desde el *frame analysis* se podría considerar un alto grado de adaptación contextual. Como se verá en el siguiente acápite, esto se expresó sobre todo en el pragmatismo ideológico del PS, tendiente a privilegiar las condiciones políticas coyunturales antes que en la preminencia de formulaciones doctrinarias.

5.3.2 Revolución, democracia y pragmatismo estratégico

El particular proceso de formación del PS chileno implicó que su ideología fuese, en varios aspectos, un pensamiento político en construcción. Por su composición heterogénea, durante sus primeros años los principios fundamentales del PS se mantuvieron conceptualmente a un nivel general, pero sin desarrollar en detalle su dimensión estratégica. Esto se tradujo, como observa Drake (1978: 151), en una

⁸⁴ “Dos años”, en *Consigna*, Valparaíso, 20 de abril de 1935.

ambivalencia entre sus principios revolucionarios y los medios para llevarlos a la práctica, existiendo una indecisión en sus filas respecto a trabajar desde dentro o contra del sistema político existente. En la práctica, observa el autor, el PS nunca se preparó para una revolución armada para abocarse, en cambio, a las elecciones. En este aspecto, el PS esgrimió su preferencia por la acción antes que por la doctrina, lo que se tradujo en un excesivo pragmatismo político (Garrido, 2021: 63-64). En términos de Freedden, esta característica remite al desfase que existía en el PS entre el conjunto mínimo de conceptos nucleares que definía su ideología, y los bordes perimetrales de ésta que carecían de definiciones claras. Al respecto, Freedden (1996: 79) ha notado que, a pesar de su menor peso conceptual, los conceptos perimetrales cumplen la función de relacionar el núcleo ideológico con la realidad social, política e histórica en la que se ubica. Desde este punto de vista, los conceptos perimetrales son particularmente relevantes en la dimensión estratégica de las ideologías, que refiere justamente a los medios y tácticas con los que estas se ponen en práctica y que en el PS eran aún débiles.

Para explicar este fenómeno en el caso del PS, en esta sección se examina el desarrollo de su dimensión estratégica con anterioridad a la formación del Frente Popular en 1936. En líneas generales, se argumenta que, en contraste con su proyecto revolucionario –caracterizado por una profunda transformación del régimen económico, político y social– su estrategia carecía de fundamentos conceptuales suficientes. Los socialistas sabían mucho mejor aquello que querían lograr que cómo lograrlo. Esto se tradujo en una aplicación pragmática de sus principios, por momentos contradictoria y zigzagueante. Como resultado, el PS, –renuente a la democracia liberal– encontró en los espacios electorales y representativos sus principales medios de acción. En efecto, los socialistas carecían de medios extrainstitucionales viables, y el campo sindical, en el que tenía una presencia considerable, se encontraba fragmentado y bajo permanente represión. Por el contrario, al momento de su fundación el PS ya contaban con representantes en el Congreso, institución que en un comienzo fue su principal medio de acción política. Presionados por la coyuntura política, el PS afianzó progresivamente su actividad parlamentaria y electoral, llegando a formar su propia alianza partidaria izquierdista en 1934 con el Block de Izquierdas, que en varios aspectos le permitió delinear su estrategia de cara al Frente Popular.

Para comprender la tensión entre los principios ideológicos del PS y su puesta en práctica es necesario profundizar en el concepto de revolución que este defendía. Aunque en su Declaración de Principios el término no se explicaba en detalle, este se relacionaba a dos principios. Por un lado, la lucha de clases, que surgía de “la necesidad de la clase trabajadora de conquistar su bienestar económico y el afán de la clase trabajadora por conservar sus privilegios”. Por otro, la transformación del régimen capitalista en “un régimen económico socialista”, donde la propiedad privada sería colectivizada. Según se explicaba en un texto doctrinario, la consecución de ambos principios difería de otros partidos de izquierda precisamente en su carácter revolucionario. Mientras los partidos de izquierda

buscaban el socialismo “en forma evolutiva y dentro de las normas generales que fija el Estado”, para el PS el socialismo solo podría implantarse “mediante la Revolución”. Esta vía revolucionaria se justificaba en el hecho de que la “clase capitalista” estaba en control de “todos los mecanismos del Estado y de la organización social”, donde la democracia no era más que “una ficción legal”. En consecuencia, una transformación evolutiva sería imposible, toda vez que la burguesía no permitiría los cambios estructurales que amenazaran su posición. Por ende, la única alternativa era una revolución que “subvierta real y efectivamente el desorden hecho sistema en la política y la economía”. El contenido de la revolución se sintetizaba en la “toma del poder por la clase de los trabajadores” y en la “organización del nuevo Estado”, política y económicamente ajustado a las necesidades colectivas de la sociedad.⁸⁵

En términos políticos, esta concepción revolucionaria implicaba una profunda crítica al régimen democrático liberal. La objeción central apuntaba a la abstracción individualista en la que se fundaba. Según explicaba Grove (1934: 12-14, 17-18) en el I Congreso del PS, en sus orígenes “la democracia burguesa concibió a la sociedad como suma indiferenciada de individuos” y “sus fórmulas políticas despreciaron por entero las realidades sociales”. Aunque este régimen fue necesario para terminar con el feudalismo, originó un cuerpo electoral abstracto donde “las funciones que cada cual desempeñaba en la vida social, no fueron tomadas en cuenta”. “El sufragio y la ley”, afirmaba Grove, “surgieron de este conjunto indiferenciado, heterogéneo e irresponsable de voluntades y capacidades”. Como consecuencia, la democracia se configuró como la tiranía “de la mitad de los sufragantes más uno”, un sistema en el que la minoría dominante mantuvo el manejo de las elecciones, el parlamento y los gobiernos. El socialismo, en cambio, concebía un ordenamiento diferente, una “sociedad organizada de trabajadores” fundada en el trabajo y los deberes del hombre. Opuesta a la abstracción liberal, esta sociedad partía del hecho de que “el hombre no vive aislado, vive en conglomerados en donde a cada cual le corresponde una función activa”. Así, la base política y económica de la sociedad se encontraba en “el núcleo en donde el hombre cumple su deber social de trabajar, en donde realiza una función”. En este aspecto, el PS se encontraba más cercanos a los modelos sociales organicistas y corporativos en lugar del modelo comunista soviético.

Un aspecto importante de la revolución defendida por los socialistas era su especial atención a las características locales. Como se señaló anteriormente respecto al marxismo, el PS tendía a rechazar las formulaciones doctrinarias rígidas que desatendieran la realidad concreta. Esta visión se expresaba también en su propuesta revolucionaria, expresado en un discurso nacional y latinoamericanista. Como se lee en *Consigna*, era imposible eludir el “‘nacionalismo’ en la acción” del PS, pues “es el proletariado de un país el que va a hacer la revolución en forma condicionada a las características de su propio medio ambiente”. A diferencia del nacionalismo “chovinista”, esto significaba “la revolución nacional de los trabajadores de Chile hecha por ellos y para ellos”. Esta visión aplicaba también para

⁸⁵ V, “La revolución”, en *Consigna*, Santiago, 7 de julio de 1934.

Latinoamérica. Según Grove, el continente tenía su “propia fisonomía inconfundible”, siendo la misión del PS “dirigir y organizar las creaciones espirituales y materiales de América”.⁸⁶ En este punto, cabe destacar su distancia con el socialismo europeo, que hasta la década de 1920 había nutrido al socialismo chileno. “La función histórica de nuestro partido socialista”, explicaba Grove (1934: 5-6), “difiere (...) de la de los partidos socialistas europeos”. Y es que la experiencia de estos últimos servía “como antecedentes experimentales, pero en ningún caso, como modelos inflexibles de nuestra acción en la tarea de construir nuestro propio destino político”. De ese modo, el PS se veía enfrentado al desafío de trazar sus propias concepciones estratégicas para realizar un proyecto revolucionario que, por su alcance y profundidad, resultaba ambicioso para los medios de los que disponía.

¿Cuáles eran estos medios? A diferencia de los comunistas, que en teoría seguían el modelo del soviét como estructura revolucionaria, los socialistas carecían de una organización destinada a la toma del poder por medios insurreccionales o extrainstitucionales. Teóricamente, según el discurso de Grove arriba citado, la construcción del socialismo debía recaer en los sindicatos, que eran precisamente el lugar donde los individuos cumplían su función social. Sin embargo, durante sus primeros años la acción sindical del PS fue débil. El motivo, reconocía el PS, era la fragmentación del campo sindical en tres agrupaciones principales: la FOCh, comunista; la Confederación General de Trabajadores, de influencia anarquista; y la Confederación Nacional de Sindicatos, central de sindicatos legales donde el PS ejercía mayor influencia. El PS describía este escenario como uno de “cuadros dispersos”, de “desorientación” y “ausencia de unidad”, en el que “ningún sector puede atribuirse (...) la representación del proletariado nacional”.⁸⁷ En consecuencia, la política sindical del PS estuvo enfocada en unificar al movimiento sindical por sobre sus diferencias ideológicas antes que utilizarlo como brazo revolucionario. Asimismo, se buscó superar las deficiencias del sindicalismo legal, que limitaba precisamente el alcance revolucionario que pretendía el PS. En lo inmediato, los sindicatos ofrecieron pocas posibilidades para el socialismo en sus primeros años de formación partidaria.

En lo que respecta a la participación en las instituciones democráticas, el PS tenía consideraciones principalmente negativas e instrumentales. Las elecciones eran concebidas como medios de difusión ideológica y, en menor medida, como un freno a los partidos burgueses. Para la elección complementaria de 1934 tras el fallecimiento de Eugenio Matte, el semanario *Acción Socialista* mantenía que los “periodos de lucha eleccionaria” servían solamente “como medio de difusión doctrinal”, “como difusor revolucionario” y “como expositor de doctrinas”.⁸⁸ El triunfo o derrota electoral poco importaba, pues “el que vaya un hombre rebelde al Parlamento, no va a significar de que va a modificar la estructura económica del

⁸⁶ “La revolución nacional”, en *Consigna*, Santiago, 9 de junio de 1934.

⁸⁷ “¿Unidad obrera?”, en *Consigna*, Santiago, 16 de junio de 1935; César Godoy Urrutia, “Análisis y perspectivas del sindicalismo en Chile”, en *Consigna*, Santiago, 1 de junio de 1935.

⁸⁸ “Elecciones parlamentarias”, en *Acción Socialista*, Santiago, 6 de abril de 1934.

pueblo”. Mientras que, para las municipales de 1935, primera elección nacional en que participó el PS, se aceptaban las elecciones “solo como un medio de propaganda de su doctrina y como un llamado a sus fuerzas, para que, manifestando su disciplina, marquen las preferencias de nuestros candidatos”.⁸⁹

Una visión igualmente instrumental se tenía de la acción en el Congreso, descartando cualquier utilidad revolucionaria de esta institución. Según expresaba Grove, “el Senado es, para mí, en cuanto a socialista, un medio de propaganda y de lucha”. “Ningún socialista”, añadía, “cree en la eficacia del sufragio electoral, ni en la mentira democrática”, por lo que su labor debía ser “forzosamente labor de crítica, de ataque, de desenmascaramiento de los que deben ser desenmascarados”.⁹⁰ Más intransigente se mostraba el diputado Rolando Merino, quien sostenía que “mientras estén los medios de producción en una clase, la capitalista, estos Parlamentos defenderán los intereses de esa clase, y así siempre en contra de estos organismos existirá el repudio (...) de la clase trabajadora”. Por esta razón, explicaba, los socialistas se negarían a legislar para limitarse, en cambio, “a formular nuestra protesta o nuestra oposición por medio de nuestros votos y de nuestra voz, ante los proyectos que consideremos que no satisfacen las aspiraciones de la clase trabajadora”.⁹¹ Esta clase de argumentos, aunque acordes a los principios revolucionarios más generales del PS, estaban lejos de ser novedosos y recuerdan a las justificaciones del POS para su actividad parlamentaria una década antes.

Esta interpretación de las instituciones democráticas se tradujo en una postura crítica de las alianzas con los partidos de izquierda. De acuerdo con Drake (1978: 171-172), aunque los pactos políticos eran vistos como tácticas transitorias, existió al interior del PS una permanente controversia al respecto y, entre sus bases más radicalizadas, una abierta oposición a dichas alianzas. En general, a medida que el PS asentaba su acción institucional, trató al mismo tiempo de dar conducción a las demás fuerzas izquierdistas que existían en el parlamento. Como observaba un columnista tras la elección senatorial de Grove en 1934, un “doctrinarismo de folleto” animaba “día a día la discordia y la división entre los partidos revolucionarios”. Sin embargo, el resultado de la elección mostraba “la fuerza avasalladora de la izquierda”, la cual se organizaba “lenta y seguramente (...) en el Partido Socialista”. En el PS, agregaba, se depurarían las “intransigencias doctrinarias y sectarismos traidores e ineficaces” que dividían en ese momento a la izquierda.⁹² Posición que convivía con férreos detractores de la izquierda. Para el escritor Luis Latorre, era “necesario que nuestros obreros y empleados no se dejen sugestionar por el izquierdismo”, oponiéndose a “los demagogos disfrazados de redentores” y al “socialismo moderado”. Afirmaba, en cambio, “el socialismo integral, bajo la dirección del Partido Socialista, como única solución para terminar con las

⁸⁹ “Nuestro partido frente a la próxima lucha electoral”, en *El Socialista*, Valparaíso, 16 de marzo de 1935.

⁹⁰ “Grove habla sobre el debate en el Senado y su línea de acción parlamentaria”, en *Consigna*, Santiago, 2 de junio de 1934.

⁹¹ “Cómo luchan en la Cámara los Diputados Socialistas”, en *Consigna*, Santiago, 7 de julio de 1934.

⁹² V, “La disolución de las izquierdas y el Partido Socialista”, en *Consigna*, Santiago, 19 de mayo de 1934.

contradicciones y engaños del régimen”.⁹³ Bajo estas concepciones, la estrategia de alianzas del PS fue más bien errática, aceptándolas con escepticismo y de forma instrumental según las exigencias contextuales.

Fue, en efecto, el contexto político el que impuso al PS la necesidad de una coalición de izquierda. La constante transgresión de los derechos constitucionales durante el gobierno de Alessandri para reprimir a la izquierda, así como el hostigamiento que contra ésta ejercía la Milicia Republicana, acercaron al PS a los demás partidos de izquierdas. Un primer acercamiento ocurrió en mayo de 1934, cuando la Milicia Republicana amenazó con represalias a dirigentes del Partido Socialista, el Partido Radical Socialista, el Partido Democrático, el Partido Radical y la Izquierda Comunista. En respuesta, el PS llamó a la formación de un Frente de Defensa contra una eventual dictadura de impronta fascista. No obstante, el PS aclaraba que el Frente tenía un fin exclusivamente defensivo, pero se negaba “ingresar en pactos ni combinaciones políticas con ninguno de los partidos u organizaciones políticas burguesas”.⁹⁴ Pero tras el allanamiento ilegal del diario izquierdista *La Opinión* en octubre de 1934, el PS se vio en la urgencia de formar una coalición parlamentaria con el Partido Radical Socialista, el Partido Democrático y la Izquierda Comunista. Surgió así el Block de Izquierdas, con un programa de reivindicaciones inmediatas por las libertades públicas, la disolución de la Milicia República, contra el pago de la deuda externa y por una reforma tributaria. “No había dudas –manifestaba *La Opinión*– de que el terreno estaba preparado para que germinara con fuerza la semilla de la unión”.⁹⁵

La formación del Block tuvo interpretaciones disímiles. Según declara *La Opinión*, el Block demostraba que no existía entre las izquierdas “antagonismos insalvables” ni tampoco “repugnancias de partidos o grupos entre sí”.⁹⁶ Para el diario socialista *Jornada*, en cambio, el Block era solo un medio de defensa y organización. “No tenemos aún dos años de vida y necesitamos algunos más para nuestra estructuración completa a través del país”, editorializaba *Jornada*, y “por consiguiente, todo respiro y tregua que el gobierno se vea en la necesidad de dar, convienen al Partido y a su fuerza futura”. Persistía no obstante su desconfianza a las coaliciones parlamentarias al sostener que con los partidos de izquierda burguesa no se podía entrar en “relaciones más estrechas ni en entendimientos de otro orden de los que hasta ahora hemos cultivado con ellos”.⁹⁷ En contraste, durante la primera concentración pública del Block de Izquierdas en diciembre de 1934, el secretario general del PS, Óscar Schnake, refrendó su compromiso con la coalición. En su discurso, manifestó que el PS prestaría “la cooperación de todos sus militantes a lo largo de todo Chile para esta común acción de defensa de nuestros derechos y de

⁹³ Luis Latorre, “La farsa de las izquierdas”, en *Acción Socialista*, Santiago, 2 de junio de 1934.

⁹⁴ “El Partido Socialista y el Frente de Defensa Nacional contra el Fascio Miliciano”, en *Consigna*, Santiago, 19 de mayo de 1934.

⁹⁵ “La oposición organiza y fortalece sus filas”, en *La Opinión*, Santiago, 21 de octubre de 1934.

⁹⁶ “¡A triunfar!”, en *La Opinión*, Santiago, 21 de octubre de 1934.

⁹⁷ “Oposición y socialismo”, en *Jornada*, Santiago, 24 de noviembre de 1934.

nuestro bienestar”, así como “su nueva moralidad de acción disciplinada” y la decisión de luchar hasta “imponer un nuevo orden social en el país”.⁹⁸ Con distintos grados de aprensión interna, el PS comenzaba a asentar una estrategia ubicada en el campo institucional y democrático.

Aunque para el PS el Block de Izquierdas se sustentó más en exigencias prácticas que en concepciones ideológicas previamente definidas, esta experiencia delineó su estrategia institucional. Por un lado, asentó una posición pragmática respecto a la formación de coaliciones partidarias, con sus respectivas ventajas y desventajas. En cuanto a las primeras, el PS mostró gran flexibilidad para interpretar y adaptarse a las coyunturas, siendo capaz de transformarlas en oportunidades políticas favorables como sería el caso con el Frente Popular. Respecto a las segundas, el PS mantuvo un grado importante de ambigüedad discursiva al momento de justificar su participación en dichas alianzas. En efecto, los socialistas no abandonaron su crítica al sistema democrático burgués, al tiempo que su práctica política institucional se justificaba por consideraciones instrumentales. Esto se tradujo en lineamientos políticos fluctuantes y tensiones internas permanentes. En términos generales, el Block prefiguró el Frente Popular de 1936 (Drake, 1978: 171) en al menos dos aspectos. Primero, fue el primer intento concreto de una coalición de izquierda bajo una dirección distinta a la del PCCh. Si los comunistas otorgaron el fundamento teórico del Frente Popular, el PS proporcionó una experiencia práctica a través del liderazgo que ejercía al interior del Block. Segundo, fue también la primera instancia de acercamiento al Partido Radical, que poco después de fundado el Block rompió con el gobierno de Alessandri y se acercó progresivamente a la izquierda. Sin la existencia previa del Block, es posible que la izquierdización del PR resultase inviable. En definitiva, el Block sirvió como el espacio para la inserción del PS al conjunto del sistema de partidos, que luego concretará a través del Frente Popular.

Hacia comienzos 1935, y a pesar de sus reticencias, la dimensión estratégica del PS se encontraba encaminada hacia la vía institucional. El sustento de ello, es necesario insistir, fueron las exigencias coyunturales. Luego de la elección municipal de abril de ese año, *Consigna* consideraba preciso prepararse “para vencer definitivamente en cualquier terreno que nos toque luchar” y hacer de las elecciones “un arma para un posible triunfo resonante en otra ocasión además de un elemento de activa propaganda”. Aunque insistía su desconfianza en los medios electorales, reconocía que mientras no pudiese “imponer sus normas por la vía revolucionaria”, el no aprovechar las elecciones “sería un gesto de estéril demagogia revolucionaria”.⁹⁹ Con estos lineamientos, el Frente Popular se le presentó al PS como una nueva oportunidad política y un importante desafío ideológico que pondrá a prueba tanto sus principios revolucionarios como su pragmatismo estratégico.

⁹⁸ “Solo por la acción se obtendrá el mejoramiento del proletariado”, en *La Opinión*, Santiago 17 de diciembre de 1934.

⁹⁹ “La elección municipal”, en *Consigna*, Santiago, 13 de abril de 1935.

5.3.3 Tensiones conceptuales y estratégicas en el Frente Popular

En contraste con la amplia literatura disponible sobre el Partido Comunista, poco se ha indagado sobre los factores ideológicos que llevaron al PS a incorporarse al Frente Popular (FP) en 1936. En términos generales, los estudios de Drake (1978: 176-177) y Milos (2008: 317) –el único que ha trazado en detalle el rol socialista en el Frente Popular– concluyen que el giro del PS hacia el Frente Popular produjo una permanente tensión entre sus principios revolucionarios y su pragmatismo político. Como se ha visto, por sus características ideológicas esta tensión estuvo presente desde los orígenes del PS tanto en sus dimensiones organizacionales como estratégicas. Pero ¿cómo se expresaron en lo relativo al Frente Popular? ¿Cuáles fueron los términos conceptuales y discursivos de dicha tensión? En lo que sigue, se examinan los aspectos ideológicos de la incorporación del PS al Frente Popular chileno, enfocándose principalmente en su dimensión estratégica. Como en otros procesos políticos previos, en el caso del Frente Popular las consideraciones para su aceptación fueron principalmente coyunturales. Aunque desde finales de 1934 el PS proponía un camino propio mediante el Block de Izquierda, el contexto local y los sucesos internacionales lo llevaron a la aceptación del FP como una superación de su política de alianzas. Esta adaptación supuso, no obstante, un importante desafío conceptual para un pensamiento socialista que, aunque aceptaba pragmáticamente los medios democráticos, mantenía en lo fundamental su oposición a la democracia existente. La resolución de este dilema ideológico en torno al concepto de democracia, como se verá, será sustancialmente diferente a la dada por el PCCh.

La distancia inicial del PS con la política de frentes populares estuvo asociada a la disputa con el PCCh por la representación de la clase obrera. Ya se vio anteriormente que, bajo las consignas del tercer periodo, los comunistas habían repudiado al PS y a la izquierda mediante una estrategia que fracturó el campo socialista chileno. En consecuencia, Frente Popular comunista propuesto en 1935 fue recibido de forma negativa por el PS, que desacreditaba el historial político del PCCh. Para un dirigente socialista, previo a la República Socialista de 1932 la causa los trabajadores se había debilitado por la “política ciega, errada, deplorable” del “pequeño grupo de jefes irresponsables” del Partido Comunista. Los comunistas eran fustigados por su “táctica histérica y exhibicionista de gritar y no armarse”, “de pelear más con el compañero que con el enemigo” y por “olvidar que el marxismo no es un dogma, sino un método de interpretación de la realidad”.¹⁰⁰ Por ello, la invitación del PCCh a formar un nuevo frente único fue declinada por los socialistas. Por un lado, el PS se alegraba de que el PCCh reconociera finalmente “la necesidad de abandonar la táctica y los métodos de lucha que hasta ahora ha empleado”. Por otro, lamentaba “que solo después de dos años de lucha enconada (...) el PC haya venido a realizar este profundo viraje en cumplimiento de sus directivas del

¹⁰⁰ Eduardo Ugarte (secretario de correspondencia), “El camino del combate y la victoria”, en *Consigna*, Santiago, 20 de abril de 1935.

extranjero”. El PS desconfiaba especialmente de los bruscos cambios de la IC, por lo cual exigía “que el Partido Comunista demuestre en la práctica su nueva posición”.¹⁰¹

Las discrepancias con el PCCh resultaban particularmente intensas en el campo sindical, que ambos partidos intentaban unificar como condición para un pacto político mayor. En este ámbito, el PS pretendía evitar la cooptación del PCCh por medio de la FOCh. De acuerdo con el secretario general del PS, Óscar Schnake, la razón del fracaso de la FOCh “fue el mangoneo político” que la convirtió “en una sucursal del Partido Comunista”. Además, criticaba la actitud del PCCh hacia a los sindicatos en resistencia y los sindicatos legales, que eran usualmente acusados de traidores por los comunistas. Esta actitud demostraba que el error fundamental de los comunistas era “desconocer que el sindicato es cosa distinta a un partido”, pues “querer convertir a un sindicato en una sucursal de un Partido es querer la destrucción del sindicato y no su crecimiento”. El PS, en cambio, respetaba la independencia sindical, ya que “el sindicato tiene que contener a todos los trabajadores de una actividad o industria y entre estos los hay de todas las ideas y aún de creencias religiosas”. Por ello, sostenía que las centrales sindicales debían “estar dispuestas a desaparecer” para lograr la unidad de todos los gremios y que “resucitar muertos, como la FOCh, es divisionismo”.¹⁰²

En oposición a la política comunista, el PS planteó sus propias pretensiones de dirección sobre la izquierda y el movimiento obrero, una de las principales disputas al interior del campo socialista. Mientras el PCCh vio en los varios hitos políticos de esos años la concreción del Frente Popular, el PS los interpretó como comprobación de su propio predominio en la izquierda. Así, a propósito del funeral del senador radical Pedro León Ugalde –simbólicamente el evento que propició el Frente Popular– *Consigna* recordaba que el PS tenía como objetivo precisamente organizar al proletariado “en una vanguardia de clase capaz de constituir una herramienta poderosa que le permita orientar a toda la masa de gremios productores hacia la conquista de poder”.¹⁰³ Para las elecciones complementarias de agosto de 1935, el PS afirmaba poseer “la fuerza electoral más considerable de la provincia”. Por este motivo se presentaba a sí mismo como “el núcleo central, el elemento fusionador y coordinador” de la campaña, para unir detrás suyo al conjunto de la izquierda”.¹⁰⁴

Este rol unificador que pretendía el PS se puso inicialmente en práctica a través Block de Izquierda, que el partido concebía como la versión socialista del frente único. Para Óscar Schnake, la actividad conjunta con los partidos del Block debía “guiar toda la acción del frente único de trabajadores” hasta que el punto que ella respondiera “al plan de acción y a los propósitos que se ha trazado el Partido Socialista”. Más todavía, esta acción conjunta debía “ser interpretada como la realización de la lucha antifascista y de unidad de los trabajadores que el Partido

¹⁰¹ “Contestando al Partido Comunista”, en *Consigna*, Santiago, 1 de mayo de 1935.

¹⁰² Óscar Schnake, “Hacia la unidad sindical de los trabajadores de Chile”, en *Consigna*, Santiago, 1 de junio de 1935.

¹⁰³ “Imponente manifestación de las fuerzas de oposición”, en *Consigna*, Santiago, 13 de julio de 1935.

¹⁰⁴ “El triunfo de la izquierda y el Partido Socialista”, en *Consigna*, Santiago, 17 de agosto de 1935.

Socialista ha propiciado desde su fundación”.¹⁰⁵ En consideración de los propósitos iniciales del Frente Popular, la disputa del PS con la estrategia comunista fue explícita. Para *Consigna*, el Block de Izquierda era “el frente único de todos los trabajadores y sectores de clase media”. Desconocía, en cambio, la acción de “otros organismos que quieren monopolizar la acción conjunta que deben hacer las masas” y “que a última hora han levantado también la bandera de la unión de todos los trabajadores”.¹⁰⁶ La crítica se dirigía al intento del PCCh por cooptar el Block de Izquierda para concretar su estrategia frentepopulista, al que acusaba de imponer sus tácticas a los trabajadores socialistas. El conflicto, como se observa, remitía a una disputa de comunistas y socialistas por la hegemonía del campo izquierdista. Pero en términos ideológicos, la propuesta del PS resultó paradójica. Si bien lograron con el Block una primera alianza de izquierda, parte importante de sus fundamentos tomó prestada la terminología del Frente Popular comunista, sobre todo al ser interpretado como “frente antifascista” y “frente único”.

Por lo anterior, e influenciado por las contingencias locales e internacionales, hacia fines de 1935 el PS aceptó paulatinamente los postulados del Frente Popular. De acuerdo con Barnard (2017: 125-126), esta aceptación fue instrumental –acorde al pragmatismo socialista– pero también hubo factores ideológicos relevantes. Dos fueron particularmente influyentes en este giro. Uno de ellos fue la percepción del crecimiento del fascismo en Chile. En los socialistas esta visión fue alimentada tanto por el actuar represivo del gobierno, como por los enfrentamientos callejeros con las milicias republicanas y especialmente con los nacionalsocialistas chilenos, los llamados “nacistas”. A fines de 1935 el escritor Ricardo Latcham advertía sobre la incipiente fascistización en América Latina, sobre todo de Argentina y Brasil. “Chile reproduce, en forma hasta hoy menos intensa”, sostenía Latcham, “tal proceso de fascistización que cuenta, por cierto, con la complacencia y apoyo de grandes y poderosos sectores extranjeros y nacionales”. Por ello, con miras al III Congreso del PS, llamaba a resolver “el vital problema de la captación de los sectores de la pequeña burguesía, propensos a la demagogia del fascismo”.¹⁰⁷ Aunque el carácter interclasista del PS era un elemento característico desde su fundación, en lo relativo al FP éste compartía la política de alianzas propuesta por los comunistas.

Este diagnóstico remitía directamente a otro factor de carácter internacional, como era el avance de los frentes populares en Europa como respuesta al fascismo. “Los partidos y grupos socialistas del extranjero”, notaba Latcham, “han reemplazado en el último tiempo todos sus métodos y procedimientos tácticos de lucha”. En este ámbito, Latcham destacaba principalmente los “ejemplos unitarios” de los frentes populares español y francés, que “hablan con más elocuencia que todas

¹⁰⁵ Óscar Schnake, “Socialismo contra fascismo”, en *Consigna*, Santiago, 24 de agosto de 1935

¹⁰⁶ “Frente a la reacción”, en *Consigna*, Santiago, 7 de septiembre de 1935.

¹⁰⁷ Ricardo Latcham, “Socialismo y unidad revolucionaria”, en *Consigna*, Santiago, 21 de diciembre de 1935.

las palabras”.¹⁰⁸ Ambos casos fueron decisivos en la aceptación del Frente Popular. Así lo manifestaba posteriormente la editorial de *Consigna*, al reconocer que el Frente Popular chileno se formó “casi apresuradamente y bajo la influencia psicológica de los acontecimientos acaecidos en Francia y en España, principalmente en este último país”. El ejemplo español fue, en efecto, especialmente importante, pues la realización del III Congreso del PS (23-26 de enero de 1936) ocurrió precisamente en el periodo entre la fundación y el triunfo electoral del Frente Popular de ese país (15 de enero-16 de febrero de 1936). En esta recepción internacional de los frentes populares cabe notar algunos rasgos ideológicos característicos del PS. Primero, el evidente pragmatismo, en tanto la contingencia internacional lo llevó a reconsiderar su escepticismo a los ejemplos foráneos, sobre todo aquellos cercanos a la órbita comunista. Segundo, demostraba su gran amplitud ideológica en lo relativo a sus referentes extranjeros, particularmente desde su perspectiva antiimperialista. Así, los casos de la “Francia izquierdista” y la “España republicana”, fueron ubicados junto a otros referentes de la región, como el “Perú aprista”, el “México Revolucionario” y “el Paraguay en armas”, todos interpretados como frentes populares nacionales.¹⁰⁹

El Frente Popular fue finalmente aceptado por el PS durante su III Congreso, justificándolo como una superación de la política del Block de Izquierda. De acuerdo con Óscar Schnake, aunque el Block fue un “germen” de frente único y tuvo éxitos en la organización de la oposición, este debía perfeccionarse. Debido a las circunstancias, explicaba Schnake, la política del Block se desarrolló en un “terreno eminentemente defensivo” y con vacilaciones de los propios militantes socialistas en su colaboración con el Block. Pero ante la agitación por la que atravesaba el país, consideraba necesario “iniciar un periodo de ofensiva” y “superar la política de acción conjunta que hemos seguido”. La nueva política de unidad debía enfocarse en una campaña antiimperialista, dirigida a la acción conjunta “de todos los sectores antifascistas y enemigos de la reacción” y “dándole un sentido claro de lucha por la independencia económica nacional, un tono de segunda Independencia nacional”. Asimismo, esta acción unitaria debía dirigirse a “todos los trabajadores y las clases medias que nada pierden, sino que ganan, al luchar contra los intereses y el predominio que el capitalismo internacional ejerce sobre nuestra economía”.¹¹⁰ La concreción de esta nueva política, explicaba posteriormente Schnake, requería de la ampliación del Block “hacia el Partido Radical y hacia el PC”. Por un lado, el PS y el PC representaban “la totalidad de la clase obrera”, además de intelectuales, profesionales y técnicos. Por otro, el PR aportaba “la mayoría de la clase media del país, poseedora de grandes resortes en la burocracia” y “de una vasta experiencia

¹⁰⁸ Ricardo Latcham, “Socialismo y unidad revolucionaria”, en *Consigna*, Santiago, 21 de diciembre de 1935.

¹⁰⁹ “La tiranía alessandrista y el Frente Popular”, en *Consigna*, Santiago, 7 de marzo de 1936.

¹¹⁰ Óscar Schnake, “El Partido Socialista debe encabezar una revolución de sentido nacional”, en *Consigna*, Santiago, 1 de febrero de 1936.

electoral y política”.¹¹¹ En definitiva, el PS terminaba por aceptar el Frente Popular en términos similares a los propuestos originalmente por el PCCh.

Revolución y democracia

En lo referido a los principios socialistas, el Frente Popular implicó algunos problemas conceptuales relevantes. Uno de ellos tenía que ver con el alcance revolucionario y socialista de la alianza. ¿Se podía lograr con el Frente Popular el cambio de régimen político, social y económico al que aspiraba el PS? La respuesta era negativa. El Frente Popular solo se concebía como una etapa en la vía al socialismo. El propio Schnake admitía que la revolución antiimperialista constituía una “etapa previa”. Con un gobierno del Frente Popular no se iba a hacer el socialismo, argumentaba, sino “realizar el programa mínimo de los trabajadores y clase media” y así abrir “las huellas del camino HACIA EL SOCIALISMO”.¹¹² De modo similar, para la redacción de *Consigna*, la construcción del socialismo requería “desbrozar” el camino y “detener la reacción y aniquilar el fascismo” como etapa previa.¹¹³ Incluso en una fecha cercana a la elección presidencial de 1938, el propio Grove definía al Frente Popular como “una alianza transitoria de los partidos de avanzada para vencer a la reacción entronizada en el poder, con el objeto de cerrar el paso a cualquier dictadura fascista”.¹¹⁴ En esto, el PS también se acercaba a la concepción por etapas de la revolución que sustentaba la política del Frente Popular.

No obstante, a diferencia de los comunistas, que fundieron conceptualmente los objetivos socialistas con los democráticos –la llamada revolución democrático-burguesa– el concepto de democracia supuso una dificultad ideológica para el PS. ¿Hasta qué punto el Frente Popular implicaba un compromiso con la democracia existente? Las posiciones socialistas resultaban ambiguas. El propio Schnake calificaba a los socialistas como “defensores de la Constitución, del orden democrático, de la libertad electoral”, pero al mismo tiempo se oponía a “una democracia estúpida que se contente con tener parlamentarios”.¹¹⁵ Por su parte, el dirigente César Godoy argüía que “el sufragio entre nosotros está lejos de ser el sostén de la democracia, pues “sus imperfecciones son tantas que por él no llegaremos jamás a la conquista del poder”.¹¹⁶ Visión que contrastaba con la de *Consigna* frente a las elecciones parlamentarias de 1937, según la cual el pueblo se aprestaba a derribar “mediante el arma democrática del voto individual, a las derechas reaccionarias del poder político y para instaurar en su reemplazo un

¹¹¹ Óscar Schnake, “Hacia el Frente Popular”, en *Consigna*, Santiago, 21 de marzo de 1936.

¹¹² Schnake, “El Partido Socialista...”; “Democracia contra reacción y fascismo”, en *Consigna*, Santiago, 5 de agosto de 1936. Mayúsculas en el original.

¹¹³ “El derrumbe de la reacción”, en *Consigna*, Santiago, 16 de mayo de 1936.

¹¹⁴ “Antecedentes y significado del Frente Popular”, en *Claridad*, Santiago, 2 de agosto de 1938.

¹¹⁵ Schnake, “Democracia contra reacción...”.

¹¹⁶ César Godoy Urrutia, “Los partidos obreros y el Frente Popular”, en *Consigna*, Santiago, 9 de mayo de 1936.

gobierno legítimamente popular”.¹¹⁷ En general, entre la aceptación y la resistencia a los métodos democráticos se observaba el carácter pragmático de los socialistas chilenos. Desde esta posición, los medios democráticos tenían una utilidad más bien instrumental, concebidos como herramientas circunstanciales para frenar el avance del fascismo, pero con escasas proyecciones revolucionarias. La consigna “¡A las urnas, o a las armas!”¹¹⁸ que circuló en algunos medios socialistas durante la formación del Frente Popular reflejaba esta concepción estratégica.

A pesar de lo anterior, a medida que se acercaba la elección presidencial de 1938, el PS se vio en la necesidad de justificar su participación en la institucionalidad democrática existente. Esta era, después de todo, el principal campo de acción tanto de los propios socialistas como del Frente Popular. Para ello, planteó un concepto diferente de democracia, que privilegiaba sus aspectos sociales y económicos por sobre los meramente legales y políticos. Fue lo que se denominó democracia social o de trabajadores. Para el intelectual socialista, Julio Balmaceda, la democracia para los socialistas no consistía en un concepto “legalista y constitucionalista”, sino en “una auténtica democracia social, en la que los trabajadores tengan buenos salarios, vivienda, calefacción, vestuario y de esta manera pueda ejercer todos sus derechos políticos”.¹¹⁹ Ideas similares se encuentran en la prensa socialista a lo largo de 1938. Otro militante socialista hablaba de “la construcción de una verdadera democracia”, una “democracia política y social, niveladora en los derechos políticos y posibilidades económicas”.¹²⁰ Mientras que, a pocos días de la elección presidencial, la editorial del diario socialista *Claridad* se refería a la conquista de un “régimen democrático efectivo”. Esto es, “que conceda a los trabajadores la plenitud de sus derechos en el campo del trabajo”, les otorgue la libertad política y la posibilidad de intervenir “en las relaciones de la producción y la distribución” para mejorar sus condiciones de vida.¹²¹

Así, en pocos años el PS se definió por una estrategia que en varios aspectos difería de los objetivos revolucionarios establecidos desde su fundación. ¿Cuáles fueron los resultados del giro socialista hacia el Frente Popular? Por un lado, es claro que mediante esta coalición el PS reforzó su inserción institucional. De los pocos diputados y regidores municipales que el PS tenía hasta 1935, el avance electoral con el FP fue significativo. En las parlamentarias de 1937, aunque el PS mantuvo sus tres senadores, su votación en diputados llegó al 11% obteniendo 19 escaños, mientras que en las municipales de 1938 logró el 10,2% de los votos, sumando 92 regidores (Cruz-Coke, 1984: 65). Con ello, los socialistas chilenos consolidaban su presencia en el sistema de partidos como representante del conflicto de clase. Por otro lado, esta inserción institucional significó ceder parcialmente a su pretendida

¹¹⁷ “Por la libertad”, en *Consigna*, Santiago, 13 de febrero de 1937.

¹¹⁸ “Ante el momento político”, en *Consigna*, Santiago, 14 de marzo de 1936.

¹¹⁹ Julio Balmaceda, “El Frente Popular y la candidatura de Pedro Aguirre Cerda”, en *Claridad*, Santiago, 4 de agosto de 1938.

¹²⁰ Z (Luis Zuñiga), “Hacia la verdadera democracia”, en *Claridad*, Santiago, 5 de octubre de 1938.

¹²¹ “El pueblo defenderá la Democracia”, en *Claridad*, Santiago, 19 de octubre de 1938.

hegemonía sobre el conjunto de la izquierda y el movimiento obrero. Y es que, a pesar de su rápido crecimiento y consolidación, el FP tuvo el efecto paradójico de fortalecer a su competidor más directo, el PCCh. Así, aunque el PS se mantuvo como la fuerza electoral más grande del campo socialista, la experiencia del FP terminó consolidó también la tradición del comunismo chileno, debiendo los socialistas compartir el ala izquierda del sistema de partidos. Muestra de esto fue la fallida nominación presidencial de Marmaduke Grove en 1938, que, a falta del apoyo de los comunistas, debió ceder su candidatura a favor del radical Pedro Aguirre Cerda.

Pero como se ha mostrado en esta sección, la aceptación del FP tuvo también implicancias ideológicas importantes. La más importante fue su posición conflictiva en torno al concepto de democracia. A pesar de su reconceptualización en términos de “democracia social”, que la hacía más cercana a los principios y objetivos socialistas, la propia institucionalidad democrática “burguesa” y “liberal” fue permanentemente rechazada. En este sentido, la democracia existente fue siempre concebida como un régimen a reemplazar, sobre todo en sus expresiones electorales y parlamentarias. Tampoco la concepción por etapas de la revolución solucionó este problema para los socialistas. Para el PS, la etapa del FP respondía a factores de orden contingente, por lo que la participación democrática se justificaba en términos instrumentales, acorde a su pragmatismo ideológico. En contraste con la etapa democrático-burguesa teorizada por los comunistas, la concepción del PS no integraba la democracia como parte del proceso al socialismo. La democracia social sería parte del nuevo régimen socialista, pero no de un perfeccionamiento progresivo de la institucionalidad ya existente en Chile. En el corto plazo, esta resistencia a la democracia terminó por tensionar al PS, que poco después de electo Aguirre Cerda cuestionó el alcance revolucionario del Frente Popular, abandonando la coalición en 1941. Tensión que, en consideración de sus características organizacionales, también repercutió en su estructura partidaria, sufriendo numerosas escisiones durante la década de 1940 precisamente por las disputas relativas a la revolución y la participación institucional. No obstante aquello, con el FP el PS delineó elementos constitutivos de su estrategia –política de alianzas, política electoral, acción parlamentaria– que se mantuvieron a lo largo de su posterior trayectoria política.

5.4 Conclusiones

En este capítulo se ha sostenido que la incorporación del Partido Comunista de Chile y el Partido Socialista al sistema de partidos chileno durante la década de 1930 se explica por la flexibilización ideológica que experimentan durante este periodo. ¿Cómo se desarrolló este proceso y qué consecuencias tuvo en la incorporación de ambas organizaciones al sistema de partidos? El análisis permite concluir que la flexibilidad ideológica de ambos partidos varió en función de la solidez de sus respectivas configuraciones conceptuales, lo que se tradujo en procesos de adaptación diferenciados. Por un lado, en el caso del PCCh, su adaptación se produjo

a partir de una ideología conceptualmente rígida, cuyos cambios requerían de una reelaboración conceptual previa en los distintos niveles de su configuración ideológica. Por otro lado, en el caso del PS, una adaptación a partir de una aplicación pragmática de sus principios ideológicos en la que su elaboración conceptual ocupaba un lugar secundario. Estas características tuvieron implicancias significativas en las posibilidades de los respectivos partidos para adaptarse al nuevo contexto político de la década de 1930 y desarrollar una vía institucional que los integrase al sistema de partidos.

Respecto al PCCh, es claro que la bolchevización iniciada a fines de la década de 1920 derivó en una configuración ideológica inflexible, tanto en su contenido conceptual y discursivo como en su aplicación organizacional y estratégica. Esta rigidez supuso un obstáculo para la adaptación de los comunistas chilenos en la medida que su elaboración fue en gran medida el resultado de una implantación ideológica externa, como fue la adopción de los lineamientos soviéticos del Tercer Periodo. En este sentido, los cambios que trajo consigo la bolchevización no fueron el producto de marcos interpretativos locales. Por el contrario, en su origen los postulados de la Internacional Comunista funcionaban como principios ideológicos desprovistos de contexto que, en teoría, podían ser aplicados en cualquier país. En consecuencia, a pesar de que la política del Tercer Periodo proporcionó un marco conceptual más sólido que las antiguas concepciones del POS, desatendía las condiciones sociales y políticas necesarias para generar un anclaje ideológico local. En este punto, cabe notar que la flexibilización conceptual y estratégica del PCCh fue un cambio más bien circunstancial asociado al giro comunista internacional hacia los frentes populares. Es posible especular que de no haber ocurrido ese giro, el PCCh habría mantenido una vía revolucionaria al estilo soviético que hubiese acentuado su marginación política y sus divisiones internas.

No obstante, como se mostrado en el análisis, el éxito de este giro estratégico solo fue posible por la continuidad de algunos elementos de la tradición ideológica heredada del Partido Obrero Socialista. En este sentido, se evidencia la importancia de la trayectoria ideológica histórica del POS que consolidó la vía institucional como elemento característico de su configuración conceptual. Fue esta trayectoria la que proporcionó el sustento para el posterior giro hacia el Frente Popular que requería precisamente de un despliegue político-institucional que el POS había conceptualizado durante la década de 1910 y que luego el PCCh ensayó en la década de 1920. Sin embargo, este proceso de flexibilización resultó complejo pues requirió una articulación entre su tradición ideológica local y su filiación ideológica internacional, las que no siempre coincidían.

Lo anterior tuvo dos consecuencias a largo plazo para los comunistas. En primer lugar, la adaptación del PCCh funcionaba principalmente al nivel de elaboración conceptual, en donde ambas fuentes ideológicas eran conjugadas en una configuración ideológica única que ajustara, en lo posible, los contenidos de su tradición local a los parámetros conceptuales y discursivos del comunismo soviético. Esta dinámica tendió a rigidizar los procesos de adaptación de los comunistas

chilenos, que debían cuidar el equilibrio entre las directrices internacionales con su idiosincrasia ideológica. Así, los cambios estratégicos y prácticos requerían ser previamente justificados y conceptualizados atendiendo a ambas fuentes ideológicas y procurando su unicidad. En segundo lugar, esta dinámica les permitió establecer al mismo tiempo lineamientos conceptuales y estratégicos más estables y duraderos. En el periodo examinado en este capítulo, el fundamento ideológico más amplio de la vía institucional del PCCh se encuentra en la articulación de los conceptos de democracia y nación como elementos definitorios de su proyecto socialista. A través de esta configuración conceptual, los comunistas pudieron enlazar los marcos ideológicos de los frentes populares –revolución por etapas, alianzas interclasistas y la defensa de la democracia contra el fascismo– con aquellos elementos históricos relacionados a la participación de las instituciones representativas y la formación de coaliciones políticas.

En contraste, la flexibilización ideológica del PS tuvo características muy diferentes. Como se examinó en este capítulo, entre los rasgos más relevantes del PS destacaron su heterogeneidad ideológica y su pragmatismo político. En términos estratégicos, esto se tradujo en un alto grado de flexibilidad, lo que permitió a los socialistas una rápida adaptación al contexto político del periodo. Aunque el PS contaba con un núcleo conceptual definido, al momento de su aplicación solían predominar las consideraciones prácticas y coyunturales antes que la ortodoxia doctrinaria. Esto le permitió al PS aprovechar favorablemente la mayoría de los hitos políticos del periodo, particularmente los eventos electorales, a través de los cuales ganó rápidamente posiciones en el sistema político y de partidos. Así, en de las distintas coyunturas de la década de 1930, el PS fue ensayando y construyendo las alianzas, medios y tácticas que definieron la puesta en práctica de su proyecto. Este éxito inicial del PS le permitió a su vez aglutinar a las organizaciones menores de la naciente izquierda, que ante el declive de los comunistas, encontraron en los socialistas mayor capacidad de dirección política.

Pero este pragmatismo tuvo también consecuencias menos favorables en el desarrollo ideológico del PS. A la inversa del PCCh, la flexibilidad del PS implicó que la asimilación conceptual de sus prácticas y estrategias era comparativamente más débil. Esto se reflejó en dos aspectos. En primer lugar, que la conceptualización de sus estrategias por lo general ocurría con posterioridad a su implementación y sin una apelación directa a sus objetivos revolucionarios más generales. En lo referido a la formación de coaliciones, la competencia electoral y la participación institucional, el PS solía esgrimir motivos instrumentales o coyunturales al tiempo que negaba el potencial revolucionario de dichas instancias. Esto derivó, en segundo lugar, en una creciente tensión interna entre sus principios revolucionarios y su vía institucional. Durante sus primeros años esta tensión tuvo escasas repercusiones internas, pero a medida que el PS se institucionalizó organizacionalmente, dio origen a disputas estratégicas profundas entre sus miembros y facciones. Como consecuencia de estas dinámicas, la participación en los medios institucionales existentes fue solo parcialmente integrada a la ideología del PS, que consideraba la democracia

existente como un régimen a superar. En este sentido, la vía institucional de los socialistas fue más el producto de su adaptación a las condiciones contextuales del periodo que a la aplicación de sus principios ideológicos fundamentales.

Por último, cabe señalar algunas consideraciones organizacionales de los procesos descritos. Aunque la rigidez o pragmatismo ideológico de comunistas y socialistas tuvo implicaciones directas en el ámbito estratégico, en el ámbito organizativo exhibió dinámicas diferentes. En esto hay que distinguir dos facetas de la dimensión organizacional. Por un lado, la estructura de la organización, y por otro la cohesión ideológica del grupo. En lo que refiere a la estructura, ambos casos muestran, en distinto grado, que cierta rigidez ideológica es necesaria para asegurar su funcionamiento. En efecto, las estructuras organizativas, en este caso de partido, requieren estabilidad en sus distintos niveles para asegurar su existencia en el tiempo. Una constante flexibilización o reevaluación de las estructuras derivaría en una disgregación o fragmentación de la organización. En el caso del PCCh, los aspectos negativos de la bolchevización tuvieron su contracara en la consolidación de sus estructuras partidarias, que le permitieron una sólida reorganización una vez que abandonaron las políticas del Tercer Periodo. En cuanto al PS, aunque su consolidación organizacional no fue menos pragmática que su estrategia, en su estructura salta a la vista la adopción de un modelo centralizado y unificado, cercano al modelo de sus pares comunistas. En esto pudo influir la experiencia de las varias tendencias que concurrieron a la fundación del PS, como anarquistas y asalariados, que carecieron de estructuras organizacionales sólidas y estables previas. No menos importantes, una estructura concebida en términos jerárquicos resultaba especialmente necesaria para un partido ideológicamente diverso. En ambos partidos, una concepción relativamente rígida de sus estructuras partidarias contribuyó positivamente a su trayectoria política posterior.

En contraste, la flexibilidad ideológica tuvo diversas implicancias en la cohesión ideológica de comunistas y socialistas. En los primeros, la bolchevización tuvo efectos ambivalentes. Por un lado, tras la dictadura de Ibáñez, la rigidez del PCCh afectó negativamente su proceso de reorganización al exigir criterios de pertenencia de tipo doctrinario y moral que resultaban altamente excluyentes. Por otro lado, dichos criterios contribuyeron a afianzar la identidad y cohesión ideológica del PCCh, que no solo ayudaron a su supervivencia en los periodos de declive o represión, sino que le permitieron a mediano plazo experimentar un notorio crecimiento organizacional. En esto cabe agregar que estas dinámicas organizacionales dependían en gran medida de su relación con los lineamientos estratégicos. Cuando estos últimos eran excluyentes e inflexibles, dichas características se replicaban en su cohesión interna. Mientras que durante giros estratégicos drásticos que implicaban mayores grados de apertura, como en el caso del Frente Popular, la cohesión ideológica aseguraba la solidez y continuidad organizacional del PCCh. En cuanto al PS, su pragmatismo ideológico tuvo efectos directos sobre su cohesión interna. A diferencia de los comunistas, el PS mantuvo criterios de pertenencia ideológica particularmente amplios. Como se vio en el

análisis, esta característica fue una decisión deliberada para atraer a los diversos sectores socialistas y de izquierda a la nueva organización. No obstante, en su interrelación con la dimensión estratégica, esta particularidad propició la fragmentación y la dispersión ideológica interna en torno a las discrepancias sobre la participación institucional del PS.

En definitiva, durante el periodo de incorporación al sistema de partidos el PCCh y el PS afianzaron las características definitorias de sus respectivas configuraciones ideológicas. En términos más generales, la flexibilización ideológica de ambos partidos decantó en una vía estratégica institucional pero con distintos niveles de aceptación conceptual. Para los comunistas, la vía institucional fue definitivamente incorporada como elemento constitutivo de su configuración ideológica, para la cual desarrolló una serie de conceptos que sostenían su puesta en práctica. Así, la consecución de sus objetivos socialistas quedó conceptualmente ligada a su experiencia de participación político-institucional, como se evidencian en sus concepciones sobre la revolución interpretada en los marcos de la emancipación nacional y la democracia existente. Para los socialistas, en cambio, la vía institucional se configuró como una oportunidad estratégica pero un problema conceptual. En este sentido, la flexibilidad ideológica del PS le impidió ligar sus objetivos socialistas y revolucionarios con la democracia y la institucionalidad existentes, que eran, paradójicamente, donde los socialistas llevaban a cabo su proyecto.